



*EL  
ANTICUARIO  
JUDÍO*

muerte en Praga

**OSCAR RODRIGO**

Primeros  
dos  
capítulos  
gratis de La  
caza del  
ángel caído

EL ANTICUARIO judío

ÓSCAR RODRIGO

NOTA: esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad se debe a mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

© del texto Óscar Rodrigo

Corrección: Lucía Herguedas Verdía

© de esta edición. Impreso en España – Printed in Spain. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos

legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

## EL ANTICUARIO judío

12 ENERO DE 1890. PRAGA, REPÚBLICA CHECA

El manto de la noche praguense abrazaba el corazón de Europa como a un recién nacido, protegiéndolo del afilado frío que se extendía a lo largo del río Moldava. Aquella lengua de agua devoradora de cadáveres a lo largo de la truculenta historia de la más bella ciudad de Centroeuropa escupía al exterior a Oxana Novotna, casi muerta. La delgada y débil, en apariencia, chica de veintiún años se arrastró por el lodo oscuro, cubriendo con él parte de su nítida desnudez.

Estaba a salvo del depredador. El señor Blasek solía acercarse con su perro a altas horas de la madrugada a la vera del río, cuando padecía insomnio. Fue quien descubrió a Oxana al borde de la muerte. Al principio, la confundió con un trozo de lona desprendido de una de las innumerables barcazas que cruzaban la masa de agua, pero al percibir un levísimo movimiento, se acercó con el can, preso de la curiosidad. La joven parecía un despojo de carne podrida desechada de una carnicería. Tenía parte del cuero cabelludo arrancado y sanguinolento sobre su cara..., una cara que mostraba una boca

destrozada, sin dientes, y un pozo negro en lo que debería ser su ojo izquierdo...

## CAPÍTULO 1 *La tienda*

La tienda de antigüedades Balaban se ubicaba en el barrio judío de Josefstadt, a los pies del castillo, que dominaba, inexorable, toda la ciudad, en la zona de Mala Strana. El cartel de «Antigüedades Balaban» aguantaba, estoico, en la fachada desconchada el paso de los años, desde que el padre del actual propietario, Yehuda Balaban, lo heredó, a su vez, de su abuelo. Era, por tanto, más que un negocio familiar, una forma de vida que todo el clan Balaban había ejercido desde tiempos pretéritos.

A pesar de lo caótico que pudiera parecer el local, de tamaño mediano, con sus predominantes tonos de oro polvoriento y bronce envejecido, el señor Yehuda se desenvolvía entre sus miles de objetos como una bailarina del

reciente y majestuoso Teatro Estatal interpretando *El lago de los cisnes*. Yehuda, a pesar de sus setenta años y de que le faltaba una pierna, en cuyo lugar lucía una de madera con motivos tallados, mantenía el elegante porte que sedujo, hace años, a su fenecida y bella esposa.

El judío anticuario pasaba los días hasta la hora del cierre concentrado en su principal y obsesivo hobby de «creaciones artísticas» para su tienda, que vendía, últimamente, casi tan bien como sus antigüedades. En tan meticuloso cometido de atender el local, lo ayudaba el señor Tedi.

—No, Tedi. Así no va. ¿No ves que esa tuerca es demasiado grande para el engranaje del reloj?

—Yehuda, cuando quiera una segunda opinión, te la pediré. Mientras tanto, ¿por qué no enfocas esos mugrosos lentes sobre tu narizota hacia el escaparate, para ver a las jovencitas salir de la universidad, como sueles hacer disimuladamente, creyendo que nadie te observa?

—Memeces, viejo chocho. Tu obsesión por el sexo opuesto te hace ver que los demás somos tan pervertidos como tú, para justificar tus saliditas nocturnas al burdel Zlata Devka.

—¡Viejo chocho!, dices.

—Veo que te escandaliza más que me meta con tu dudoso buen juicio que con tu aún más dudosa reputación.

—Aaay, *muj syn*. Debo tener aún más paciencia contigo que con el cabezota de tu padre. Anda, sordo, ve a atender el mostrador y sal de la trastienda, que he oído la campanita de la puerta. Como ves, por lo menos mi oído es mejor que el tuyo.

Yehuda se levantó con agilidad, mirando de soslayo a su ayudante, aguantándose la réplica, y salió al mostrador acristalado de madera oscura. Se estiró el chaleco rojo burdeos y se colocó una sonrisa postiza, antes de mover la cortina verde de terciopelo y atender al cliente:

—Buenas tardes, joven. ¿Qué se le ofrece?

—Bu... bu... buenas, señor. Esto... ¿Qué precio tiene esa lechuza blanca tan fea de esa estantería? —preguntó el chico joven, señalando una figurilla de porcelana bastante fina que los observaba desde el último estante.

Yehuda tuvo que forzar la vista para saber a qué demonios se refería el cliente. Por fin, recordó, al descubrir el pájaro blanco entre muchas otras figuras.

—Oh, eso. Es una porcelana china. Debe de llevar en ese lugar desde el siglo XV, ja, ja. Viene de la zona de Calcedonia, Asia Menor, y perteneció a un regente muy importante de la región. Mira.

El judío subió a una pequeña escalera para alcanzarla; cuando bajó para mostrarle la figura al jovencito con una sonrisa, este le presentó una navaja de grandes dimensiones y la puso en la garganta del anciano. La lechuza se hizo añicos en el suelo.

—¡La guita o la vida, y dame esa sortija de ahí también! Ya sabes... —pronunció el visitante, con un marcado acento alemán.

—Chico, debes de ser un principiante en esto de los atracos, pues es la primera vez que escucho que alguien intenta robar una tienda de antigüedades —le espetó, con cierto tembleque en las manos, el bueno de Yehuda Balaban.

—¡No me jodas, eres judío! Algo tendrás escondido debajo de un ladrillo.

En ese instante, descorrió la cortina verde, con sigilo, el amigo Tedi.

—¿Vienes a comprar o a vender, mochuelo? —inquirió el abuelo, sin mirar a los ojos al maleante, mientras limpiaba, desinteresado, un pistolón de siete cañones, que «casualmente» apuntaba a la testa del tipo.

—Abuelo, tenga cuidado con ese cacharro, que se puede disparar —propuso, meneando las manos ante su cara sudorosa, el joven.

—No sabes cuánta razón tienes. Este artilugio posee el martillo desacompañado.

—¿Des... des... desacompasado? ¿Qué es, un puto reloj?

—Desacompasado, chaval, sí. Y en las manos inadecuadas, puede volarte la mandíbula. No sabes cómo ando últimamente con mis tembleques octogenarios. Lo único bueno de esto es que, cuando me hago una paja, parece que me la hace otra persona.

—No te quites años, Tedi. No seas presumido —le recriminó Yehuda, apuntándolo con el dedo.

—¿Pero es que están los dos locos?, ¿no pueden darme el dinero y ya está? ¡Baje ese vejestorio de pistola, y no le cortaré la garganta a su amigo, *chalo!*

—¿Tedi, no me digas que la has cargado?

—Pues... no me acuerdo, Yehu. Ya sabes que la memoria también me patina.

—Para lo que te conviene. ¡Aún me debes cuatrocientas coronas de la apuesta en la pelea del viernes!

El atracador asistía a la conversación entre los dos abueletes, girando la cabeza hacia uno y otro, arrepintiéndose al momento de haber entrado en aquella locura de lugar. En un descuido, Yehuda empujó con una gran fuerza al joven contra unos estantes repletos de piezas de bronce, lo que le hizo soltar la daga, para apoyar los codos detrás.

En ese instante, Tedi descerrajó el único disparo al que tenía derecho con la pistola de siete cañones, rozándole una oreja al muchacho y destrozando, tras él, medio aparador de madera. A consecuencia del impacto, todos los objetos se desparramaron con estruendo sobre el ladrón, que todavía no era muy consciente de que le faltaba la oreja izquierda.

Con media cara teñida de rojo, salió por piernas a la fría noche praguense, alejándose en una alocada carrera.

Yehuda miraba, con ojos como pasmarotes, al más que octogenario Tedi, traspasándolo.

—¿Qué quieres, macho? Me tienes en la jodida trastienda tres días con el

puto reloj del siglo XVI. Eso acaba con los nervios de cualquiera —le espetó Tedi, conteniendo una carcajada y guardando el cuchillo del atracador en un cajón.

Al segundo, ambos se echaron a reír como si no hubiera un mañana, con lágrimas en los ojos y sentados en el suelo.

—Vamos, amigo. Hoy te lo has ganado. —Yehuda sacó una botella de coñac francés Clos du Griffier de un falso libro incunable.

Tedi, abriendo mucho los ojos, musitó:

—¡Coño, el Pequeño Napoleón, creía que te lo habías acabado en el 83! — Así llamaban ambos a la botellita supuestamente conservada con celo desde la invasión napoleónica del siglo anterior. Los dos continuaron con sus risas en la trastienda y rememorando la cara de pánico del muchacho huido. Aquellos dos eran de cuidado.

—*Na zdravi*, amigo.

—*Na zdravi*, soplapollos con gafas. A tu salud —respondió Tedi, dando un delicado sorbo a la copita.

***Mientras tanto, en el castillo Houska, Bohemia. Unos sesenta kilómetros al norte de Praga***

—Señor Lieberman, el engranaje se ha puesto en marcha y sigue su curso.

—Así lo espero. Hemos aguardado mucho tiempo hasta llegar a este punto, y no podemos dejar pasar la oportunidad.

—Sí, maestro. Digamos que el primer paquete está entregado —susurró el pelirrojo y espléndido en tamaño Toubá.

—¿Cómo se deshicieron de la primera? Siento curiosidad —inquirió



Lieberman.

—Se la tragó el Moldava. Sin uno de sus ojos verdes, como especificó en sus instrucciones.

***En ese momento, en la comisaría central de la calle Dusni***

—Señorita Balabanova, me complace comunicarle que se va a ocupar del caso de la chica desaparecida, Oxana Novotna. Le vamos a enviar a hacer ciertas pesquisas por el barrio donde se vio a la moza por última vez, hace ya tres días —informó a la nueva agente del Departamento de Policía el capitán Cizek.

—¿A mí? ¡Oh, vaya qué bien, mi primer caso! —se sorprendió Yelena Balabanova.

—No crea que me hace mucha gracia darle este pequeño caso, pero las órdenes que llegan de arriba me indican que la promoció. Están como obsesionados por hacer de esta ciudad la más progresista, si es que no lo es ya, de toda Europa. Les ha dado por repartir puestos a las mujeres que antes no los tenían y que son impensables en el resto del mundo, por eso, tiene esta oportunidad, señorita Balabanova. No la desperdicie y no nos deje mal ante el coronel Jandacek. Sabré recompensarle. Y ahora, fuera de mi vista. Tiene mucho trabajo por delante para localizar a esa descerebrada de Oxana. Seguro que se ha fugado con un novio desconocido para sus padres... Siempre es la misma historia con la juventud de hoy.

—Esto... Muchas gracias, cap...

—¡Póngase manos a la obra, ya!

—Sí, mi capitán. —Se cuadró la joven pero impetuosa Yelena, haciendo agitar su coleta rubia—. Por cierto, disculpe. ¿En qué barrio tengo que preguntar acerca de la chica?

Cizek no pudo evitar que le asomara una sonrisa.

—Josefstadt.

—El... el barrio en el que me crié... —balbuceó la agente.

### ***Tres días antes...***

—Sí..., ahí está. Tiene unos ojos preciosos, sus ojos, sus ojos...

La joven seguía andando, en dirección a la humilde casa de sus padres en el barrio judío. Acababa de despedirse de su novio y se le estaba haciendo escandalosamente tarde. Su familia, con unas costumbres hebreas muy férreas, no compaginaba en absoluto con las ideas de la chica, de veintiún años recién cumplidos. El eco de los pasos resonando en los adoquines no era lo único en aquella solitaria y estrecha calle, con numerosos vericuetos y una amarillenta luz bañando los hombros desnudos de ella.

Comenzaba a tiritar, en parte, por el frío incontestable de aquella noche y, en parte, por la duda de que alguien o algo la seguía aguijoneándole el cerebro. Un segundo después, tuvo la certeza de haber oído bien; en la curva que había dejado atrás, se apresuraban unos botines, que ahora no disimulaban en acompañar su paso al de ella para camuflar su propia presencia.

Oxana dejó caer su chaqueta e inició una carrera desesperada, con el corazón desbocado en el pecho. Se volteaba una y otra vez, lo que disminuía su velocidad, pero no acertaba a vislumbrar nada con aquella luz tan pobre. Solo corría por puro pánico. Un nudo en la garganta del tamaño de una nuez no le dejaba gritar, y en su inminente delirio, comenzó una plegaria en hebreo, aprendida de su abuela cuando era pequeña. Sudar en aquella noche de hielo negro tenía mérito y era, precisamente, lo que la muchacha estaba haciendo.

—Sí, sí, sigue así... Corre, gallinita, corre, que pronto te quedarás sin plumas.

Cuando Oxana, por fin, trocó ese miedo atroz en rabia por saberse alcanzada, comenzó a gritar. Pero fue un grito de un segundo. Lo suficiente para que el

padre de la chica asomase su cabeza calva por la ventana y clamara su nombre. Pero ella no podía articular palabra, pues el depredador la tenía apresada y, con una mano, sujetaba su boca. El señor Novotni se introdujo de nuevo en la casa, cerrando la ventana, para no salir ya jamás por ella.

El atacante le propinó un golpe más que violento en el occipital, con lo que Oxana salió despedida varios metros, quedando semiinconsciente sobre la calle.

—¿Cómo podéis ser tan putas, mi niña? Pero eso da lo mismo ahora. ¡Dame tus ojos!

—¿Co... co... cómo dices, mis ojos? —apenas logró balbucear ella. La sangre le manaba de la cabeza en abundancia; el atacante tenía parte de su cabello y piel asidos en la mano derecha. Este comenzó a lamerlo.

—Caliente, aún..., no por mucho tiempo. Dame más. Tus ojos.

Con estas palabras, en un sonido gutural y animalesco, se abalanzó sobre la rebelde jovenzuela, lanzándole un mandoble en sus perfilados labios. Los dientes incisivos salieron despedidos. El coraje de Oxana excitaba sobremanera al perturbado, que la golpeó una vez y otra. Ella no había perdido la consciencia, cuando este sacó una cuchara de postre y la introdujo en la cavidad ocular izquierda de la temblorosa chica. La bolita blanca, verde y roja salió como un albaricoque maduro. Ella quería gritar, pero no podía. Dos segundos después, ya se había desmayado.

En ese instante de pérdida de conocimiento, el maleante agarró fuertemente del cuello a la víctima, para sentir su último palpito, y acercó el oído a los ensangrentados labios de la joven, para saborear el último expiro; en ese momento, él eyaculó.

Unos pasos se acercaban a la carrera, él no tuvo más remedio que asir el cuerpo, aparentemente inerte, y lanzarse a la carrera. Al llegar al río, la besó y la lanzó. Se puso la capucha del manto gris que portaba y siguió su camino de

retorno, aunque, en su obnubilada mente, todavía no sabía hacia dónde tenía que regresar.

***Cuatro días después, en la tienda de antigüedades...***

—¿Qué, Tedi, todavía no te has retirado? ¿Pero, hombre, cuántos años tienes?

—¡Yelena, a mis brazos, bandida! ¡Cuánto tiempo sin pasarte por aquí, dichosos los ojos! —El viejo ayudante estaba entusiasmado con la visita inesperada de su ahijada, la agente Balabanova.

—Ya ves, viejo bribón. No te vas a librar de mí tan fácilmente. ¿Dónde está el esclavista?

—Ah, tu padre. Ahí, ya sabes, tocándose los huevos, mientras yo hago el trabajo sucio. No quiere que lo molesten cuando está concentrado en una de sus creaciones artísticas. Me vas a perdonar, pero tiene bemoles tu papi para llamar a esas aberraciones obras.

—¡Te he oído, viejo chiflado! ¿Con quién parloteas, vieja urraca? —le contestó Yehuda, desde el otro lado de la cortina verde.

—¿Y qué, si me has oído? Tortuga coja, ¡de eso se trata, a ver si te das por enterado de una vez!

Yelena, después de liberarse del abrazo de oso, se dirigió a la siempre inquietante trastienda, para ver a su padre por primera vez desde hacía muchos meses.

Yehuda levantó su mirada gris, y en una segunda instancia, parecía no dar crédito, al ver a su amada hijita descorriendo la cortina del misterio. Así era como solía llamarla Yelena cuando era pequeña y su padre se enfadaba porque lo interrumpía. Su habitual gesto pétreo se iluminó por un momento.

—Hola, *tati*.

—Hola, hija —consiguió balbucear el emocionado Yehuda, pues la última

vez que se habían visto fue después de una tensa discusión.

Yehuda no quería que la joven rubia de veintres años se alistase en el Cuerpo de Policía, y menos aún que fuese designada a una plaza en el Departamento de Investigación. Se trataba de la primera mujer en Praga en acceder a un puesto así, y el oxidado Yehuda era un tipo de la vieja guardia. Sus ideas machistas no iban mucho con la transformación que se estaba llevando a cabo en la cada vez más cosmopolita ciudad. La capital crecía, en parte, gracias a la implicación alemana en las más altas cumbres de la administración pública y privada.

—Dime una cosa, papá, ¿cuántos años tiene Tedi? —inició la conversación la chica, para romper el hielo.

—¿Quién, ese de ahí fuera? Puf. ¿Es que no sabes por qué todo el mundo en la ciudad lo llama Tedi? —Yelena se encogió de hombros e hizo un mohín con los labios—. Precisamente, porque nadie sabe con certeza su edad.

—No entiendo.

—Ahora lo vas a entender: *anTEDIluviano*. Como los huesos de esos lagartos feos que están desenterrando por todas partes.

—Aahh, ja, ja, ja —Yelena se reía a carcajadas, mientras abría sus brazos y besaba a su *tati*. En ese instante, Tedi los observaba desde la famosa cortina.

—Te he oído.

—¡De eso se trata, a ver si te das por aludido de que no tienes veinte años, para andar observando jovencitas desde el escaparate! —le devolvió el golpe Yehuda, mientras le sacaba la lengua, como un niño. Tedi negaba con la cabeza lentamente.

—Y dime, niña, ¿qué te trae por aquí? —interrumpió Tedi.

—¿Es que no puedo visitar a mi papá?

—¿Un lunes? Raro —dedujo Tedi, sobándose la canosa barba.

—Como ves, Yely, no eres la única con condiciones detectivescas —apreció,

con sorna, Yehuda, señalando con el pulgar, por encima del hombro, a su amigo.

Yelena le sonrió.

—A decir verdad, chicos, os visito a los dos para informaros de que estoy en medio de una investigación rutinaria, posiblemente, sin importancia, sobre la joven Oxana Novotna —soltó la chica en su tono más profesional.

—¿Así que es eso? —preguntó Yehuda, ligeramente dolido por no ser el motivo real de la visita de su hija, aunque resultó imperceptible en su gesto.

—¡Oxana, la hija del relojero! La conozco, es un bellezón —asintió Tedi.

—Va, seguro que se ha fugado con un novio no judío y está asustada por cómo se lo va a tomar ese abuelo estirado que tiene por padre —restó importancia Yehuda.

—Eso espero. No sabréis nada, ¿verdad? Ya me entendéis, rumores, chismes...

—Oye, ¿y por qué me miras a mí, acaso me tomas por el cotilla del barrio?

—se hizo, teatralmente, el ofendido Tedi.

—¡No, hombre, ha sido algo inconsciente!

—Bueno, aun así tengo chicha; la tal Oxana, la chica guapa del barrio judío, se veía a solas desde hace unos meses con un joven alemán, cada martes y cada sábado. Como imagino que fue este último fin de semana, cuando sus padres, debido al *sabbath*, tienen que guardar reposo, y digamos que bajan la guardia con la pelirroja.

—Vaya, Tedi. Para no ser el cotilla del barrio... Oye, hija. ¿No has traído una solicitud para que este carcamal la rellene y lo metamos en la pasma? Así, algo de provecho hará en lo que le queda de vida. —Tedi y Yelena le rieron la ocurrencia.

—No, papá, pero lo tendré en cuenta —decía ella, mientras rellenaba los datos expuestos por su padrino.

Tedi salió a traer café de la diminuta cocina anexa a la tienda.

—¿Papá, en qué estás metido?

—¿Cómo dices, a qué te refieres?

—A... eso...

—Oh, ¿esto en lo que estoy metido ahora? Es un reloj. El de la plaza del Ayuntamiento.

—¡Wow, es exacto! Esto, y ¿funciona todo igual? ¿Los muñecos *animatrónicos* de los apóstoles y todo eso?

—Sí, hija. Todo, a pequeña escala, aunque el mecanismo astronómico me está dando dolor de cabeza; eso es demasiado.

Yelena lo puso en marcha dándole cuerda; su padre trató de agarrarle el brazo, pero no llegó a tiempo. El mecanismo comenzó a moverse y los apóstoles, empezando por san Pablo, hicieron acto de presencia.

—¿Y esa pelotita blanca entre santo Tomás y san Judas Tadeo?

—La luna. Ya te dije que aún estoy trabajando en ello. No tendría que estar ahí.

—Está bien, papá. ¿Y eso otro?

—¡Oh! Eso es lo que se llama el collar de Midas.

—¿Como el rey que lo convertía todo en oro?

—Sí —añadió Tedi, que aparecía con unas tazas grandes de café negro y unos pedacitos de *strudel*—. Ese colgante hace de oro a quien lo porta, pues lo que toca lo convierte en oro, así como el rey que tú mencionas. Pero si se cae una gema de las tres que lleva, su poseedor se transforma en ella.

—¡Qué, vamos, no me jodas! —le dijo Yelena, golpeando en el hombro a Tedi, observando que no cambiaba su serio gesto.

—¡Niña, un respeto, por favor! —le suplicó su padre.

—Está bien, papá. Oh, ¡qué lámpara tan bonita y qué extraña luz despide, es hipnótica!

—Sí, mi Yeli. Es un artilugio bastante antiguo. Aún estoy estudiándolo para poder datarlo, por eso está en la trastienda; no lo puedo sacar al aparador principal.

—Pero deberías, es muy bonita.

—Ya sabes, muchacha, que lo que tu padre guarda aquí es para clientes un poco especiales —dijo esto Tedi casi juntando sus dedos índice y pulgar, indicando cantidad pequeña.

—Oh, vamos. Otra vez vais a empezar con vuestros cuentos de brujas... —resopló ella, mirando al techo.

—La pantalla con flecos es de auténtica piel humana. Y se supone que, diciendo cierto sortilegio que guarda en su cajoncito del pie, al encenderla, provoca que se te aparezcan los sabios de Sión, y puedes formularles tres preguntas. No importa de qué tipo. Ellos te contestarán sin error.

Yelena asentía ante la explicación como una niña buena, sin creerse una sola palabra de lo que oía.

—Siempre tan pragmática, hija. Para ser una buena investigadora, debes dejar paso a la imaginación de la niña que llevas dentro; si no, será más difícil dar con esa muchacha desaparecida en el barrio o con la solución de cualquier otro caso.

Tedi y Yelena se miraron y se encogieron de hombros, como dando a entender: «Otra loquera del abuelo».

—¿Y eso otro? Parece una simple caja de plata, aunque bien ornamentada. Me gusta, ¿me la puedo quedar?

—¿Qué, estás loca? ¡Suelta eso! ¡Es una caja Dybbuk!

—Vale, vale. Toma. —El señor Balaban y Tedi la tomaron con suma delicadeza, casi se diría que con precisión, así llevase nitroglicerina.

—*Shhhh...*, no hay que despertarlo —masculló Tedi, poniendo su índice en los labios.



—¿A quién quieres que no despierte? ¿Estáis bien? No sé ni para qué pregunto.

—Al espíritu de dentro. En una caja Dybbuk, hay un ente maligno que no conviene molestar. Es poderoso y un cabronazo —instruyó a la joven Tedi.

—*Psh...* Bueno, vale, está bien. Os dejo en vuestro manicomio particular. Voy a visitar a los padres de Oxana. Ya me pasaré mañana por aquí, a ver si averiguas algo nuevo, detective Tedi. Adiós, papi —dijo la joven, desde la puerta—. Ah, y una cosa más: no solo vine para hacer preguntas sobre la desaparición de la chica. También te echaba de menos, *tati*, y a ti también. — Les lanzó un beso y desapareció entre el ajetreo de la calle.

Los dos abuelos se quedaron mirando la puerta con una sonrisa bobalicona, sosteniendo la caja del espíritu maligno.

## CAPÍTULO 2 *Una bestia anda suelta*

### *Casa del señor Novotni, padre de Oxana*

—Tome asiento, señorita...

La construcción era la típica de dos alturas, con paredes enyesadas y una escalera interior que daba acceso a los dormitorios de la planta superior, colorista y ordenada, con un toque floral muy femenino. El ambiente se mostraba totalmente aséptico y confortable. Un hogar de tipo medio en el barrio judío.

—Balabanova. —Eficiente, la investigadora tendió su mano—. Llámeme Yelena, si lo prefiere, señor Novotni.

—Muy bien. ¿Se sabe algo de Oxana? ¿Dónde está? ¿Se encuentra bien? Ay, Dios mío...

—Cálmese un momento, señor. No tenemos todavía nada sobre su desaparición, y por eso vengo, para saber si pueden darme alguna información que ayude al equipo de investigación del caso.

—¡Han pasado tres días, y no saben aún nada! ¡Pero cómo pueden ser tan incompetentes! Mi pequeña...

—Por favor, señor Novotni, contrólese, le aseguro que estamos haciendo todo lo posible por dar con el paradero de la chica. Pero necesitamos más información. Lo que sea. Quizás algo se nos escapa, y usted o su esposa puedan arrojar luz sobre este misterio. No es normal que desaparezca cuatro días una joven, y menos de tradición judía, ¿o sí?

—No, claro que no. ¿Por qué nos toma, por esos alemanes pendencieros que se han hecho con la ciudad como si fuera suya? No, nada de eso. Nuestra hijita es muy responsable y sigue al pie de la letra la Torá y todo lo que implican las sagradas escrituras de Moisés.

—Muy bien. Tomo nota. ¿Usted piensa igual, señora Novotna? —inquirió

Yelena, dirigiéndose a la madre de Oxana.

—Sí, sí. Ella es una chica obediente. —El rostro de la señora de la casa parecía el de alguien que no había dejado de llorar durante horas. Aunque no fuera extraño, eso provocó un mal palpito a la investigadora novata.

—Es solo para descartar el hecho de que se fugase con un novio, o algo parecido.

—Ella no tiene nada de eso. Es una chica de bien —añadió el hombre de la casa, cada vez más alterado. A la agente no se le escapó el silencio de la madre, que miró de reojo a su marido, y luego, a la joven, como para comprobar si se había dado cuenta de su propio gesto.

—¿Tiene alguna amiga con la que Oxana se vea con cierta frecuencia? ¿En qué pasa el día, normalmente, su hija?

—Aparte de Sonja, creo que ninguna más. Es una compañera del curso de costura que está tomando. Esta es la dirección de la chica, no lejos de aquí, calle Prokopska, 10. Aunque yo ya he ido a hablar con su padre, y no saben nada —argumentó el señor Novotni.

—¿Han llegado a conversar con Sonja?

—No. Por favor, hagan su trabajo y encuéntrenla. Discúlpeme, no puedo perder más el tiempo con usted; me voy a buscarla, una vez más, a lo largo del río.

—No se preocupe. ¿Por qué el camino del río?

—Es por donde volvía... vuelve desde la academia de corte y confección.

Acto seguido, Adrian Novotni salió por la puerta principal, dando un portazo, que dejó a solas a las dos mujeres, en un silencio incómodo.

Ambas se quedaron mirando una a la otra. Finalmente, Novotna se decidió a hablar.

—Oxana se ve en secreto con un chico algo mayor que ella.

Yelena abrió los ojos de par en par. Eso corroboraba la información de Tedi.

—¿Por qué no lo dijo antes?

—Mi marido no podría aceptar eso y habría interrumpido con su bravuconería. A veces, tiene unas salidas de tono que...

—¿Le pega? —la interrogó, sin miramientos, Yelena, tomándole la mano. La señora obvió la pregunta.

—El caso es que Oxana tiene un novio, nos guste o no. Creo que alemán. Imagínese, con lo que odia este hombre a esa gente...

—¿Usted los ha visto juntos?

—Los vi despedirse, de lejos, hace unas tres semanas. No sé más.

—Está bien, señora. Puede que su amiga Sonja sepa más que nosotras. Trataré de hablar con ella. Gracias por el *strudel* y el café. En cuanto sepa algo, será la primera en conocerlo. Seguramente, se haya fugado con el chico y en poco tiempo la tenga de vuelta —la investigadora trató de sonar lo más convincente posible, con una teoría que ni ella misma creía.

Cuando Yelena se disponía a abrir la puerta para salir, la dama la agarró por el antebrazo y la volteó.

—Algo malo le ha pasado. Lo sé. Una madre sabe esas cosas —después de una pausa larga, como para tomar fuerza, y ante la mirada de sorpresa y terror de Yelena, añadió—: El gólem se la ha llevado. —Tras esas palabras, algo se activó en el siempre racional cerebro de Yelena.

—¿No creerá en esas supercherías de viejos?

Novotna, con lágrimas en los ojos azules, asintió.

—Búsquela y tráigamela sana y salva. Pero borre esa estúpida expresión de autoconfianza. Se enfrenta a algo que no cree, y eso la hace vulnerable. Necesitará ayuda. Alguien que entienda de lo que hablo. Váyase ya. —Con estas palabras, la madre de Oxana cerró a cal y canto la puerta de madera negra.

### ***En la tienda Balaban***

—Oye, Tedi. Deja ya ese dichoso búho de porcelana, no vas a poder disimular el roto. Es mejor tirarlo. Ya es hora de echar el cierre. Vete de aquí, ya me quedo yo recogiendo todo esto.

—Está bien, *caraculo*. Pero si dices que recoges, recoge. Que no tenga yo que venir mañana y encontrarme la trastienda hecha un cirio.

—Vale. Vete tranquilo.

El Antediluviano cerró, tras escucharse la campanilla de la puerta principal. Yehuda cogía las piezas que no le habían servido para terminar el reloj y barría todavía el desaguizado que había ocasionado el atracador la noche anterior. Aún flotaba en el ambiente el fuerte olor del café que Tedi había preparado, tras la visita de Yelena, esa mañana.

Un momento después, se lavó las manos y se acercó a la vela eterna. Agarró un cuchillito dorado y se provocó una escisión en la yema del dedo pulgar, cuya sangre derramó sobre la llama de la vela, como llevaba haciendo por décadas desde que aquel turco había entrado en su local. Segundos después, retiró el dedo y se lo chupó para cerrar la herida.

En ese preciso momento, vio algo en el suelo que le llamó poderosamente la atención. Dos líneas casi imperceptibles de tono rojo burdeos. Apartó una mesilla y la vitrina para seguir las, casi paralelas, hasta la puerta trasera de la tienda, que daba al oscuro y siempre maloliente callejón. Aquello lo descolocó por completo. Era sangre. Reciente. Tenía que hablar con Tedi, quizá supiera...

—Hola, viejo. Sabes lo que significan esas dos líneas. No te hagas el tonto.

—Pero ¿qué dices? ¿Quién demonios eres? ¡Sal de aquí!

—Sabes de sobra quién soy, y otras muchas cosas. No me la juegues, por tu bien. ¿Qué has hecho con el ojo, carcamal inútil?

—¿Qué? ¿Qué ojo? Déjame en paz, o te juro que... —amenazó Yehu, con el pequeño cuchillo dorado que se había dejado el atracador de la noche anterior en la derecha.

—¿O me juras qué? ¿Qué vas a hacer con esa navajita, despojo humano? Déjate de mamonadas y enséñame la obra.

Yehuda señaló, temblando, el reloj en miniatura en el que había estado trabajando, el de la plaza del Ayuntamiento, diseñado y construido por Hanus en el convulso siglo XV.

—Ja, ja, ja, muy bonito. Me gusta. Me lo tengo que llevar. Ellos esperan el reloj.

—¡No, no puedes, es mi trabajo, mi obra maestra!

—Ellos lo requieren, por eso lo has construido. Qué perfección, te felicito. Aunque el astrolabio falla, pero está bien. Eso no es lo importante.

Yehuda fue resbalando poco a poco en el suelo, y se quedó allí, en un rincón oscuro, atemorizado y en estado de shock. Del fantástico reloj en miniatura asomaban, en lo que deberían ser los ventanucos por los que se aparecían los apóstoles, una bola blanca con un hermoso iris verde nublado, casi gris, que miraba de manera acusadora hacia la conciencia del señor Balaban.

A la mañana siguiente, casi con puntualidad, el bueno de Tedi se decidió a abrir el cerrojo de la tienda a las 9:34. Entró, colgó su abrigo y fue directamente a encender la vetusta pero eficiente, como él, estufa de carbón. Se escuchó un leve quejido tras la cortina misteriosa, y el anciano se encaminó a ver de dónde procedía.

—¿Yehu, pero qué haces ahí? Levántate, hombre. ¿Llevas toda la noche ahí, en ese rincón? Porque vistes la misma ropa andrajosa de ayer. —Tedi descubrió, hecho un ovillo, en el rincón donde había quedado, como petrificado, el bueno de Yehu, con la mirada perdida en la salida trasera.

—¿Por qué miras la salida del callejón? ¡Contesta, joder! ¡Me estás poniendo nervioso!, ¿volvió el atracador pelirrojo cuando me fui? —Por primera vez, Yehuda miró a su ayudante y, con ayuda de este, se irguió trabajosamente, después de pasar toda una fría noche en esa trastienda—. Prepararé café. Anda, siéntate en el sillón de piel, ya que veo que no quieres subir a dormir. Cuando Tedi volvió con el café, instantáneamente, se escuchó la campanilla de la entrada. Tedi sirvió una taza de porcelana azul con borde dorado a Yehuda, y este comenzó a sorber, mientras recuperaba un gesto más sosegado.

—Vaya, parece que hoy han madrugado los clientes. Voy a ver, tú quédate aquí y no salgas al mostrador por nada del mundo. Encima que tenemos poca clientela, si te ven con ese aspecto, los vas a asustar o, peor aún, creerán que eres uno de nuestros estafalarios productos y querrán comprarte. Ji, ji.

—Holaaa, buenos días. ¿Hay alguien joven y apuesto en la casaaa?

—Vaya, vaya. Preparo café y apareces. Me alegro de que sepa apreciar mi buen hacer en la cocina, *mademoiselle*. ¿Cómo estás, Yeli?

—¡Dije joven y apuesto! Ja, ja, ja. —Ambos rieron—. Sí, muy buen café, la verdad. ¿Está mi padre por aquí?

—Estooo..., está tomando café en la trastienda. No te sorprendas si lo ves un poco demacrado. Creo que no pudo dormir anoche y que metió mano al Pequeño Napoleón. Lo encontré esta mañana en un rincón, aunque ya con los ojos abiertos.

Yelena no tardó en atravesar la cortina verde y descubrir a su padre con toda normalidad, sorbiendo su habitual taza y manipulando uno de sus artilugios con la otra mano, desinteresadamente.

—Hola, *tati*, ¿te encuentras bien? Me dijo aquí el joven que no pasaste una buena noche.

—Hola, cariño —respondió Yehuda, dándole un beso en la mejilla—. Está

todo bien, no te preocupes. Debió de ser ese pato asado de la cena. Sabes que no suelo cenar más que un par de *dumplings*, pero ayer me serví un poco de pato del día anterior.

—Sí, claro, claro. ¿Y no tendría la culpa un señor francés bajito que guardas tan celosamente en ese libro antiguo? —propuso, mordaz, Tedi; mientras tanto, se interponía entre Yelena y las dos marcas del suelo rojas, que ya el agudo anciano había detectado.

—Bueno, vengo a comunicaros que han encontrado la chaquetilla de lana que usaba Oxana, tirada en la ribera del río. No tiene signos de sangre ni desgarros propios de una lucha o defensa. Estoy contrariada, la verdad.

—Pareciera que se la hubiese tragado la tierra —apuntó Yehuda.

—O que la hubiesen raptado. ¿Has preguntado a sus amistades?

—Sí, Tedi. Ayer estuve hablando con algunas compañeras de la escuela de costura a la que acudía Oxana. Fui a buscar a su íntima amiga, Sonja, pero no la encontré en el centro de enseñanza. Algunas chicas me confirmaron lo del muchacho alemán. Un pelirrojo sin muchas luces y un poco alocado, amigo de los pequeños hurtos. Imaginaos que le había confesado a la amiga Sonja que iba a atracar una tienda para conseguirle un anillo de compromiso inigualable a Oxana. Él no tenía ni oficio ni beneficio, como se suele decir; a pesar de venir de una familia alemana de bien, estaba sin recursos. Así que tened los ojos bien abiertos. Cualquiera día, se presenta aquí para robaros. Ja, ja, ja.

Yehuda y Tedi se miraron con los ojos muy abiertos, sin reírle la gracia a la muchacha.

—Estooo... ¿Y has buscado al novio? —preguntó Yehuda.

—Sí, por supuesto. Otro que ha desaparecido. No doy con él.

—¿Has mirado en los hospitales? —agregó Tedi. Yehuda le soltó una patada imperceptible y rápida con su pierna de madera.



—¡Ayyy, estás loco!

—¿Pero qué os pasa a vosotros dos? Estáis raritos. Quiero decir... más raritos de lo habitual. ¿No sabréis algo del chico? ¿Y esto qué es? Creo que me tenéis que explicar algo —les conminó Yelena, apuntando a ambos con la daga del atracador, que acababa de sacar de un cajón, mientras buscaba azúcar para el café.

—Bueno... —comenzó a decir Tedi, rascándose la cabeza y apartándose del imprevisible Yehuda—. La noche antes de que llegases, un chico como el que describes trató de atracarnos.

—¿Cómo que trató, se fue sin más?

—Pues... sí. No le gustó nada de lo que había, y al ver el aspecto andrajoso de este, se fue, entendiendo que no iba a conseguir nada de utilidad aquí —señaló Tedi.

—Sí, claro. Y se dejó este cuchillo. Vosotros dos... —decía la chica, apuntándolos inquisitivamente con su dedo y negando con la cabeza—. ¡Tenéis suerte de que no encuentre sangre por aquí, si no, os empapelo a los dos, par de chiflados!

—Si sigues por ahí, no voy a prepararte café nunca más.

—Tranquilo, padrino. Además, creo que necesito vuestra ayuda. La madre de Oxana me ha salido con que el mito del gólem tiene algo que ver con este asunto. ¿Os lo podéis creer? En pleno siglo XIX, casi XX.

—¡Cree que el gólem ha secuestrado a Oxana! —reaccionó, sorprendido, el incrédulo Yehuda.

—Así es. ¿Qué sabéis de esa leyenda? Quizás haya algo que pueda sacar de ello.

—Siéntate, querida, y escucha al maestro —respondió Tedi, arreglándose la pajarita y sirviéndole más café a la joven investigadora. Yehuda puso los ojos en blanco, sabedor de que tenía que soportar otra perorata sobre mitos y

leyendas del Antediluviano.

### ***Iglesia de San Juan Nepomuceno, barrio de Podskali***

En ese mismo anochecer, en el que se contaba la leyenda del gólem en Antigüedades Balaban, un sujeto pelirrojo de unas dimensiones casi inhumanas subía una escalinata y hacía su aparición en la iglesia de San Juan. El gran portón de hierro del barroco edificio se abrió con un estruendo que ponía los pelos de punta. La sombra del mastodonte Touba se proyectaba por el cuerpo central del interior del templo, bajo las titilantes luces de las velas, a diestro y siniestro de su posición. El olor del incienso era ligero, sin llegar a molesto. Se respiraba una atmósfera fría, pero, curiosamente, acogedora. Un remolino de viento surgió de detrás del gigante y llegó hasta el ábside.

El cura, que estaba postrado pronunciando unas oraciones, se volteó al sentir el aire proveniente de la entrada; pero la vio cerrada, allí no había nadie. No le otorgó mayor importancia y el padre Jan, de treinta y dos años, siguió con sus oraciones, con el oído predispuesto hacia la entrada.

Jan era un cura devoto y trabajador, con una reputación intachable. El estar sirviendo a aquella comunidad en Nova Mesto, Ciudad Nueva, lo llenaba de satisfacción, pues era el barrio de Podskali, el lugar donde se había criado.

De pronto, escuchó unos pasos poderosos acercarse por la espalda, que hacían crujir las baldosas a cada zancada. Jan estaba aún arrodillado, pero notó la respiración de la visita tras él. Cuando reunió el valor para girarse, no era capaz de concebir lo que sus ojos percibían.

La majestuosa estampa del enorme Touba lo miró con sus gélidos ojos azul claro.

—Padre, necesito confesión.

—Pero no es hora de confesionario. ¿No podría volver usted mañana?

—Padre, habla usted como uno de esos funcionarios de la Administración en

el Ayuntamiento. No, no puedo. Mi tiempo es valioso también, ¿sabe usted? El tono de reproche de aquel portento físico hizo dudar, por un momento, a Jan, pero, finalmente, accedió.

—De acuerdo, usted gana, señor...

—Horacek.

—Muy apropiado. —El apellido derivaba de la palabra checa *hora*, «montaña»—. Por favor, espéreme en el confesionario de allí a la izquierda. Enseguida estaré con usted.

Touba hizo caso y lo aguardó, arrodillado en la parte externa, habilitada a los feligreses. Las maderas bajo sus rodillas se quejaron como una parturienta.

Después de las fórmulas habituales en un confesionario, Jan le preguntó:

—¿Señor Horacek, hace mucho que no viene por la iglesia?

—Sí, mucho.

—¿Y eso por qué? El contacto con nuestro padre siempre es positivo. No lo debe perder.

—Sí, lo sé, pero he andado perdido últimamente. Le he dedicado mucho tiempo al... otro lado.

Jan abrió los ojos ante semejante contestación.

—¿A qué lado se refiere?

—Bueno, el lado de los que no están de su lado, supongo. No sé si me explico. Para decirlo de una forma suave, lo más inocente que he hecho en los últimos años ha sido robar, y siempre con violencia. A partir de ahí, deje libre su imaginación, y apenas atisbará una mínima parte del mal que llevo en cada acto, en cada respiración de mi ser.

Jan tenía un sudor frío por todo el cuerpo, que trató de controlar. Estaba en la casa de Dios y se sentía protegido, pero, a la vez, inquieto y alerta con tan tenebroso personaje a un metro de él.

—Bueno. Rece cuatro Av...

—Espere —interrumpió Touba al sorprendido padre Jan.

—¿Qué?

—Es por lo que voy a hacer, no por lo que hice, que quiero confesarme. Aquello del pasado es tan grave que tendría que confesarme el mismísimo Jesús.

—Eso no puedo hacerlo. Mejor evite ese acto tan deleznable que va a perpetrar. Así no tendrá que venir a confesar nada. Pero estaré a su entera disposición para lo que sea.

—¡No! —gritó el gigante, dando un soberano golpe con su puño en el lateral de la cabina confesionaria y partiendo en dos ese lado.

Jan estaba aterrado y paralizado. Comenzó a rezar en voz baja.

—¿Qué ocurre, curita, por qué tanto miedo? ¿Acaso no estamos en la casa del Señor? Me exaspera tanto rezo. ¡Hable como un hombre! —le impelió el agresor.

—Yo, yo, yo no puedo confesarle por algo que aún no ha hecho.

—Entonces, si no puedes absolverme, ¿para qué quieres la lengua?

—¡¿Qué?! —apenas acertó a balbucear el joven padre, que patinaba entre los tablones destrozados del confesionario.

El religioso trató de salir corriendo, pero Touba le dio un manotazo con el envés de la mano derecha, y el pobre Jan salió disparado hacia la bancada de delante, rompiéndose dos costillas en el violento impacto. Cada bocanada de aire que robaba el cura a la atmósfera era una puñalada en su costado, pues una de las fracturas le perforaba un pulmón. Aún consciente y con el gigante pelirrojo abierto de piernas sobre él, pudo susurrar:

—Yo te perdono, hijo.

Después de esas palabras, Touba consiguió sujetar la mandíbula de Jan con su enorme mano izquierda, y con la derecha, introdujo los dedos en la garganta de este. Estuvo manipulando un buen rato, y como los dientes

incisivos del cura le impedían penetrar sus rechonchos dedos más adentro, con el índice y el pulgar, se los arrancó de cuajo. Jan soltó un alarido animalesco. El «feligrés» pareció encontrar o agarrar bien lo que buscaba. Retorció su gruesa muñeca y sacó la mano con una lengua arrancada desde casi la laringe y chorreando sangre. Pareciera como si colease como una serpiente sin cabeza, dispensando chorros por todo el ala este de la iglesia. Jan perdió el conocimiento. Touba ya tenía lo que había ido a buscar. Agarró el cuerpo inmóvil pero aún palpitante del padre y lo metió en un saco robado de los estibadores del puerto fluvial. Lo trasladó al hombro, hasta llegar al puente Carlos. Una vez allí, lo arrojó al Moldava. La gélida corriente se llevó el bulto con el joven Jan dentro, al fondo, como si fuera la zarpa de un león hambriento arrastrando un trozo de carne.

### CAPÍTULO 3 *Gólem*

—Querida Yeli —comenzó el bueno de Tedi—. Básicamente, y para que no se te haga muy largo, puesto que ya tienes algún conocimiento sobre esta figura del gólem: es una leyenda que narra los hechos de un rabino con conocimientos sobre el *talmud*, numerología, astrología, cábala y hasta alquimia muy grandes que, supuestamente, existió en el siglo XVI aquí, en el barrio judío de Praga. Un día, visto que necesitaba de un ayudante para los diversos trabajos que requiere una casa con algunos animales en el patio trasero y de muchos quehaceres que un hombre dado a las ciencias apenas puede atender, el señor Loew, que así se llamaba el rabino, decidió crear una figura de arcilla algo más grande que un hombre. Con sus conocimientos y otorgándole la chispa de la vida, consiguió darle movimiento. Al principio, fue toda una bendición para el sabio y para la comunidad. Pero la pobre criatura, que hacía el trabajo de dos o tres hombres, no tenía mucho cerebro. Un ejemplo de esto es la anécdota que cuenta que, un día, la mujer del rabino envió al hombre de arcilla a sacar agua del río, y lo dejó allí todo el día, mientras ella hacía la compra. El tipo siguió al pie de la letra las instrucciones, hasta conseguir sacar tanta agua que inundó la ciudad.

—Vamos, padrino..., eso no puede ser verdad.

—Déjalo terminar, impaciente. ¿No ves que contar historias y espiar por el escaparate a las estudiantes pasando son sus únicas ocupaciones en el día, y las chicas hace tiempo que terminaron sus clases?

—Prosigo, si me dejas, *patapalo*. Como te decía, el gólem, que significa «tonto» en hebreo, no tenía muchas luces. Para dominarlo, el tal Loew le escribió una palabra en la frente, *EMET*, que significa, como bien sabes, «verdad». Además de esto, para activarlo, el alquimista debía introducirle unos *shem*, papiros del *talmud*. Para que la bestia descansase, le extraía estos

papiros de la boca, y aquel reposaba. Un viernes noche, el rabino olvidó sacarle el *shem*, y hasta que amaneció, sábado, *sabbath*, siguió la bestia trabajando. Loew ya había salido a la sinagoga, y sin darse cuenta, dejó a su gólem trabajando ni más ni menos que en *sabbath*. El hombre de barro, enfurecido por este hecho, comenzó a destrozarlo todo, mobiliario, puertas, todo, en la casa de los Loew. Cuando el sabio llegó, el monstruo de barro había matado a todos sus animales del patio trasero y se disponía a arrancar un árbol de jardín. Al verse sorprendido, paró por un momento e, hipnotizado por la mirada del rabino, se detuvo. Este aprovechó para borrarle de la frente la E de *EMET*, para que quedase solamente *MET* escrito, «muerte» en hebreo. De esta forma, pudo extraer de la boca del gólem los papiros, y la bestia se deshizo ante sus ojos. El rabino, con ayuda de algunos vecinos, consiguió meter los restos en una caja y sepultarlos en el desván de la sinagoga Nueva Altneuschul. Algunos dicen que se aparece esa bestia en una ventana cada treinta y tres años. Es más una alegoría que trata de dar su sitio al hombre y a no equipararse con Dios. —Tedi se inclinó, teatralmente, como si acabase de interpretar *El anillo de los Nibelungos* de Wagner. A lo que Yehuda y Yelena respondieron con un efusivo aplauso, no sin cierta sorna.

—¿Tú te lo crees, *tati*?

—Esas cosas ni se creen ni se dejan de creer. Yo las dejo apartadas en un rincón de la conciencia, y procuro no tocarlas mucho. No hay que descartarlo. Ya sabes que toda leyenda está basada en un hecho real, aunque no necesariamente como se nos cuenta. El ejemplo lo tienes en el cuento del flautista de Hamelín. Todo el mundo piensa que es solo un cuento, pero está basado en una historia que ocurrió en el siglo XIII en Alemania. Y créeme, lo que allí pasó no es un cuento infantil.

—Vosotros dos disfrutáis poniéndome la carne de gallina, ¿verdad? —Negaba con la cabeza la bella Yelena—. Se supone que estoy investigando un

caso, y no puedo meter esas cosas en mi mente, me distraerían.

—Tú lo pediste, guapita de cara —le recordó Tedi—. Pero, como dice aquí el filósofo, no lo descartes del todo.

—¿Quién en su sano juicio iba a crear un hombre del barro para que cumpliera unas tareas domésticas? —inquirió ella.

—Alguien que quiere cometer algún crimen y no verse envuelto —apuntó, con cierto misterio, Tedi.

—O alguien que quiere raptar a una chica joven con algún macabro propósito —apuntilló Yehuda.

—Ahí, ahí. —Lo señalaba, con el dedo, Tedi.

—Tengo que ir a comisaría, están analizando la chaquetilla encontrada en el río. Seguramente, tendrán más información. Portaos bien, par de majaderos. Os dejo; ya tienes mejor cara, papá. No le des tanto a ese coñac desfasado, por favor. —Se despidió Yelena, dando un beso en la frente a cada uno.

Tedi retiró las tazas de café y las llevó a la mini cocina. En la pila, las depositó y se encontró con que todavía había una cucharilla de postre sin lavar.

—Oye, Yehu —gritó al propietario del negocio—. ¿No me habías dicho ayer que tú recogerías?

Tedi la tomó y retiró los restos de café que se habían adherido al utensilio; descubrió lo que parecía sangre. Le preocupaban las dos líneas marcadas en el suelo de la trastienda. Si ocurría algo, prefería arreglarlo a solas con su amigo, sin que Yelena lo supiera.

—Déjame trabajar en esto, Tedi, es un proyecto nuevo.

—¿Ah, sí, qué es?

—Un cáliz muy especial, pero aún le faltan piezas.

—¿Me vas a explicar de dónde han salido esas dos líneas rojas del suelo, o tengo que torturarte?



Yehuda se lo quedó mirando fijamente y petrificado, como si estuviesen en tiempos del mismísimo gólem.

—Tedi, no tengo la más remota idea.

—A veces, no sé si eres muy listo o te pasas de estúpido. Soy tu amigo, y lo fui de tu padre también. Si estás metido en algo gordo, debes explicármelo, para poder ayudarte.

Balaban bajó la mirada, pero no salió ni una palabra de sus finos labios.

—No lo sé, Tedi. Es posible que alguien se escondiera aquí, después de haber hecho algo malo ahí fuera, y no quería que lo capturasen. Es posible que el atracador volviese, en su afán por encontrar dinero, y se colase aquí dentro. Te juro que no tengo idea.

El Antediluviano lo miraba de reojo, con desconfianza, y soltó la cucharilla con sangre seca encima del cáliz sobre el que trabajaba.

—¡No, no, no, pero qué haces! —Yehuda se quedó mirando el instrumento metálico, sin poder decir más que—: No sé de dónde ha salido esto, amigo. ¿Es sangre?

—Ya sabes que sí. No quiero que hagas sufrir a Yeli. Como estés cometiendo una estupidez, te juro que te corto las pelotas.

—No sé de dónde ha salido eso... —Tedi lo dejó con la palabra en la boca y salió, bruscamente, de la tienda, acomodándose la bufanda; estaba empezando a caer aguanieve.

Yehuda observó la cucharilla, y volteó su mirada hacia el enorme libro con tapas de madera y sin título que acumulaba polvo en un rincón oscuro..., esperándolo.

### ***Comisaría central de la calle Dusni***

—¡Yelena, venga acá! —ordenó el capitán Cybek, en cuanto la vio entrar por la puerta.

—¿Se sabe algo más de la chaqueta, mi capitán?

—Sí. Sin duda es de la chica. ¿Ha averiguado algo más?

—Se veía con un chico alemán. Una rata de Kavalirka.

—¡*Puag*, odio ese sitio! ¿Has hablado con él? Su nombre.

—Gustav Liebermann. Sus padres no tienen ni idea de dónde está, y ni en ese barrio ni en el de la chica saben nada tampoco. Tendremos que centrar la búsqueda en el muchacho.

—Sí, sin duda. Bien hecho, señorita Balabanova. Por desgracia, no es lo que nos temíamos y la cosa parece más grave, a tenor de lo que ha traído el grupo que buscaba en el Moldava.

—¿A qué se refiere, tienen más datos? —inquirió Yelena, con cierto nerviosismo.

—El equipo de rastreo en el río, con barcaza incluida, ha encontrado restos en la vera del mismo, muy cercanos a donde Oxana vivía. Parece ser que hubo una pelea en la tierra que toca el agua. Al estar húmeda y no haber subido el curso del río, las huellas se mantienen intactas. Hay restos de sangre..., mucha sangre. Un par de dientes rotos con violencia, de alguien joven, restos de cabello como los de Oxana y dos uñas de mujer con piel arañada. —Cybek miraba fijamente a Yelena, para medir su reacción conforme describía todas las pruebas encontradas—. Yelena, no creo que la chica esté viva. Hay que dar con ese bastardo. Pero eso será mañana, retírese. Ah, y no avise de nada todavía a los padres de Oxana, por descontado.

—Así lo haré. Gracias y buenas noches, capitán —acertó a decir la chica, con el rostro desencajado, mientras abandonaba el despacho.

### ***Castillo Houska, Bohemia***

—Señor, su sobrino está aquí.

—¡Qué! ¿Qué hará ese mequetrefe aquí? —susurró, para sus adentros, el

señor Liebermann.

El chico entró en la estancia, más oscura que luminosa y decorada con tapices colgantes, como si fuera un castillo medieval. Gustav andaba cabizbajo, con un aparatoso vendaje en la cabeza, que su prima pequeña le había practicado para taponar la herida de la oreja o, mejor dicho, de la herida sin oreja.

—Hola, *stryce*.

—Déjate de formalismos cariñosos. Ya sé que soy tu tío. Dime, ¿qué es eso que llevas en la cabeza? Parece que está manchado de sangre.

—Unos judíos me atacaron, *stryce*, y me arrancaron una oreja. No puedo ir a un hospital, o me encontrarían.

—¿Y qué les hiciste para que te dejasen en ese estado, Gustav?

—¿Yo? Nada, ya sabes cómo son esos perros —añadió el joven, escupiendo en el suelo.

—Haz el favor de no repetir eso. Se supone que somos caballeros. Y ahora que las cosas están delicadas, supongo que habrás considerado mi oferta.

—Sí, tío. Vengo a quedarme para servirte. Es decir, si lo tienes a bien.

—Sí, claro que sí. ¡Katka, Katkaaaa! Llévate al chico. Hazle una buena cura en esa fea herida y dale algo de comer. Más tarde, hablaremos tú y yo, muchacho. Me tienes que decir dónde y quiénes se atrevieron a cortarte una oreja. Nadie hace semejante tropelía con un Liebermann. Aunque seas hijo del inútil de mi hermano.

Al salir, el muchacho se tropezó con la montaña de carne llamada Toubá, que entraba en la estancia de Liebermann. Gustav se lo quedó mirando, embobado, y Katka le tiró del brazo hacia la cocina.

—Maestro, tengo la siguiente pieza del engranaje —informó el grandullón, agitando la lengua del padre Jan en su mano izquierda.

—Muy bien, Toubá. Llévasela al anticuario.

Al día siguiente, en aquella mañana templada de enero, Yelena había invitado a su padre a pasear por el puente Carlos. La chica se sentía, en parte, culpable por el distanciamiento que ambos habían sufrido desde aquella discusión por su ingreso en el Cuerpo de Policía. Ella quería estrechar lazos de nuevo con Yehuda. Los dos tenían un fuerte temperamento, así que parecía que estaban abocados a la confrontación si no aprendían a tolerarse entre sí, con sus diferencias de pensamiento generacionales.

—Me alegro, *tati*, de que me acompañes esta linda y soleada mañana por el río. Tengo que hacer algunas pesquisas, y tus conocimientos y los de Tedi sobre el vecindario pueden serme muy útiles. Además de disfrutar de tu compañía.

—Yo también estoy muy contento de acompañarte, Yeli. Pero no sé muy bien en qué podemos ayudarte Tedi y yo, pues los temas antiguos son nuestro fuerte, y si deshechas la teoría que la señora Novotna te planteaba sobre el rapto del gólem, pues me da en la nariz que descartarás todo lo que tenga que ver, mínimamente, con temas de leyenda o esotéricos. Pero no te culpo. Es solo falta de información por tu parte. Le pasa a mucha gente. Juzgáis sin conocer... y, al final, las teorías nacidas del desconocimiento prosperan y se instalan en el inconsciente colectivo, solo porque son más cómodas de asimilar.

—Vaya, papi, no te tenía por un estudioso de la mente humana.

—Me carteo con un joven neurólogo, bueno, no tan joven; supera ya la treintena, nacido en Pribor, y tiene unas ideas revolucionarias sobre el estudio y catalogación de las enfermedades mentales. Un tal Freud. Emplea unos novedosos métodos de tratamiento a pacientes con problemas mentales. Supongo que me ha influenciado con su manera de ver las cosas...

—Suena interesante. Me gustaría conocerlo algún día. ¿Sería posible cartearme con él? Me da la impresión de que podría ayudar a la Policía en la

búsqueda y catalogación de muchos maleantes, como el que estamos buscando ahora.

—No lo sé. No es un tipo que se cartea de la noche a la mañana con un desconocido. Pero si puede ayudar con el caso, se lo haré saber. De todas maneras, es un fanático de la ópera y quiere venir en breve para observar el *Rudolfinum*, que se terminó en 1885. Tendrás oportunidad de hablar con él.

—¡Qué bien!

—Estos jardines Belvedere en torno al palacio Cernin me encantan, hija. Me relaja respirar este frescor de la hierba y sus flores. Pero debo sentarme. Esta pierna de madera me está matando. Yeli, no tomes la idea del gólem demasiado a la ligera. Además, quería hacerte saber que no me gusta que camines sola por el barrio a altas horas de la noche. Si estás en un caso de secuestro o asesinato, Dios no lo quiera, corres peligro también.

—Papi, soy policía y voy armada. Aparte de que estoy entrenada. ¿No me vas a contar nunca cómo perdiste la pierna?

—Sí, cariño, algún día, pero no me cambies de tema. Pienso que debería acompañarte alguien más. No quieras impresionar a tus superiores desvelando el caso tú solita, a cambio de poner tu vida en peligro. Por lo que me has contado, si ese Gustav Liebermann es quien creo que es, entonces, está bien relacionado, aunque sea un pelagatos del tres al cuarto.

—¿A qué te refieres? Sus padres no son aristócratas, ya los he investigado.

—No sus padres, hija. Su tío. Ivan Liebermann.

—Pero creía que lo habían dado por muerto en una explosión de un carguero, cuando navegaba el *Moldava*, próximo a atracar.

—Cierto. Pero es un hombre que maneja los hilos de los asuntos más sucios de esta ciudad y está bien relacionado con la gente de poder. Te aseguro que no ha desaparecido. Nunca se encontró su cuerpo en el río. El de todos los demás, sí. Algunos piensan que provocó el accidente para librarse de una

encarcelación segura.

—Pero, *tati*, eso no es del todo correcto. Se encontró su cuerpo totalmente carbonizado...

—Exacto, e irreconocible.

Yelena abrió los ojos de par en par, en sincronía con su boca. Yehuda sonreía.

—Aún te queda mucho por aprender, pichoncita. En esta ciudad, ya no hay inocentes.

—¿Crees que lo saben las autoridades?

—No, no lo creo... Estoy seguro de que lo saben. Pero solo en las altas esferas.

—Y ¿dónde podría encontrarlo?

—Ahh, amiga, esa es la pregunta del millón. Sigue al dinero. Investiga en vuestros archivos qué asunto turbio ha dado más dinero en los últimos años, y encontrarás a tío y sobrino.

Horas más tarde, del burdel Zlata Devka salía, con el orgullo de un campeón del circo romano, un tal Tedi, con dos chicas; una rubia, Ingrid, y una morena, Irina. El abuelete se sostenía en pie gracias a que cada chica estaba dispuesta a un lado y a otro de la barriga cervecera del ayudante. Él portaba una botella de vodka en cada mano y se las pasaban entre los tres, cantando, desafinadamente, una canción popular con un trasfondo erótico y burdo.

—No quiero ni pensar en la resaca que vamos a tener mañana... —señaló, después de canturrear, Ingrid.

—Chica, me han dicho que beber un poco de leche antes de acostarse arregla ese tema —añadió Irina.

—¿Ah, sí? —se hizo el inocente Tedi—. Pues yo voy a necesitar bastante; creo que a ti, Irina, te sobra mucha. Anda, no seas avara y dame un poco de la

que guardas ahí. —Tedi hundió su cara entre los pechos de la joven, que reía a carcajadas, mientras trataba de separarse del sediento Tedi.

—¡Sí, anda, chica, no seas así y comparte! —adujo Ingrid, apartando a Tedi e incrustando su blanco rostro en el canalillo de su amiga. Todos rieron como posesos.

—Se está volviendo muy oscura la tarde, deberíamos retirarnos. Esto da miedo.

—Tú siempre tan aguafiestas, Irina —le increpó, tratando de pronunciar, no sin esfuerzo, su amiga Ingrid.

—Esto... —empezó a decir Tedi—. El hecho de retirarnos no implica que debamos cancelar la fiesta. ¡Hip!

—¡Serás viejo verde! Ja, ja, ja —respondió Ingrid, dando un codazo a Tedi—. ¡Si apenas puedes levantar la mano para acercarte el vodka a la boca!, no quiero imaginar el esfuerzo que tendrás que hacer para levantar otra parte de tu cuerpo! Ja, ja, ja.

—No seas mala, jovenzuela. Soy medio nigromante y alquimista y tengo mis truquitos...

—¿Negro... qué? —quiso saber Irina.

—Ja, ja, ja, nada, déjalo. Vamos a la tienda.

—¿Otra vez ahí, Tedi? ¿Es que no podemos follar en un hotel, como la gente normal? —propuso Ingrid.

—Se me han olvidado mis mejunjes afrodisiacos allí, y tengo que pasar a por ellos —les indicó, sinceramente, Tedi, pero, en parte, porque no quería pagar una habitación de hotel.

A los quince minutos, el Antediluviano estaba abriendo la puerta trasera de acceso al local, para que nadie lo viera. Esperaba que Yehuda no lo escuchase, si es que estaba durmiendo en el piso de arriba, su domicilio. Bajo los efectos de tanto vodka, era difícil hacer callar a las risueñas Ingrid e Irina,

y no digamos acertar con la llave en la cerradura. Después de varios intentos, Ingrid le arrancó de las manos la llave y probó a abrir ella.

—Trae para acá. Qué poca habilidad metiendo... Me parece que esta noche voy a tener que hacer yo todo el trabajo.

Tedi se la quedó mirando con rostro ofendido, pero después estalló en una risotada que se escuchó en todo el vecindario.

—No sé por qué entramos por la puerta trasera, si te encargas de despertar a todo el barrio.

—Aún no están dormidos..., ja, ja, ja —dijo él. Al fin, la puerta se abrió, con un chirrido que les puso a los tres los pelos de punta.

—¡AAAY! —se quejaron, sincrónicamente, los tres. Acto seguido, volvieron a perderse entre carcajadas. Si Yehuda estaba arriba, hacía rato que los había escuchado. Pero no dio señales de encontrarse allí.

—¿Oye, no está tu amigo? El de la pata de palo —preguntó la rubia.

—Parece que no. ¡Voy a tener que apañarme yo solito con el material! Ja, ja, ja.

—*Ssshhh* —chistó Irina—, callaos, creo que he oído algo.

—¡Mirad, mirad, ahí abajo! —Ingrid señalaba algo que se movía bajo el sillón de piel.

—¿Pero qué coño...? —apenas balbuceó Ingrid, subiéndose a la espalda del anciano.

—Ah, eso. Tranquilas, es el viejo Mr. Chips. Un ratón tan anciano y venerable como yo.

—¿E... e... está bebiendo de un dedal? Debo de estar más borracha de lo normal.

—No, querida, no estás borracha. Todos lo estamos viendo. Está bebiendo cerveza Gambrinus, su favorita. Es un bebedor empedernido; cada noche, tengo que ponerle su dedal, y él se lo toma religiosamente.



Las dos prostitutas se miraron, sorprendidas, y se rieron, tomando las copas que Tedi les estaba colocando en las manos.

—*¡Na zdravi*, amigo Chips! —dijeron las dos chicas.

A Ingrid se le derramó parte de la cerveza en el escote, y Tedi no perdió ocasión para lamérselo todo. En ese instante, su compañera agarró un artilugio de la trastienda, que era donde Tedi pensaba perpetrar su «crimen» con las dos meretrices.

—Dios, ¿qué demonios es esto?

—Deja eso, Irina, no toques los trabajos de Yehuda; se enfurece si los ve en un sitio distinto del que los dejó.

—Sí, pero ¿qué coño es?

Tedi lo miró como buenamente pudo, haciendo caso omiso de los litros de alcohol que llevaba metidos entre pecho y espalda.

—Parece... Estooo... no lo había visto, al menos con las nuevas añadiduras.

—Era una caja de música con unas protuberancias blancas que decoraban el exterior. Tedi y la chica comenzaron a tocarla, sin acertar a describir lo que veían. Ingrid se quedó mirando desde el sillón, con las piernas abiertas y bebiendo la cerveza.

—Es una cajita de música. Déjala lentamente en el lugar de donde la has cogido. Muy despacio —indicó Yehuda a la prostituta, desde la cortina verde. Había entrado por la puerta principal.

Irina sopesó lo que decía el dueño de la tienda de antigüedades, que ya conocía de otras correrías nocturnas.

—¿Y si no lo hago? ¿No me la puedo quedar? Te... pagaré con lo que sé que más te gusta. ¿Qué me dices, bandido? —presentó su oferta la joven puta, con mirada lasciva y metiéndose un dedo en la boca, chupándoselo y poniendo cara de traviesa.

—Por favor, te lo suplico. Déjala donde la encuentres.

Tedi e Ingrid asistían, impertérritos, a la tensa conversación.

—Vaya, vaya. Ahora sí que has conseguido despertar mi interés de verdad, viejo bribón. No voy a devolvértela. Pide lo que quieras, pero va a ser mía.

—¡Joder, Irina, deja la puta cajita en su sitio, borrachuza! Yo te compro una mañana, en el mercado —trató de disuadirla su amiga.

—Sí, anda, guapa. Déjalo estar. Este cabronazo se puede poner agresivo, cuando quiere —añadió el bueno de Tedi.

La joven, obsesionada con el artefacto, le dio cuerda y lo puso en funcionamiento.

—¡Nooo!

Yehuda se abalanzó sobre ella, pero Irina, mucho más joven y ágil, lo golpeó en la sien con la propia cajita de bronce repujado y madera de palo de rosa, la cual pesaba lo suyo.

El anticuario cayó, semiinconsciente, en un rincón. Todo fue muy rápido. Tedi se apresuró a ayudar a su amigo.

—¡Anda, mira! ¡Los palitos blancos de la tapa se mueven! —observó Ingrid.

—No son palitos —acertó a decir, desde el suelo, Yehuda, con mucho trabajo—. Es la mano derecha del violinista maldito..., Paganini, moviéndose al son de su último concierto en vida. Nunca se había atrevido nadie a poner en marcha el mecanismo.

Irina tragó saliva.

—¿Bueno, y qué? No es más que una jodida cajita muy linda..., ¿no?

Los acordes comenzaron a sonar y el movimiento esquelético y armonioso de la estructura ósea dejó boquiabiertos a los asistentes, con un peculiar concierto para violín ejecutado con una maestría rayana en la perfección.

—Solo Dios podría tocar mejor el violín... Es la famosa composición *24 caprichos* —acertó a decir, como hipnotizado, el etílico Tedi.

Ingrid dejó caer su copa de cerveza. Un torbellino de humo, más oscuro que

la noche más negra, comenzó a hacerse corpóreo, en medio de la caótica trastienda. Un viento que no se sabía de dónde había surgido dominaba en tirabuzones desde el centro, hasta llegar a las paredes. La gran fuerza centrípeta, ocasionada por el viento de otro mundo, dejaba a nuestros amigos, literalmente, pegados a donde se encontraban, sin poder levantarse y escapar. El torbellino seguía danzando, en un macabro baile al son de la melodía preternatural. Irina trataba de protegerse del aire anteponiendo las manos. El remolino negro fue tomando corporeidad, hasta adoptar, de una forma sucinta, pero evidente, los trazos de una bailarina.

—¡Dios santo!, debe de ser Marie Louise..., la principal amante de Paganini por muchos años en Francia —supuso Yehuda, aún sangrando por la sien.

Varios pergaminos de valor volaban por la estancia, como acompañantes de lujo del tenebroso baile de la danzarina francesa. Tedi estaba protegiendo con su cuerpo a Ingrid. La mano esquelética, monstruosamente alargada, cesó su movimiento.

La bailarina humeante dejó de girar como una peonza lentamente, a la vez que se iban deteniendo los últimos acordes de *24 caprichos*, quedándose mirando, sin ojos, hacia la aterrorizada Irina. La cara sin vista de Marie Louise se transformó en unas pavorosas fauces, que ningún animal sobre la faz de la Tierra poseería. La danzante siniestra agarró por las muñecas a la sorprendida y entregada Irina. Todo transcurría como una infernal ensoñación. La bailarina se acercó las manos de la prostituta a la boca y las arrancó de cuajo. La chica perdió el conocimiento, tiñendo de sangre el empedrado suelo de la trastienda.

En ese momento, la puerta trasera se abrió bruscamente, y una figura grande como una montaña cárnica se quedó quieta en el quicio. Ingrid, que gritaba con todas sus fuerzas, cayó fulminada, sin conocimiento, por puro terror.

Por un segundo, parecieron intercambiar una mirada el gigante y la bailarina

fantasma. Al instante, esta desapareció dentro de la caja, y la tapa se cerró violentamente, emitiendo un sonido metálico, como si de un cocodrilo de hierro cerrando su mandíbula se tratase.

Touba agarró, sin ningún escrúpulo, el cuerpo de Irina y se la cargó al hombro; con la otra mano, asió la caja de música. Tras intercambiar una mirada con Yehuda, salió como una exhalación por donde había entrado.

## CAPÍTULO 4 *La caja de música*

Yelena se hallaba en el mercado itinerante que se instalaba todos los domingos en el parque Kampa, en la orilla oeste del río Moldava.

A la desaparición de Oxana, había que sumar, ahora, la de un cura de la iglesia de San Juan Nepomuceno. Nadie sabía nada de su ubicación y no se había presentado a officiar la misa de ese día, un tanto gris, con el que había amanecido Praga. La joven investigadora esperaba que no estuviera relacionado con la desaparición de su chica. Seguramente, era uno de esos padres modernos que le pegaban al vino o a la cerveza de vez en cuando, y se había quedado tirado entre las enaguas de alguna mala mujer o debajo de un puente, durmiendo la mona. Si bien es cierto que sus compañeros la habían informado de los destrozos sufridos en el mobiliario de la iglesia, el día antes de que algún fervoroso feligrés notase su ausencia. Aparte, los restos de sangre en el suelo y en algunos bancos cercanos al confesionario destrozado no hacían presagiar nada bueno.

Todo esto ocupaba los pensamientos de Yelena, mientras manipulaba, entre las manos, una cajita para guardar perfume muy delicada que se vendía en uno de los puestos ambulantes.

—Y bien, ¿te decides, guapita, o no? —Apareció, por la espalda de la chica, su amigo Tedi.

—Ah, hola, Tedi. ¿Cómo dices?

—La cajita metálica. Si la compras o no.

—Oh, sí, sí, claro. Tome, señor. —Yelena pagó lo que, inicialmente, le pidió el tendero—. ¿Qué te trae por aquí? ¿El negrero te ha soltado la correa?

—Sí, he conseguido escaparme por un rato.

—Qué casualidad encontrarnos en el mercadillo, ¿no?

—Ninguna casualidad. Quería hablarte de algo relacionado con tu padre.

En ese instante, unos gritos se escucharon desde detrás de los puestos de

jabones, que daban justo a la vera del río. Yelena salió corriendo en esa dirección, y el viejo Tedi, detrás de ella.

Cuando llegaron al lugar, en la orilla del río, Yelena empujó a la gente, que se arremolinaba en torno a un bulto que asomaba de vez en cuando entre el gentío. Yelena sacó su placa para que le abrieran paso y alcanzó el centro del tumulto. Era un saco entreabierto de gran tamaño.

—¿Quién lo ha descubierto? —inquirió la policía.

—Yo, yo lo hice, señorita Balabanova —respondió un orondo tendero de mejillas sonrosadas.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Bueno. Todo el mundo lo sabe por aquí. Se ha corrido el rumor de que la hija del *chalo* de la tienda de antigüedades investiga la desaparición de la joven Oxana y... ¡Oops! —dijo el señor, tapándose la boca con las regordetas manos, dándose cuenta de que hablaba con la hija del *chalo*.

—Tranquilícese —le propuso la investigadora.

Ella comenzó a desligar la abertura del saco, para poder acceder a él. El hiriente olor que despedía su interior ya le dio una idea de lo que podía esconder el misterioso costal. Tedi se agachó junto a ella, recuperando el resuello por la pequeña carrera.

—Es un cadáver, Yely.

—Veamos. Sí, es un varón joven con... Demonios, ¡es el cura! ¡Lleva sotana! Todo el contubernio exclamó un sentido «oh», dando un paso hacia atrás. Al poco, llegó la pareja de agentes que solía patrullar los días de mercado por la zona, y comenzaron a apartar a la barahúnda, que cada vez era más numerosa y se arremolinaba, vehemente, en torno al cadáver, Yelena y Tedi.

—Fíjate, Yely. Le arrancaron la lengua —observó Tedi, abriéndole la boca al cuerpo con una pluma de escribir—. Y fue golpeado en el costado. Mira qué contusión más fea.

—Sí. Yo diría que tiene varias costillas rotas. Oh, Dios, ¿cómo se puede ser tan cruel?

—¿Qué, qué has visto?

Yelena señalaba dentro del saco, mientras se tapaba la boca, reteniendo las arcadas. La pareja de policías recién llegados cerró a toda prisa el saco y esperó al carromato que usaban los agentes para casos como estos, para trasladar el cadáver. Entonces, Tedi lo vio. El joven cura yacía junto con tres gatos, que le habían rasgado el estómago, dejando a la intemperie las entrañas. Habían lanzado al río al padre con esos felinos..., todos aún vivos, dentro del saco.

—Curioso, muy curioso. ¿Será coincidencia?

—¿El qué, de qué hablas? Vamos a la tienda. Necesito sentarme y recuperarme un momento —sugirió la joven, mientras daba instrucciones a la pareja de policías que custodiaba el cuerpo y trataba de dispersar a la masa.

—No, Yely. Mejor vamos a aquel café de aquella esquina. Quisiera hablarte de algo, pero no en presencia de Yehuda.

—Está bien —dijo ella, mientras apuntaba algo en su pequeño cuaderno.

### ***Una vez en el café de la esquina Nosticova...***

Yelena se había echado agua en la cara, y un té reponedor la había calmado un poco. Como policía novata, todavía le impresionaban los cadáveres de muertes violentas.

—¿Estás mejor, niña?

—Sí, gracias. Ya estoy más serena. Dime. ¿De qué me querías hablar?

—Bueno, primero, de ese hombre que hemos encontrado ahogado.

—Sí. No sé qué está pasando en esta ciudad, pero espero no encontrar más cadáveres. Y espero, sobre todo, que no tengan que ver con el tal Gustav Liebermann.

—Sí, en fin. Lo que me sorprende del cuerpo que se ha encontrado en la vera del río es la similitud que guarda esa muerte con una que tuvo lugar en la iglesia donde ejercía su ministerio el padre Jan, San Juan Nepomuceno.

—¿Por qué? ¿Cuándo sucedió aquel suceso?

—Siglo XIV. El cura que oficiaba las misas a las que asistía la realeza, san Juan Nepomuceno, canonizado en el siglo pasado, tuvo un problema con el entonces regente de Bohemia, Wenceslao IV. El rey andaba con la mosca tras la oreja por unas supuestas infidelidades de su esposa Sofía, la cual era muy devota de la iglesia de dicho padre. El regente trató de sonsacar información al cura sobre las confesiones que mantenía su esposa con el religioso, e intentaba que este rompiera el secreto de confesión, en el cual se parapetaba san Juan.

—¿Y qué ocurrió?

—Que no se lo dijo nunca. Adivina qué hizo Wenceslao IV con él.

Yelena se echó una mano a la boca para terminar la deducción de Tedi.

—Que le cortó la lengua, ya que para él ya tenía una contestación, al no responder.

—No solo eso. Lo metió en un saco y lo lanzó al Moldava.

—Eso no puede ser coincidencia. Alguien lo ha hecho de ese modo por alguna razón que desconocemos.

—Sí, necesitamos más información. Pero no me sorprendería descubrir que hay algo oscuro detrás de todo esto. No puede ser que alguien matase al cura solo para entrar a robar a la iglesia. ¿Por qué canonizaron a san Juan Nepomuceno?

—En el siglo pasado, exhumaron el cadáver y encontraron con él la lengua cercenada e incorrupta, y por defender a ultranza el secreto de confesión.

—Ah, ya veo. ¿Y lo otro de lo que querías hablarme?

—Están pasando cosas... Sí, para mí, otro té de esos, gracias —pidió Tedi al



camarero.

—¿De qué hablas?

—Cosas raras en la tienda de tu padre.

—¿Raras como qué?, ¿desaparece dinero?

—Ojalá fuera eso. Tu padre está inmerso en lo que él llama «sus obras», eso ya lo sabes.

—Sí.

—Bueno, pues, últimamente, esos artilugios son auténticas abominaciones. Me da miedo. Algunas están hechas con partes del cuerpo humano.

—¿Te... refieres a simulaciones de madera?

—No. Y lo que es peor: desaparecen misteriosamente. Hay algunas que ya no las he vuelto a ver en la trastienda. Creo que alguien le obliga a hacer esas cosas por algún motivo y lo tiene amenazado, porque nunca me ha contado nada de esto. Pero es evidente que pasa algo.

Yelena estaba con la boca abierta, escuchando cada palabra que decía el ayudante de su padre.

—Yelena, yo solo quiero ayudarlo. Ya lo he intentado, pero se cierra en banda y no suelta prenda. Hay algo..., no sé..., maléfico en todo esto. Me asusta. Quisiera que trataras de sonsacarle algo, pero no le digas que yo sospecho.

—Está bien, trataré de hablar con él, a ver qué puedo averiguar, pero estoy muy ocupada con el caso de Oxana, tratando de localizar a su supuesto novio.

—No me has entendido. Creo que es posible que esté todo conectado.

Al día siguiente, la joven investigadora decidió pasar por la academia de costura por segunda vez, para abordar a la amiga de Oxana, Sonja, al finalizar las clases. Tedi había optado por hacer unos recados que le había pedido Yehuda en el centro de la ciudad. Yelena la abordó en la calle, a la salida.

—Hola, me llamo Yelena Balabanova y estoy investigando el caso de la desaparición de tu amiga Oxana.

—Hola. Sí, sé quién es. Todo el mundo en el barrio Josefstadt la conoce, señorita. Mucho gusto saludarla.

Yelena supo que habían conectado, en cuanto la miró a la cara. No había actitud defensiva en la joven. Parecía que no tenía nada que ocultar, aunque se dibujaba, en su tímida sonrisa, un velo oscuro de preocupación, impropia de alguien de veinte años.

—No sé en qué podré ayudarla, señorita Balabanova. Mi amiga desapareció sin dejar rastro y a mí no me confesó nada antes de esfumarse.

—¿Confesar? ¿Y qué debería confesar?, ¿estaba metida en algún lío? —le espetó, de primeras, la mujer policía, para observar su reacción. Sonja se puso colorada, sin ella percibirlo.

—No, no, nada de eso...

—Sonja, escúchame bien; estamos al tanto de sus saliditas para encontrarse con ese novio alemán que tiene. Si me puedes decir algo, es posible que la salvemos de una situación de peligro. Tal vez ese Gustav la tenga retenida, y quién sabe con qué intención. Encontramos sangre cerca de la orilla del río, de camino a casa de Oxana. —Yelena decidió jugar la baza de la sangre hallada, en contra de las normas policiales de no desvelar datos de la investigación, tratando de impresionar a Sonja y procurando romper el muro que esta había interpuesto entre ellas. La investigadora decidió que la chica sabía algo...

Sonja, tras un gesto dubitativo, se decidió a hablar.

—Usted parece buena persona. Lo que le voy a contar debe quedar entre nosotras. Quería contárselo a alguien, pero nadie de mi entorno es el apropiado, y puesto que usted me inspira confianza, pues...

—Suéltalo, no tienes nada que temer —impelió Yelena, sujetando el antebrazo

de la morena Sonja—. Soy la adecuada para usar la información que vayas a darme, y te mantendré en el anonimato.

—Mis padres me matarían. Así que eso espero. Verá, Oxana se ve con Gus desde hace unos pocos meses. Es un poco atolondrado el muchacho, pero no mal chico.

—Tengo entendido que está metido en pequeños hurtos y cosas por el estilo...

—Bueno, sí, pero es porque no encuentra trabajo; su padre es humilde y poco puede ayudarlo pagándole estudios o proporcionándole un trabajo.

—Parece que tienes mucha información sobre... ¿Cómo lo llamaste, Gus? —Yelena había dado en el clavo. La chica volvió a encenderse como una tea de petróleo.

Sonja bajó la cabeza y cerró la boca de súbito.

—¿Y bien, Sonja? Estoy esperando.

—Él no lo hizo, ¡de acuerdo! Puede ser un lerdo a veces, ¡pero no es un asesino!

Esto último dejó a Yelena con la sangre helada. Sonja había levantado la voz, fuera de sí, y algunos viandantes habían girado la vista en dirección a la chica.

—Me estás diciendo que Gus no la mató, pero alguien lo hizo, ¿es eso?

—En verdad, no lo sé, es solo una suposición. La gente murmura en el barrio muchas cosas...

—Pero sí tienes un lío con el novio de tu amiga, ¿verdad? —Sonja suspiró profundamente y asintió, sin pronunciar palabra, mirándose los desgastados zapatos.

—Gus me prometió que la dejaría, y consideré que su desaparición lo traería a mis brazos sin ningún obstáculo, aunque yo no haya tenido nada que ver con eso. Luego, ese mismo pensamiento me hizo sentir culpable, y contárselo

ahora a usted, liberada y... limpia, en algún sentido.

—Está bien, muchacha, te creo. ¿Se ha puesto Gustav en contacto contigo después de aquella noche?

—No. Los dos han desaparecido.

—¿Sabes quién es el señor Liebermann?

—Sí, señorita, el tío de Gus. Parece que, hace un tiempo, le ofreció un puesto de trabajo en su... organización. Últimamente, lo nombraba bastante, creo que estaba considerando la oferta de ese hombre e ir a verlo.

A Yelena se le iluminó la cara.

—¿Sabes, por casualidad, dónde encontrarlo?

—Vive en una especie de castillo al norte de Praga. Lo siento, no sé más.

—¡Hay cientos de castillos al norte de Praga! —Sonja se encogió de hombros, acompañando el gesto con un mohín de labios—. Bueno, muchas gracias por tu ayuda. Por favor, si alguno de los dos se pone en contacto contigo, no dejes de buscarme en la agencia de Policía, o ven a verme a esta dirección que te escribo aquí.

Sonja tomó el papelito.

—Encuéntrela, por favor. Sigue importándome, a pesar de todo lo sucedido. Si le ha pasado algo, no podría vivir con la culpa. —Yelena la miró a los ojos y asintió con la cabeza. La chica se giró bruscamente, llevándose un trozo de tela a los ojos, y se marchó corriendo.

Yelena se dispuso a tomar el camino a la comisaría y comunicar la información al capitán, manteniendo la confidencialidad de su particular informadora.

Mientras tanto, Yehuda miraba de reojo el libro grande de tapas de madera, a la vez que manipulaba la última pieza añadida al cáliz, una de sus obras, que estaba terminando.

—Hola, jefe —saludó Tedi, traspasando la cortina verde.

—Ha estado aquí la Policía. —A esas alturas, Tedi ya suponía que lo buscaban a él.

—Preguntaban por las chicas del prostíbulo, ¿verdad?

—Ya sabes que sí. Y por ti. Te vieron salir con las dos, y la *madame* del local los ha recurrido aquí.

—Uff, suerte que aquel gigantón se llevó a la morena. ¿Y qué hay de Irina, la otra? ¿Dijo algo?

—Con la cantidad que he tenido que soltar para comprar su silencio, no creo que se atreva. Preguntaron por ella también —refunfuñó Yehuda.

—Lo más seguro es que haya decidido iniciar una nueva vida en el pueblo donde vive su tía y olvidarse de lo que presencié hace dos noches.

—Sabia elección. Es lo que debería hacer yo también.

—¿Me vas a explicar de una vez qué pasó y quién era ese tipo que se llevó a la chica? —interrogó, visiblemente nervioso, Tedi.

A Yehuda le pareció extraño que no le sorprendiera lo de la caja de música de Paganini. Ni siquiera lo mencionó de pasada.

—Es un asesino. Eso ya lo supones, ¿verdad? Yo no tengo nada que ver con él. Ni siquiera sé quién es. Pero, por alguna razón, me trae los elementos que necesito para ornamentar mis obras..., adornos esenciales.

—¿Pero tú te estás oyendo? ¡Tratando con asesinos! Podrías acabar con tus huesos en la cárcel, ¡jodido loco!, ¡si no muerto, en la vereda del río!

—Tedi. No sé quién es y no sé cómo he llegado a esta situación. Literalmente, no lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo? Está claro que os traéis algo entre manos. Además, se lleva esas barbaridades que creas.

—Debe de ser para un mecenas que colecciona artilugios extraños, y le ha gustado mi obra.

—¡Tu obra! ¡Estoy harto de que los llames así! ¡Están hechos con partes humanas! ¿Pero es que no te das cuenta de que necesitas ayuda?

—Tedi, eres mi amigo y te aprecio; por eso, tengo que pedirte que te mantengas al margen.

—Eso me suena a amenaza —logró balbucear, con la cara encendida de furia, el ayudante.

—No es una amenaza. Quiero protegerte.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo. Tú, *patapalo*, ¿me quieres proteger a mí? Te estás poniendo en peligro. Ese gigantón te puede matar con solo soplar. ¿Qué te da a cambio?

—Nada. Pero intuyo que, si no hago cada encargo, Yeli correrá peligro. No puedo negarme.

—Lo que debemos hacer es llamar a la Policía y atrapar al grandullón cuando venga.

—Hay algo detrás. Él es solo un mensajero. Si acabamos con él...

—Entiendo —admitió Tedi, no muy convencido y dejando la conversación para otro momento—. ¿Qué es eso en lo que estás trabajando?

—Un cáliz.

—Ya me estoy arrepintiendo de preguntarlo, pero... ¿qué es ese extraño ensortijado que tienen las asas de la copa?

Yehuda pareció que lo veía por primera vez, teniendo en cuenta la curiosa circunstancia de que llevaba dos horas trabajando en el objeto. El dueño de la tienda dio un respingo hacia atrás, tirando el taburete en el que se sentaba, con ojos desorbitados.

—¿Qué ocurre, estás bien?

—Es una lengua... humana —sentenció Yehuda. Tedi estaba boquiabierto.

—¡La lengua de Jan, el cura!



## *CAPÍTULO 5 El jinete*

### *Oficina central de Policía*

—Pase, Balabanova —indicó el capitán Cybek.

—Gracias, capitán.

—Usted dirá. ¿Algún avance en la investigación? El alcalde se me está echando al cuello y debemos empezar a dar resultados, querida.

—Capitán Cybek, ayer estuve interrogando a una conocida de la desaparecida Oxana. —Su superior cruzó las manos y se sentó a escuchar—. Parece que el novio secreto de la muchacha ha salido de la ciudad, lo que lo convierte en el principal sospechoso.

—Vaya, eso suena interesante. Espero que sepa su paradero...

—Según lo que apuntaba la fuente, el novio, Gustav Liebermann, fue al encuentro de su tío, del mismo apellido y que lideró el hampa de hace unos pocos años.

—Pero Ivan Liebermann murió en un accidente en el puerto, cuando se incendiaba uno de sus barcos de mercancía. Está registrado, tú misma puedes consultarlo —añadió el experimentado capitán, con el ceño fruncido, temiéndose que no tenían nada nuevo...

—Bueno..., señor, disculpe, pero según otra fuente diferente, el tal Ivan fingió su muerte para escapar a un arresto seguro por tráfico de mercancía, entre otras fechorías que cometió a lo largo de su carrera delictiva. Por lo visto, solo las altas esferas estarían al corriente de este hecho.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que la primera fuente te haya estado mintiendo para darte una pista falsa, por alguna razón que desconocemos? Es un disparate pensar que ese hombre siga vivo, ¡yo mismo vi su cadáver carbonizado! —Por un momento, a Yelena se le vino a la mente el detalle de que Gustav y Sonja estaban liados, y el malhumorado jefe podría tener razón



por esta vez.

—Es posible, pero deberíamos tratar de localizar al joven. Se me informó de que se encontraba en una construcción grande, una especie de castillo al norte de Praga.

—¿Estás loca, chica? Eso es como buscar una aguja en un pajar. ¿Tú sabes cuántos castillos, suponiendo que lo sea, existen solo en la zona de Bohemia? Debes buscar otro nexo. Podríamos perder un tiempo precioso, y si aparece otro cuerpo, pondrían fin a mi carrera..., ¡no digamos a la tuya!

Yelena, con todo el arrojo que logró concentrar, se defendió:

—Aun con todo, creo que debemos buscar. Empiezo a sospechar que el asesinato del padre Jan y la desaparición de Oxana podrían estar relacionados. Quisiera, además de iniciar la búsqueda en las grandes construcciones de Bohemia y alrededores, acceder a los archivos que la Cámara de Comercio lleva acerca de las entradas y salidas de barcos. — Yelena recordó el consejo que le había dado Tedi sobre «sigue el dinero, y darás con Ivan Liebermann». Cybek puso los ojos como platos.

—El registro de... ¡Me *cagüen* la p...! No puedo hacer eso sin un motivo, Yelena. Además, ¿qué relación tiene con el caso? ¡Sabes que en la Cámara son muy cerrados con sus cuentas!

Yelena se acercó y, con determinación, puso las manos sobre el botón donde estaba sentado su jefe, mirándolo a los ojos, frente a frente.

—Estamos tras algo gordo y sé que me estoy acercando. Deme paso y tendrá a tío y sobrino. ¿Se imagina que usted atrape al mafioso más importante del país, cuando todos pensaban que estaba muerto y olvidado? —A Cybek le hicieron chiribitas los ojos por un momento, pero volvió a la realidad..., su realidad.

—No, muchacha. Ya te dije que lo vi muerto... No obstante, hablaré con un amigo que tengo en Administración del Puerto, para tratar de que te dé

acceso.

—Gracias, gracias. ¡No se arrepentirá! —Y la efusiva Yelena le dio un beso en la mejilla.

Se giró a la carrera y tropezó, en el quicio de la puerta, con un sujeto que no conocía, cayendo con las posaderas sobre el enlosado. Estaba perpleja; Cybek, también, por el beso en la mejilla, y el tipo de la puerta, tres cuartos de lo mismo.

—Agente Balabanova, le presento a su nuevo compañero, el agente Ryman.

—U... u... u... —balbuceaba la joven.

—¿Qué eres, un tren de mercancías? —se burló Ryman, con una seductora media sonrisa.

—Un placer, quería decir —se explicó, tomando aire, Yelena.

—Querida, el agente Ryman la ayudará en sus pesquisas. Es más novato que usted, pero, como dicen en mi pueblo, Karvina, cuatro ojos ven más que dos. Además, deberán ir los dos armados. Esto se está poniendo peligroso. Vayan con Dios.

Ambos salieron por la puerta, en dirección al Josefstadt.

—Oxana, tienes que recuperarte. Aún no estás lista para salir. Además, no sé por qué, no me has dejado hablar con la Policía. Todo el mundo te está buscando y me puedo meter en un lío. Aparte de que necesitas acudir a un hospital. No entiendo cómo has sobrevivido en el río helado, sin ese ojo y desangrándote.

Oxana trató de decir algo, y el hecho de no contar con dientes y todavía tener la mandíbula dolorida no le facilitaban las cosas. Con una enorme venda en el espacio ocular, se levantó de la mesa de madera, en la cabaña de Bysek.

—Tengo que encontrar a mi atacante y acabar con él. Por eso, no puedes llamar a la Policía y, por lo que a mí respecta, ya estoy muerta. Adiós, amigo.

Nunca podré agradecerte lo suficiente que me sacases de ese maldito río, aunque solo sea para poder acabar con aquel hijo de mala madre.

Oxana dio un beso fraternal a su sorprendido y humilde cuidador y echó a andar, con ayuda de un bastón y cubierta con una capa oscura con un capuchón enorme, que la confundía con cualquiera de tantos extranjeros harapientos que, cada año, circulaban por las adoquinadas calles de Praga, como almas en pena.

### ***Noche cerrada en el viejo cementerio judío de Stare Mesto***

Dos policías, montados en sendos caballos blancos, patrullaban entre lápidas y mausoleos del cementerio judío más antiguo de Europa. Las andanzas de estos dos sujetos eran bien conocidas en el barrio, pues, aunque agentes de la autoridad, eran dos pendencieros y borrachos empedernidos e, incluso, se los acusaba de haber hecho desaparecer a más de una joven en las inmediaciones de aquel camposanto, tan tétrico como fascinante.

Con los focos que portaban, Aurel, el rubio, y Milos, el calvo, con largos bigotes prusianos, no alumbraban más allá de tres pasos, pues la noche era cerrada y en luna nueva. No cualquiera tenía las agallas de recorrer, cada noche, ese paraje y de poder dormir tranquilamente al final del servicio. No obstante, Aurel y Milos sabían sacar partida de esa, *a priori*, inconveniencia, pues la mayor parte de sus trapicheos los llevaban a cabo en aquel lugar. Sin lugar a error, pensaban que, seguramente, estaría inhabitado..., al menos, por los vivos, en sus tropelías nocturnas y alejados de miradas inquisitivas.

A escasos metros de su posición, otro farolillo se alzaba y bajaba rítmicamente... Los policías se acercaron y, sin desmontar, se dirigieron al rostro repleto de cicatrices que se ocultaba tras la lúgubre luz.

—Eh, tú, ¡acércate! —impelió Milos, el más veterano.

—A ver: en primavera, tus lirios están marchitos —inició la conversación

Aurel con la contraseña.

—Eso *e* porque tu madre no me los ha *regao* —contestó el español con sorna, a lo que los jinetes desenvainaron sus sables, poniéndolos en la nuez del gitano al mismo tiempo—. Que no, que no, que *e* broma. En verdad: porque el jardinero está enfermo.

Acto seguido, los dos checos retiraron las armas, con cara de fastidio; no eran muy dados a la jactancia del gitano traficante; este les dedicó una reverencia teatral.

—*Pobresitos*, qué poca cabeza tienen... ¿*Habéi* escuchao eso?

—¿Ahora te vas a cagar de miedo, gitano? Tranquilo, aquí solo estamos tú, mi compañero y yo —aclaró Milos, muy sereno y tratando de dominar al caballo blanco, que se veía algo inquieto.

—No, qué va, si yo... —balbuceó el español, mirando a un lado y a otro, sin mucha confianza—. Está bien, aquí *tenéi*; en esta bolsa, *encontraréi* lo que me pedisteis.

—¿Esto es el brebaje? —inquirió Aurel.

—¡*Shhhh!* —chistó el gitano—. Cuanto *meno* hablemos, mejor. ¡Ya llevamos aquí *paraos* demasiado tiempo, y se me están helando hasta las pelotillas! Venga, venga, soltad la guita.

—Bueno, está bien, márchate. Pero como nos la hayas jugado, lo vas a lamentar. Aurel, anda, enséñale el sacacorchos.

—¿Qué?, ¿el saca...?, ¿pero qué *e* eso? —quiso saber el gitano, algo nervioso.

Aurel extrajo de una pequeña bolsa asida a su cintura una especie de aguja metálica del tamaño de un puñal, con la punta redonda como un huevo. Al presionar un pequeño botón en el mango del artilugio, se abrió la bola en la punta, como si fuera el florecimiento instantáneo de una orquídea.

—Esto... es el sacacorchos. Un prodigioso invento del ejército croata.

Adivina por dónde te lo meteremos si te pasas de gracioso, como has hecho antes...

El gitano tragó saliva y salió corriendo, apenas tomó la bolsa ocre que le ofreció Milos con el dinero. Trastabilló con las lápidas, lloriqueando y maldiciendo a la vez. Aurel y Milos se echaron a reír a carcajadas.

— Ja, ja, ja, ja...

Los dos policías enmudecieron por un momento.

—¿Has oído eso, Milos?

—No, no lo he oído. Vámonos de aquí, ese gitano te ha pegado su cagalera.

Se alejaron al trote que, inconscientemente, para ellos, era cada vez más rápido. Aquel bosque caótico de lápidas era inacabable. Los caballos se frenaron, sin que sus amos tiraran de las riendas.

Había aparecido, ante los dos caballeros, una figura encapuchada, que intuían, más que veían, los dos policías. Aún no habían abierto la boca, cuando la fantasmagórica figura, en un alarde de reflejos felinos, desplegó, desde su espalda, una larga guadaña. La vaporosa silueta parecía extraída de una imagen de la muerte típica del romanticismo.

Pasaron unos eternos milisegundos, hasta que la cabeza de Milos cayó sobre la tierra de una tumba. El miembro cercenado del calvo todavía pudo parpadear un par de veces desde el suelo, con expresión de sorpresa. Se diría que murió sin saber qué había ocurrido.

El gesto descompuesto del rubio estaba salpicado de la sangre de su compañero. El pobre Aurel se quedó paralizado, simulando una de las tantas estatuas que se podían observar en el puente de Carlos I.

—¿Cómo pensabais que ibais a acabar, engendros desposeídos de la gracia del Señor?

Aurel ya no solo estaba petrificado físicamente, se ahogaba, y su mente se encontraba embotada. Tras esa frase escupida en fuego por el extraño, y tras

mirar a sus endemoniados ojos de otro mundo, Aurel se mantuvo en el más absoluto paroxismo, sin posibilidad de defenderse. Si un espectador oculto estuviera espiando la escena, se diría que el poderoso jinete estaba inducido en alguna exótica maldición, impuesta por su atacante encapuchado.

En el momento en el que la aparición, porque no se podía denominar de otra forma, levantaba, por segunda y definitiva vez, su guadaña brillante en sangre, el grito de una fémina joven quebró el silencio en la distancia. Alguien presenciaba la ejecución del joven y desventurado Aurel, que llevaba ya un rato sin pestañear y transpiraba abundantemente.

La montura se encabritó, al oír el grito y ver el resplandor de la cuchilla. El rubio policía cayó al suelo de espaldas. No podía respirar. El encapuchado erró el ataque, rasgando al cuadrúpedo que, en su alocada carrera, derrumbó varias lápidas musgosas.

El encapuchado se volteó hacia el grito, luego, observó a Aurel con su espantosa mirada, atravesando su alma, de manera que el joven sentía que tiraba de ella. En ese instante, el caballo, malherido y desbocado, se cruzó, como un relámpago, entre el fantasma y el policía. Aurel tuvo los reflejos de agarrarse al estribo de su montura con una mano. A la postre, el único gesto que pudo realizar lo sacaría de aquel infierno, golpeando, con su desvirtuado cuerpo, piedras, lápidas y bordillos... El chico hacía rato que ya no sentía nada. A los pocos minutos, fue consciente de que había salvado la vida, y comenzó a llorar, hasta que se desmayó.

El encapuchado había dado por perdido al joven, y se encaminó hacia el origen del grito.

La chica morena, con vestido humilde, corría y volvía la mirada a cada rato. En aquella oscuridad, no se apreciaba muy bien la distancia que separaba a presa de depredador. La víctima notaba la respiración entrecortada de su futuro captor.

A unos pocos pasos de distancia, seguían la evolución de la frenética persecución dos investigadores de incógnito, que, esa noche, estaban a la espera del encuentro de Gustav y Sonja, la protagonista de la carrera, en el cementerio.

—No quiero pensar en si se entera el capitán de que estamos los dos aquí, en el cementerio, extraoficialmente, espiando a una ciudadana. Ryman, creo que Sonja ha visto algo que la ha espantado. Será mejor que tú sigas a Gustav, y yo trataré de dar alcance a la chica —ordenó Yelena, al mando de la operación.

—No quiero dejarte sola —musitó Ryman.

—No tenemos tiempo, ¡se van a escapar los dos! Corre, ¡yo me las arreglo para atrapar a la chica!

Dicho y hecho, Ryman salió escopeteado en la dirección en la que intuyó, más que vio, la escapada del joven alemán, que había huido por otro camino diferente al de la chica, tal vez pensando que ella lo seguiría.

Se escucharon los cascos de un caballo a lo lejos. Yelena estaba en forma y parecía que no le faltaba el resuello. Todo lo contrario que a su perseguida, que ya corría a la desesperada y había perdido los zapatos, como una vulgar Cenicienta.

En la inmensa oscuridad, que todo lo devoraba, Yelena intuyó una silueta corriendo a la par que ella, quizás a unos metros de distancia, en paralelo. Parecía que Sonja era el objetivo de la misteriosa figura, que mantenía una carrera extraña, pero constante, tras la estudiante de costura.

Yelena cargó su arma; un Cachorrillo de dos cañones estilo Lefauchaux, con bayoneta y gatillo plegables. Se le encrespaban los vellos al ver más de cerca a aquella figura encapuchada.

—¡Alto, o disparo! ¡He dicho que se detenga!

—¿Y cómo piensas pararme con ese juguetito? Te voy a arrancar el corazón

a mordiscos, ¡entrometida!

A Yelena se le heló la sangre. El oscuro asaltante se le echó encima de un salto inesperado, derribándola y rodando los dos ladera abajo, por un pequeño terraplén. En el forcejeo, la investigadora llegó a descerrajar el doble cañón sobre su enemigo, impactando en la pantorrilla izquierda de este. Al parecer, no fue suficiente para detenerlo.

Yelena trataba de quitarle la capucha, pero se le resbalaba continuamente y el extraño le apartaba las manos con los antebrazos. En un momento, el misterioso personaje asió un tronco de leña y golpeó en la sien a su oponente, abriéndole una brecha y dejándola momentáneamente inconsciente. Antes de cerrar sus bellos ojos azules, Yelena pudo ver cómo se alejaba, corriendo, el vencedor de la contienda, sin que el disparo de la pierna le hubiese mermado un ápice sus condiciones atléticas.

Al rato, la despertó la voz en grito del agente Ryman. Una ligera neblina reptaba por encima de la hojarasca dorada.

—*Augh*, qué dolor tan fuerte... ¡y qué mareo! ¡Aquí, aquí, ladera abajo!

Ryman la localizó y descendió a la carrera hasta su compañera.

—¿Estás bien? ¡Dios, qué brecha tienes en la cabeza! Deja que te tape la hemorragia. ¿Con qué te golpeaste? Ah, ya veo, con ese tronco —Ryman hablaba locuazmente debido a los nervios, a la vez que vendaba con un trozo de su camisa la cabeza de su compañera.

—No es eso. Es... —cuando la agente Balabanova se disponía a explicar lo del segundo perseguidor, Ryman le tapó los labios con el dedo, mientras mantenía una mirada de asombro en dirección este.

A unos veinte metros de allí, entre los árboles de un pequeño promontorio y todavía en camposanto, se observaba a Sonja, totalmente paralizada y con los brazos extendidos hacia delante..., en dirección hacia un extraño e inexplicable fulgor verdoso, que estaba dejando en el ambiente un poderoso e



inaguantable olor a azufre y huevos podridos.

Yelena amagó una arcada. Ambos se quedaron estupefactos y se lanzaron a la carrera hacia la joven, gritando su nombre. Su sorpresa fue mayúscula, cuando otearon un gran corcel blanco de un tamaño descomunal alzándose sobre Sonja, que no respondía ante la amenaza de ser golpeada por el animal. Lo que gobernaba al caballo ya fue del todo punto imposible de asimilar por los dos policías. Algo fuera de toda lógica para dos mentes tan pragmáticas como frías y calculadoras. Sobre el lomo de la bestia, montaba un caballero con una gran capa blanca ondeando en el horizonte, remarcada por una gran cruz roja en el centro. Por debajo, llevaba una cota de malla, que ningún ejército usaba desde hacía setecientos años. Lo más terrorífico era que carecía de cabeza. El soldado blandía una enorme espada de acero, que agitaba sobre sus hombros.

En ese instante, en el que Yelena gritó el nombre de Sonja por última vez y a la carrera, la chica volteó su mirada hacia la policía, pareciendo despertar de la extraña ensoñación a la que estaba sometida. Cuando se volvió a girar hacia el jinete, la espada ya estaba recorriendo su camino... ¡Zas!

La cabeza de Sonja salió disparada hacia arriba, y un desconcertante e indómito flujo sanguíneo saltó sobre los espectadores de excepción que eran Ryman y Yelena. La bella cabecita rodó hasta Yelena, que estaba vencida y arrodillada en el suelo. Ryman tuvo los reflejos de agarrar por el brazo a su compañera, cuando vio la posición de ataque del jinete sin cabeza. La famosa leyenda del jinete praguense cobró vida esa noche.

Los enormes cascos del caballo se escuchaban tras ellos, inexorables, hacia su cometido. Más cerca..., más cerca. El guerrero lanzó un mandoble tremendo sobre la pareja a la carrera, justo cuando el destino decidió jugar de parte de los perseguidos. Ambos tropezaron y cayeron, abrazados, dentro de una fosa abierta. Pasaron por encima de estos el enorme equino y el

sangriento fantasma, a su lomo. Ryman cubría la cabeza de Yelena con los brazos, y así estuvo un buen rato.

Media hora más tarde, escucharon el ladrido del perro del encargado del cementerio. Al observarlo, Yelena comprendió que el peligro había pasado, y decidieron salir del nicho. Ryman, con un fémur del huésped de aquella tumba en la mano y con mirada de loco, amenazando al viejo vigilante, lo conminó a que se apartase. Yelena lo sujetó por el brazo y, poco después, se calmaron todos.

Estaba amaneciendo. Habían salvado sus vidas, por el momento.

### ***Esa misma tarde, en la comisaría central***

—Espero que hayan descansado, pareja, porque tienen que explicar muchas cosas —los informó el capitán de Policía.

—Sí, jefe. Fuimos atacados por un jinete, cuando perseguimos a Sonja. Resulta que había quedado con el sospechoso Gustav en el cementerio judío. Mis dudas sobre la joven dieron sus frutos —Yelena bajó la frente—, aunque no pudimos evitar su asesinato.

—¡Y nada menos que a manos de un fantasma, de una leyenda de la ciudad! ¿Esperan que dé esa explicación a mis superiores y al alcalde? Yelena, ayer murió más gente...

Los dos agentes abrieron los ojos de par en par.

—¿Cómo dice? —preguntó, anonadado, Ryman—. ¿Aparte de la muchacha?

—Los dos policías que custodiaban las inmediaciones del camposanto fueron atacados por un loco con guadaña. ¡Y ustedes estaban allí!

—No, no teníamos ni idea, señor. ¿Cómo se encuentran los policías? —inquirió Yelena, temiéndose la peor de las contestaciones.

—Uno está muerto, Milos. Le rebanaron la cabeza. Aurel, en estado de shock y con una parálisis de cintura para abajo. De sus delirios hemos podido

deducir parte de la información que tenemos.

—No... no sé qué decir, jefe —se sinceró Yelena.

—La cabeza de Milos no ha aparecido. Tal vez el mismo loco que se llevó y cortó su cráneo asesinó de la misma manera a Sonja. También han hallado unas huellas de alguien más que estaba reunido con los policías. Demasiada actividad nocturna en un cementerio judío. Me huele muy mal. Aparte de los asesinatos, claro.

—Capi, déjeme decirle que esos dos tenían muy mala fama y ya se los había visto en circunstancias más que sospechosas... —se atrevió a advertir Ryman.

—¡Capi! ¡Pero qué dice! ¿Cree que puede referirse a mí de esa manera, joven? Ryman, haga el favor de desaparecer de mi vista.

—Señor, tenemos que buscar a Gustav con más efectivos en Bohemia. Después de investigar en los archivos comerciales en el puerto, con la escasa hora que me permitieron, logramos vigilar una mercancía un tanto exótica, compuesta por distintas plantas de procedencia no concretada por el registro y sin un remitente. Estamos tras esa pista. Tal vez nos pueda llevar hasta Ivan Liebermann.

—Yelena, no siga. Tengo que relegarla de la investigación. No la estoy despidiendo. Los superiores me obligan, y yo no puedo hacer nada. Le dije que tendríamos problemas si aparecían más muertes. Compréndalo. No quiero verla a usted o a Ryman acercarse a ese cementerio o al muelle de descarga. ¿Me ha entendido bien?

—Señor, pero...

—¿Me ha entendido bien? —gritó, dando un puñetazo en la mesa, el capitán.

—Sí, señor.

—Tómese dos semanas de descanso y, después de eso, hablaremos. Haga el favor de comunicarle lo mismo a su compañero. —Cybek bajó la mirada, en

parte, triste por tener que dejar fuera del caso a la joven.

Fuera de la comisaría:

—Ryman. Nos han apartado del caso, colega.

—Bueno, eso ya lo esperaba. Nos han dado descanso, ¿verdad?

—Así es.

—No por eso nos vamos a rendir, ¿no te parece?

—¿Insinúas que sigamos con la investigación por nuestra cuenta y riesgo?

—No, no lo insinúo..., lo digo claramente. Creo que estábamos cerca de algo gordo. Ese sujeto huido que no vimos podría ser la clave. Dicen que, por las huellas, es un hombre muy pequeño. Tal vez trabaje en el puerto.

A Yelena se le iluminó el rostro por la predisposición de su nuevo compañero y los arrestos que mostraba.

—Trato hecho. Pero no nos pueden ver por el puerto o por el cementerio. El jefe nos lo ha prohibido. Iremos de incógnito —decidió la resoluta agente, dando un suave puñetazo en el hombro a su espigado compañero.

—El agente Aurel también es una buena opción para comenzar. ¿Qué te parece, Yelena?

—¿Qué, qué me parece?, que estás como una cabra, y me encanta. Ah, y gracias por salvarme la vida anoche, me habrían rebanado el pescuezo de no haber sido por ti.

—¡Va! Tú habrías hecho lo mismo. Además, no podía permitir que una cabecita tan linda se separase de una figura tan bonita. ¿No te parece?

—Me parece que eres un poco granuja —musitó Yelena, poniendo cara de sospechar algo y señalando con un dedo acusador a Ryman.

—Bueno, pero solo los fines de semana. Entre semana, no muerdo. Vamos, te invito a comer, que se me ha abierto el apetito. Luego trazaremos el plan. Anda, ánimo, que tenemos mucho trabajo por delante.

Aquellas palabras le alegraron el día parcialmente, pues no podía borrar de un

plumazo todo lo ocurrido la noche anterior, y solo por el asesinato de Sonja debía resolver el caso, costase lo que costase; se sentía culpable, aunque no hubiese sido el brazo ejecutor de tantas muertes. Aparte, estaban Oxana, que podría seguir con vida, y la salvaje muerte del padre Jan.

## CAPÍTULO 6 *Las respuestas*

En la tienda de Antigüedades Balaban, esa noche se encontraba Yehuda frente al libraco de cubierta de madera, abierto de par en par, desde hacía una hora. Del objeto no se apreciaba nada sobrenatural, pero el gesto del judío, asomado a su interior, era escalofriante. Se diría que estaba descubriendo algo que lo sobrecogía. Ese incunable podía ser utilizado para obtener, con la fórmula adecuada y pronunciada frente a él, alguna respuesta sobre el futuro de la persona que invocase su verdadero interior o algún secreto de su propio pasado.

En el momento del trance de Yehuda, irrumpió en la trastienda el bueno de Tedi, encontrándose el panorama frente a sus narices. El dueño de la tienda estaba imbuido por la llamada del manuscrito misterioso, sin percatarse de la entrada de su amigo y compañero. Tedi observaba, inquieto, la evolución gestual de su amigo, sin pronunciar palabra. Era como si el señor Balaban estuviera físicamente allí, pero anímicamente, se encontrase a mil años luz de distancia en el tiempo y en el espacio. Tedi ya había visto de todo en aquel lugar, pero para una persona ajena a todos aquellos artilugios sobrenaturales, el lugar no podría ser concebido ni entendido.

De repente, Yehuda dio un respingo, cayendo de espaldas al suelo y tirando la silla. El libro se cerró solo por una mano invisible violentamente, y la cara de ido permaneció en el rostro, más pálido que de costumbre, del viejo Yehuda. Se diría que había envejecido cien años en los últimos minutos. Tedi se apresuró a levantarlo. Lo sentó en el sillón de piel y le acercó un vaso de agua a los labios.

—Yehu. Viejo. Reacciona. ¿Qué has visto ahí dentro? ¿Cómo te has atrevido? Cuéntamelo todo. Maldito viejo loco. ¿Cómo has podido meterte en ese libro? Tienes que escucharme, o acabarás como tu padre.

En ese momento, Yehuda reaccionó y lo miró por primera vez, siendo

consciente de su presencia. Su conciencia había vuelto de un lugar al que casi ningún mortal tiene acceso... y había vuelto con respuestas. Unas respuestas que podrían volver loco al más pintado.

—Tedi, hay algo en mí que no está bien. Lo he visto. —En ese momento, el anticuario se puso a sollozar como un niño, siendo consolado por su amigo del alma.

—Cálmate. Encontraremos una solución juntos. ¿Qué has visto? —Yehuda negaba con la cabeza, las dos manos sujetando su testa por la frente. Tedi se hacía una ligera idea de que lo que aquel hombre veía dentro de su cabeza era muy grave—. Escucha, ese libro no acierta todo al cien por cien, ¿sabes? Lo que te cuenta es una posibilidad muy grande de que lo que vaya a suceder tome cuerpo, pero no es definitivo; tú puedes cambiarlo, y más todavía si tienes conocimiento de lo que va a ocurrir. El destino no está escrito, y tú deberías saberlo ya.

—¿Es que no lo entiendes? No es lo que va a ocurrir, es lo que ya ha ocurrido. Dios mío..., esas pobres chicas...

—¿De qué hablas, de las desapariciones? ¿Fuiste tú? Eso es imposible.

—No, no fui yo... —Yehuda volvió a llorar—. No se lo cuentes a Yelena, por favor. Ella no debe saberlo.

—Pero... si no fuiste tú, la información que manejas es valiosa para su investigación. Cuanto antes termine este infierno, mejor para todos. Creo que, tal vez, sería una buena idea que consultaras con ese amigo psiquiatra que tienes. El tal Freud. —Yehuda asintió ligeramente.

—No sé en qué podría el bueno de Sigmund ayudarme.

—Tú hazme caso, cabezota —Tedi pronunciaba estas últimas palabras abrazando a su amigo, mientras observaba, horrorizado, un saco de patatas bajo la pila de la pequeña cocina, con una evidente marca de sangre que, sin duda, provenía del interior.

Había otro asunto que inquietaba a Tedi: la desaparición de la prostituta a manos de aquel gigante que entró en la tienda aquella noche. La Policía seguía sin obtener respuestas y la ciudad se estaba convirtiendo en un lugar inseguro. En cualquier momento, regresarían los agentes de la autoridad para hacerle preguntas, y quién sabe si para arrestarlo, pues él fue el último al que vieron con las dos muchachas, una de ellas, sin manos, a causa de aquel evento sobrenatural con la caja de música.

***A la mañana siguiente, en el hospital principal de Praga***

—Sí, señora. Como puede ver en mi identificación, somos de la Policía y venimos a ver al agente y compañero Aurel.

—Está bien, pasen —comunicó la enfermera de recepción.

Una vez en la habitación 25...

—Agente Aurel Pesek —inició Ryman—. Estamos aquí el agente Balaban y yo, agente Ryman, para hacerle algunas preguntas. Esta entrevista es de carácter interno, así que le agradecería que no la comentase con nadie. ¿Cómo se encuentra hoy?

El hospitalizado no contestó, pero les lanzó una mirada penetrante e insidiosa. Yelena y su compañero observaron el aspecto deteriorado del sujeto al haber sido arrastrado por su caballo, y comprendieron que no iba a ser fácil llevar una conversación serena, pero tenían que intentarlo. Ryman se asomaba de vez en cuando para asegurarse de que no eran sorprendidos por el policía que custodiaba a Aurel.

—¿Cómo está Milos? —consiguió articular, trabajosamente, Aurel.



—Murió, señor Pesek. Creía que se acordaría. —Yelena se dio cuenta de que lo había olvidado, por alguna circunstancia psicológica. Parecía que el sobreviviente empezaba a recordar algo, por su gesticulación. Algo terrorífico.

—¡Dejen esta investigación, me oyen! —susurró el rubio, agarrando a Ryman e irguiéndose—. Lo que nos atacó no es de este mundo, sino algo diabólico. No era... una persona normal.

—Escúchame, perro: no me interesa si es el mismo demonio el que os atacó a ti y a tu más que polémico compañero. Sabemos que estabais metidos en asuntos sucios. No te vamos a denunciar por nada, solo esperamos cooperación para desentrañar algo más gordo. No sé si sabes por dónde voy —le espetó Ryman, agarrándolo por las solapas de la camisa.

—Déjenme en paz, ¡yo no sé nada! Todo eso lo llevaba Milos... Pobre Milos. Ryman asió el brazo dislocado de la víctima y lo retorció. Aurel comenzó a sollozar cada vez más fuerte.

—Ryman, ¡nos van a descubrir, diablos! ¡Haz que se calle!

—Dame el nombre del hombre pequeño con el que os reunisteis en el cementerio.

—*Agh*, ¡es Ramírez, Ramírez! Trabaja en el muelle doce.

—Mierda, Ryman, ¡que viene el cuidador por el pasillo!

—Está bien. Abre la ventana, Yelena. Y tú, como cuentes algo, te juro que acabo contigo.

Yelena hizo caso a su compañero y se descolgaron por la bajante, no sin esfuerzo, hasta una calle cortada que, por suerte, no tenía tránsito de gente.

—Bueno, compañera, creo que estamos haciendo progresos —dijo Ryman.

—Sí, y gracias a ti. Eres resolutivo. El capitán no podría haberme proporcionado mejor compañero. —Dicho esto, le dio un beso en la mejilla.

El agente se tocó la zona y no pudo evitar sonrojarse, lo cual hizo reír a la

chica.

—Anda, quítate esa cara de pasmado y vayamos a buscar al tal Ramírez al muelle.

Tedi había salido a buscar a Yelena por toda la ciudad. No daba con ella, pero uno de sus contactos ya le había informado en la comisaría de que la habían apartado del caso a ella y a su nuevo compañero.

Mientras tanto, Yehuda manipulaba un reloj de pared de madera oscura y oro, totalmente absorto, aunque su mente estaba muy lejos de la misteriosa trastienda. Echaba de menos a su desaparecida esposa, después de tantos años, y aquella era la razón por la que se encontraba ante el reloj del momento. Llevaba años estropeado y solo un trabajo de ingeniería muy fino y preciso lo haría funcionar de nuevo en su complejo mecanismo.

Se aproximaban momentos nefastos y quería tener la posibilidad de volver a ver, una vez más, a su esposa, antes de que se complicase todo demasiado. Intuía que algo en él no marchaba bien. Por fortuna, su amigo Freud llegaba esa misma tarde a la ciudad. Le comentaría sus inquietudes. Era posible que él sí supiera dar con una solución a sus tribulaciones.

—¡Ay, Dios mío! ¡Casi se me olvida, tengo que ir a recibir al amigo de mi padre a la estación! —recordó Yelena, en voz alta, ante Ryman, que se sobresaltó.

—Pero oye, ya estamos camino del muelle, ¡tenemos que dar con ese italiano!

—Español.

—Bueno, lo que sea.

—Lo haremos inmediatamente después de que logre llevar al señor Freud a casa de mi padre. Puedes acompañarme, si quieres.

—Me temo que eso haré, si no te molesta. Así me aseguraré de que regresamos al muelle antes de que los jornaleros terminen sus trabajos de descarga. Entonces, podremos tener unas palabras con el bueno de Ramírez.

—Suspiró Ryman, encogiéndose de hombros, haciendo ver que no había otra opción.

—Vaya, ¡por fin doy contigo! Llevo toda la mañana buscándote. —Hizo acto de aparición Tedi, visiblemente extenuado—. Tenemos que ir a recoger al señor Freud, rápido; hay un coche esperando.

—Pero, hombre, no hacía falta que vinieses, se suponía que iba a ir yo. Por cierto, os presento. Tedi, este es el agente Ryman. Ryman, este es el ayudante de mi padre en la tienda de antigüedades.

Ambos se estrecharon la mano como correspondía, y los tres se subieron al coche de caballos.

Unos minutos más tarde, entraron en la estación, a toda prisa, los tres, mirando en todas direcciones, buscando, como perros de la pradera, estirando los cuellos, al prestigioso psicólogo. Un sujeto con gafitas redondas y bombín levantó su enguantada mano en dirección a Tedi, pues era al único que conocía de los tres sujetos que formaban tan curiosa comitiva de bienvenida. El Antediluviano lo vio y se acercaron.

—¡Viejo lobo, cuánto tiempo! —saludó Sigmund a Tedi, efusivo. El orondo ayudante de Yehuda hizo lo mismo—. ¿Y quién es esta fabulosa señorita que te acompaña, bribón?

—Soy Yelena Balabanova —la policía se adelantó en las presentaciones al viejo Tedi, que se quedó con la palabra en la boca.

—A sus pies. No me diga que es la jovencita que correteaba entre los trastos de Yehuda. —Hizo una reverencia un tanto fastuosa el psicólogo.

—Cuidado, Sigmund, ¡ahora podría darte una patada en el culo y arrestarte por acoso! ¡Es poli! —aseguró Tedi. A lo que el recién llegado puso cara de

pasmado.

—No le haga caso, señor Freud. Tenía muchas ganas de verlo. Mi padre me ha hablado mucho de usted y creo que nos podría ayudar en nuestro caso — informó de sus intenciones, sonriendo coquetamente, Yelena.

—Y este caballero tan apuesto, ¿es su novio?

Ryman y Yelena se miraron, sorprendidos, y se rieron.

—No, no, qué va. Yo soy solo su ayudante en la investigación. Puede llamarme Ryman.

—No lo entretengamos más, querida —interrumpió Tedi, asiendo del brazo a Freud—. Vamos, tengo un coche esperando ahí fuera.

—Está bien, pero aplazamos el tema de sus investigaciones, señorita, para más tarde. Me interesa.

Un minuto después, estaban todos en el coche de caballos, camino de la tienda de Yehuda.

—Yelena —balbuceó Ryman al oído de la joven—, te recuerdo que tenemos que volver al muelle lo antes posible.

—No te preocupes. Tomaremos los caballos en lugar de este trasto, y después, llegaremos en un santiamén hasta el río.

Al poco tiempo, el cuarteto se encontraba entrando en la tienda, a excepción de Ryman, que decidió preparar los caballos, para salir cuanto antes. Yehuda seguía, inquietantemente, obcecado en reparar el reloj sobre la pequeña mesita redonda.

—Hola, Yehu, ¿cómo estás? Ya veo que no pierdes la costumbre de trabajar entre cachivaches... —observó, con malicia, Sigmund.

—¡Profesor! —A Yehuda se le iluminó el rostro. Se fundieron en un abrazo sincero. Aunque había una diferencia de edad importante entre los dos, se admiraban mutuamente por su trabajo en sus respectivas áreas.

—¿En qué andas metido hoy? ¿Qué es ese artilugio? No me digas que otra de

tus obras.

—¿El qué, esto? Oh, sí, sí. Es el llamado reloj del momento. Trato de devolverle la vida —informaba Yehuda, sin dar importancia al artilugio.

—Sigmund, ese reloj está lleno de leyendas románticas y esotéricas y ya sabes cómo le gustan esos temas aquí al amigo de la pierna de madera, no sé si me explico.

—Ja, ja, ja, sí, Tedi, perfectamente. ¿Y de qué trata esa leyenda, si se puede saber?

—Oh, bueno... —comenzó a prepararse para la explicación el Antediluviano, ajustándose la pajarita roja—. Ejem... Una vez funciona, y diciendo unas palabras concretas, es capaz de traerte a tu presencia a alguien del más allá, y puedes pasar un minuto con él o ella, como si estuviera en vida, formularle cualquier pregunta y te responderá con sinceridad, besarla, en fin..., pero es peligroso. Podría uno caer en estado catatónico, si pasa del minuto, aunque sea solo por un segundo —Tedi lo contó todo moviendo aquí y allá las manos e interpretando cada frase de forma apasionada.

—Vamos, Tedi, ¿no creerás que a alguien tan científico como el señor Freud le van a interesar tus batallitas sobrenaturales? —intercedió la joven policía, que acababa de dar dos besos a su padre.

—Oh, nada más lejos de la realidad, señorita Yelena. Me interesan sobremanera los temas sobrenaturales, de hecho, practico espiritismo, aunque en círculos muy cerrados. Tal vez en alguna ocasión podamos llevar a cabo una sesión, antes de que me vaya en unos pocos días.

—Oh, maestro, ¡eso sería genial! —se entusiasmó Yehuda.

—De todas formas, hoy me voy a descansar. Ha sido un viaje algo alterado, por una avería en el tren, así que mañana nos veremos más relajados, si lo desean, señorita y caballeros —se excusaba Freud, sin haberse quitado el abrigo negro y atusándose el bigote.

—Sí, claro, claro. Como quieras. Pásate mañana por aquí —lo invitó Yehuda.

—Estoy en el hotel Praha. Mejor los espero allí para el almuerzo. Quisiera mostrarles algo; usted también puede venir, señorita.

—Oh, por supuesto, será un placer. Si me disculpan, mi compañero y yo tenemos todavía algo que hacer antes de irnos a descansar.

—¿Algo relacionado con el caso, querida?

—Sí, señor Freud, exactamente. Ahora, si me disculpan. —Yelena se despidió con un gesto de cabeza y cerró la puerta tras de sí. Montó el caballo que la esperaba en el exterior, junto con Ryman, ya sobre su animal.

—Pues bien, mañana nos vemos todos, entonces —dijo Freud.

—Te acompaño al coche —propuso Tedi.

Una vez en el exterior y lejos del oído de Yehuda...

—Escucha, Sig —lo agarró del brazo Tedi con familiaridad, susurrándole—.

Mi amigo necesita tu ayuda, tal y como te expliqué en ese correo urgente.

—Sí, lo sé, por eso vine a toda prisa. Yo lo aprecio y...

—Sí, sí, sí..., eso está muy bien, pero escucha. Hay algo en él que no va bien. Tiene algún tipo de desorden o qué sé yo. Es como si no recordase lo que hizo de un día para otro, y a veces, le estás hablando y te mira como si su mente volviese de algún lugar lejano, como si no estuviese en ese instante en ese lugar. No sé si me entiendes.

—Me hago una idea. Por lo que me contaste en tu misiva, crees que sería buena idea que hiciera unos análisis experimentales a Yehuda. Pues bien, mañana, si él se presta, se los practicaremos.

—Muy bien, profesor. Hasta mañana, entonces. —Dicho esto, Tedi se metió en la tienda de antigüedades, frotándose ambas manos y echándoles el aliento, por el frío acuciante.

Ryman y Yelena cabalgaban ya cerca del muelle donde habían averiguado

que trabajaba el tal Ramírez.

A los veinte minutos, lo vieron despedirse de un compañero estibador, incrustar las manitas en el viejo abrigo marrón y tomar el camino a su casa, la calle que bordeaba la ribera Podolske Nabrezi.

En cuanto encontraron la ocasión, Ryman y Yelena le salieron al paso, apuntándolo con las pistolas.

—Ja, ja, ja, ¿me *estái* atracando a mí? —se burlaba el gitano, puesto que no llevaba nada encima y era evidente su condición social.

—Ramírez, no estamos aquí para atracarle. Queremos una información que usted tiene y nosotros necesitamos. —Yelena obvió el hecho de identificarse como policías.

—Sí, más vale que no trate de jugárnosla —añadió Ryman.

—¿Y qué quieren *sabé*, pipiolos?

—Sabemos que la noche pasada estuvo con los policías Milos y Aurel en el cementerio judío por un asunto de cierto tráfico ilegal —Yelena dijo esto último levantando el percutor y apuntando a la frente del pequeño Ramírez.

—Para el carro, muñeca —le pidió, con la cara pálida, el ya asustado estibador—. Yo no *etuve* allí, sería otra persona.

Después de esas palabras, Ryman, en un movimiento rápido, se abalanzó sobre el gitano y lo derribó. Una vez en el suelo, le puso la rodilla en la nuca y comenzó a presionarle la cara sobre el suelo y a doblarle el brazo en un ángulo imposible, al borde de la rotura. Ramírez se quejaba, dando palmadas en el suelo por el dolor.

—Está bien, está bien. ¡*Ustede* ganan, *sinvergüensas*! Aquella era la primera vez que yo veía a esos dos *pasmaos* del *sementerio*. Lo que les di no sé *pa'* qué es, pero eran unas hierbas raras. No sé más.

—Lo siento, amigo. No te creo. Más vale que empieces a cantar, o aquí el guaperas te va a romper las vértebras con la rodilla y, créeme, es un tipo sin

mucho tacto —trató de sonsacarle Yelena.

Ryman presionó más su pierna sobre el cuello del gitano.

—Ay, ay, ay... ¡Para, para! —Ryman no cedió ni un ápice la fuerza sobre su presa—. Te contaré lo que quieras saber, ¡pero deja de doblarme el codo!

El policía lo sujetó por la mugrosa solapa del abrigo y lo izó como a un pelele.

—Comienza a cantar —le espetó Yelena.

—Esas hierbas, junto con otras cosas del cargamento *espesiá*, van dirigidas a un lugar en Bohemia. No sé *esatamente* quién es el pichón que lo *resibe*, pero se rumorea, desde *hase* unas semanas, que un tal señor Liebermann lo ocupa como *sentro de operasione*.

—¿Qué lugar de Bohemia, amigo?

—¡Si se enteran, me harán *picaílllo*!

—Y si no me entero yo, no llegarás a mañana. —Dicho esto, Yelena disparó al suelo entre las piernecitas del gitano, con el consecuente salto de conejo de Ramírez.

Después de tragar saliva este, dijo:

—Castillo Houska.

Ryman y Yelena abrieron mucho los ojos.

—Parece que la madeja se va desenredando —respondió, gráficamente, Yelena.

—Eso creo.

—Bueno, *entonse, guapetone...*, ¿me puedo largar?

—Ni lo sueñes. Tú te vienes con nosotros —sentenció Yelena.

—¿Es que piensas ir a ese castillo? Creo que necesitaríamos ayuda; si es cierto que Liebermann está allí, se habrá rodeado de un pequeño ejército. Ten en cuenta que el mundo exterior lo da por muerto. No puede permitir que nadie penetre en esa fortaleza.



—Te recuerdo que no seguimos en la investigación de manera oficial. Estamos solos.

—Un momento, parejita. ¿*Entonse, soi pasma?*

—No, nada de eso. Trabajamos para un señor que coincide con los intereses de Ivan Liebermann. Ya sabes, muy poderoso —aseveró Ryman, haciendo el signo del dinero frotando los dedos.

Ramírez los miraba con suspicacia, pero asintió levemente.

—Pero digo yo que, por la *informasion* y por ir con *vusotro*, me pagarán una guita, ¿o no?

—Bueno, Ramírez, eso lo hablaremos más adelante. Ahora mismo no tienes otra opción. Siento ser tan brusca, pero o empiezas a mover los pies, o yo moveré el dedo del gatillo; después de todo, ya sabemos a dónde dirigirnos...

—*Ozú*, chiquilla, ¡baja ese trasto de una ve, que me has *convensío!* *Enga*, tú, armario con patas, vamos para allá.

—De momento, te llevaremos a un lugar donde mantenerte con nosotros, hasta que mañana salgamos en dirección al castillo.

—Yo no lo llevaría a tu apartamento, Yelena, ni al mío. Si nos descubren con el enano, adiós a nuestros trabajos. Ya me entiendes...

—¡Eh, cuidadito conmigo! ¡Que, en el momento menos *pensao*, te arranco las criadillas!

Ryman cometió el acto reflejo de taparse «las joyas».

—Dejadlo ya. Nos vamos a la tienda, Ryman. Allí pasaremos la noche. Esperemos que el viejo esté dormido en el piso de arriba. Al amanecer, partiremos.

## CAPÍTULO 7 *Sigmund*

*A la mañana siguiente, en el Grand Hotel Praha, avenida Staroměstské náměstí*

—Buenos días, Yehu, adelante —invitó Sigmund a sus amigos, para que entrasen en la suite.

—Se agradece, Sigmund, ¿eso que tienes ahí preparado es café? —se aventuró a preguntar Yehuda.

—Sí, sí, claro. Servíos, estáis en vuestra casa.

Todos tomaron asiento.

—Yehu, a ver por dónde empiezo. —Carraspeó Sigmund—. ¿Cómo va todo últimamente, duermes bien? ¿El negocio va bien?

—Esto... Sí, el negocio va mejor que nunca. Hay nuevos clientes, sobre todo, para esos artilugios que yo mismo creo.

—Eso está muy bien. ¿Debo deducir que no duermes bien, entonces?

—Pues, no, no muy bien. Me despierto en mitad de la noche, después de múltiples pesadillas, y a veces...

—A veces, lo encuentro dormido en la trastienda, doctor. Acurrucado debajo de la mesa y con un aspecto de mil demonios —se adelantó a describir Tedi, cortando a Yehu.

—¿Y no recuerdas cómo llegas hasta ahí?

—No. A veces, tengo tierra mojada en las suelas de los zapatos.

—¿Solo tierra? ¿Nada más?

Yehuda bajó la cabeza.

—Esto es como el secreto de confesión, ¿verdad, Sig? Esto queda en tus archivos, para tu uso exclusivo.

Tedi y el doctor intercambiaron una rápida mirada. El médico asintió, sin decir una palabra. Yehuda estaba en actitud dubitativa; mantenía una lucha interna, pues lo que podría decir a su amigo no lo había escuchado apenas en

sus propios pensamientos. Retorcía sus manos una contra la otra, signo de su inquietud y estrés. No miraba a los ojos a Sigmund cuando hablaba.

—Escucha, Yehu. Llevo perfeccionando una técnica desde hace unos meses para introducirme más en el problema que acucia a mis pacientes, con el fin de ayudarlos, atacando el asunto con más precisión. Dicha técnica, como te comenté una vez por carta, es el hipnotismo.

—Sig, haz lo que tengas que hacer, si así puedo salir de este tormento que llevo por dentro y cuyo origen ni yo mismo conozco. Solo tengo sensaciones encontradas. Sensaciones con el peso de una culpabilidad extrema en mi conciencia, y no sé por qué; solo lo intuyo.

Tedi estaba expectante, pues había escuchado de esas prácticas que, para algunos, rozaban la superchería o, en el polo opuesto, lo demoníaco. Seguramente, no fuera ni una cosa ni la otra, decidió concluir, para sus adentros, el bueno de Tedi.

—Siéntate aquí, Yehu... Ahora relájate Y déjate llevar. Procura mantener la mente en blanco. Muy bien. ¿Estás cómodo?

—Sí, sí, no te preocupes, muy cómodo.

—Ahora, observa atentamente este reloj —le sugirió el doctor Sigmund. Este comenzó a balancear el artilugio de bolsillo ante la atenta mirada de su amigo Yehuda. Tedi seguía cada paso, con curiosidad.

Yehuda movía la cabeza de izquierda a derecha rítmica y serenamente. El viejo anticuario se mostraba más relajado. Parecía que la atención inicial había desaparecido de su gesto.

—Yehuda, estás cada vez más relajado, te pesan los párpados. Son como dos losas que van cubriendo tus ojos lentamente, muy lentamente. Estás tranquilo en un lugar seguro. Ahora, voy a contar de atrás hacia delante desde cinco. Cinco. Estás tranquilo, cuatro, plácidamente sereno. Tres, poco a poco, más profundo. Dos, respira, inspira, siente el aire entrando y saliendo de tu pecho.

Uno. Eres un remanso de paz.

Tedi estaba pasmado, con la boca abierta, sin creer el poder que ejercía el psicólogo sobre su amigo. Era fascinante, inquietante al mismo tiempo. Inconscientemente, miraba, de vez en cuando, la puerta de la suite, temiendo que un extraño entrase y descubriera ese gran tesoro que él acababa de encontrar: la hipnosis.

—Ahora, Yehuda, estás hace dos noches en tu tienda de antigüedades. ¿Qué haces?

Yehuda parecía inquieto. Luchaba sin luchar. Dentro de su mente, se agolpaban un millar de imágenes.

—Estoy... estoy en mi trastienda de nuevo. Me aseguro de que la entrada está cerrada, son altas horas de la noche. —El pulso del anciano se aceleraba por momentos. Negaba con la cabeza. Fruncía el ceño—. He sacado las pequeñas tenazas y el resto de instrumentos para seguir en mi proyecto, una nueva obra que requiere el cliente. —Tedi puso una mano en el hombro del doctor, como advertencia de que se estaban metiendo en un lugar peligroso para su amigo, y puede que para ellos mismos.

—Sigue, por favor, Yehuda. Relájate y concéntrate, estamos contigo.

—Yo... yo estoy concentrado en mi tarea. Tengo que terminarla esta noche para entregarla a tiempo.

—¿Para entregarla a quién, Yehuda? ¿Quién es tu cliente?

—No lo sé, pero es importante que la termine. Él me paga bien, pero no sé su nombre, tampoco conozco su cara. Simplemente, viene alguien y se lleva el encargo. Yo no hago preguntas, necesito ese dinero. Tengo miedo de que mi hija se entere y quisiera saber lo que pasa. Le podrían hacer daño.

—¿Daño, quién? ¿Por qué?

—Solo sé que, si tienen que matar, matarán. Su objetivo es más importante.

—¿Qué objetivo, Yehuda?

—No se me permite saberlo, no se me permite hacer preguntas, y yo no las hago. No me interesa. Pero estoy inquieto, porque sé que lo que estoy haciendo sirve a un propósito oscuro. Mi alma podría estar en peligro.

—Doctor, déjalo ya, por favor. Esto podría afectar a su ya débil salud — propuso Tedi en un susurro.

Freud hizo caso omiso de las palabras del ayudante, dibujando un leve aspaviento para que le permitiese continuar.

—¿Qué pasa a continuación, Yehuda?

—El gigante entra por la puerta de atrás, me pregunta si está todo terminado y se lleva la última obra de la cabeza.

Tedi y Sigmund se miraron con cara de terror.

—Yehuda, escúchame; ¿esa cabeza era humana? —casi susurró el doctor, temiéndose lo peor. La calefacción en la estancia estaba muy alta, pero los dos hombres no sudaban por eso.

—Sí, una cabeza calva con bigote rubio de un hombre. Es... de la noche anterior.

—Relájate, Yehuda. Recuerda que estás en un estado de paz y tranquilidad total. Nada te puede afectar. Calma. Ahora, vamos a irnos a una noche anterior a esta, en la que te encuentras en la trastienda. —El anticuario asintió lentamente, después de unos segundos de duda.

—¿Dónde estás ahora?

—Estoy en el callejón trasero de la trastienda, saliendo por la calle empedrada, hacia un destino que ni siquiera yo conozco. Estoy en el cementerio judío —dijo el hipnotizado, tras una pausa de un minuto.

Yehuda se puso a temblar ostensiblemente, luego a convulsionar. Tedi se lanzó hacia su amigo para sujetarlo, pero Sigmund lo frenó, no sin esfuerzo, para que no interrumpiera tan interesante sesión. Quería llegar al límite. Sentía que estaba muy cerca del problema que acuciaba a su amigo.

Lo cierto es que aquello no tenía muy buena pinta. Sigmund hizo lo que pudo para calmar al anticuario con palabras y términos de un profesional, que se quedaban cortas, ante el ataque, se diría que epiléptico, del improvisado paciente. Finalmente, las convulsiones terminaron y Yehuda quedó en un estado de calma total, en un trance profundo. Unos eternos treinta segundos después, el anciano levantó la cabeza.

— Los tengo cerca, ya los veo. No pueden hacer nada.

El sonido que emanaba de la profunda garganta de Yehuda era antinatural, no de este mundo ni de este tiempo. Parecía un crujido singular de voz llegado de las profundidades del infierno. El gesto de Sigmund y el de Tedi se transfiguraron en una mueca esperpéntica que transmitía su terror. Aun con todo, el doctor tuvo los arrestos de seguir con el experimento.

—¿Con quién hablo?

— Soy el recopilador. ¿Quién te crees que eres para preguntarme? ¿Acaso no te importa tu vida?

—¿Qué recopilas? ¿Quién te lo manda?

— El señor de la puerta.

—¿Por qué ocupas el cuerpo de Yehuda?

— Es solo una herramienta de trabajo. Lo necesito para recopilar y dar vida a las viejas piezas.

En ese instante, Yehuda dejó de hablar y se desmayó, cayendo de la silla donde estaba sentado. Sus amigos fueron a auxiliarlo. Lo tumbaron en el sofá de la sala y le humedecieron la cara con un trapo húmedo. El esfuerzo del judío había sido muy grande. Estaba exhausto.

—Escucha, Sig, no le contemos a nadie nada de lo que hemos visto hoy aquí. Debe quedar entre nosotros —proponía Tedi—. Parece que nuestro amigo sufre un trastorno de personalidad, ¿no te parece? Quizá debería verlo un psiquiatra en una institución.

—Déjame las conclusiones médicas para mí. Es mi especialidad. Creo que aquí hay algo más. No estoy seguro de que sea un trastorno de personalidad. Tú has escuchado la misma voz que yo. Sé que no es muy científico decir esto, pero ese sonido, esa voz, es muy difícil de fingir, aunque no imposible. Debería hacerle más pruebas, llegar al fondo de este asunto. Pero eso no va a ser hoy. Él necesita reposo.

—No me malinterpretes, yo sé que aquí tú eres el profesional. Solo estaba dando mi opinión, y estoy de acuerdo contigo. Ahora, creo que deberíamos llevarlo a casa, para que descanse como es debido.

—Tienes mucha razón. Llevémoslo en el coche que habéis traído.

Dicho esto, los dos hombres cogieron sus abrigos y, con un Yehuda tambaleante, salieron del hotel, en dirección a Antigüedades Balaban.

A los pocos minutos, el trío salido del Grand Hotel Praha hacía su aparición en el acceso principal de la tienda. Curiosamente, la puerta se encontraba abierta. Al traspasar la desconchada entrada, se encontraron con que Yelena y un joven que la acompañaba, junto con un tipo de tez oscura y de corta estatura, ocupaban el lugar. Yehuda ya estaba consciente y, aunque débil, recuperado.

—Pero, hija, ¿qué haces tú aquí, y ellos quiénes son? —interrogó Yehuda.

—Papi, este es mi ayudante Ryman y él, el bajito, un amigo que nos va a ayudar a descubrir el paradero del novio de Oxana. Ya sabemos dónde buscar. Nos vamos hacia allí. Discúlpenos por no asistir al almuerzo en su hotel hoy, señor Freud, pero teníamos que prepararnos para buscar a la chica.

—No te preocupes, Yelena —la excusó Freud.

—¿Pero te has vuelto loca? Sé muy bien que te han apartado del caso —dijo Yehuda, sentándose y recibiendo el vaso de agua que su amigo Tedi le ofrecía.

—Conque *entonse soi polisías*. Lo sabía desde el *prinsipio*. *Tení* un tufillo

*espesiá* que os delata —protestó, satisfecho, Ramírez, cruzando los brazos sobre su barriga y sonriendo, mostrando varios dientes de oro.

Yelena lo fusilaba con la mirada, pero hizo caso omiso; quería centrarse en explicar a su padre y a Tedi lo que ocurría. Además, el doctor Sigmund Freud estaba con ellos y podía resultar de una gran ayuda.

—Papá, lo tengo decidido; estamos muy cerca de resolverlo. No voy a dejarlo escapar, y vamos armados. No pienso pedir ninguna ayuda a la Policía. Nosotros nos encargaremos. He hecho que le entreguen una nota al capitán, por si tardamos más de esta noche en volver a Praga.

—¿Cómo que en volver a Praga? ¿A dónde vais? —interrogó Tedi.

—Bohemia, castillo de Houska —informó Ryman.

—¿Cómo dices? ¿Y cómo pensáis ir hasta allí? —intervino Yehuda.

—En el coche creo que podríamos llegar en una hora. Así no levantaríamos sospechas —informó Yelena.

—Bueno, veo que tenéis la decisión tomada —dijo, en tono resignado, el anticuario.

—Si pensáis ir hasta allí, es mejor que os acompañe alguien con conocimientos sobre cómo entrar al castillo. En mi juventud, digamos que tenía una novia que trabajaba en el servicio de los señores que entonces regentaban la fortaleza. Creo poder afirmar que conozco bastante bien las puertas traseras. Ya me entendéis. Además, llevaré este juguetito. —Tedi mostró la pistola de siete cañones de origen francés.

—Está bien, Tedi. Puedes acompañarnos, seguro que nos eres de utilidad —añadió Yelena, vista la predisposición de Tedi y que no iba a convencerlo de lo contrario.

—Si tú vas, entonces, yo, también. No pienso quedarme de brazos cruzados, mientras mi hija se la juega —se apuntó a la aventura Yehuda.

—Estás débil. Yo creo que la mejor idea sería quedarte; necesitas



recuperación —le sugirió, en tono profesional, Freud.

—¿Pero es que os habéis vuelto locos todos? —se alteraba Yelena—. Es un caso policial y habrá armas de por medio. No puedo permitirlo, y no hay más que hablar. Si encontramos problemas, en poco tiempo, nuestros compañeros de la comisaría vendrán al rescate. Ya tenemos un plan activado para ello. Así que no necesitamos a dos abuelitos de los que ocuparnos en la operación. Solo permitiré que Tedi nos acompañe, pero únicamente para introducirnos en el castillo. Luego te mantendrás al margen. ¿Entendido?

—Como quieras, niña, pero no dejaré que Tedi se te despegue. Así que me portaré bien y me quedaré aquí descansando —dijo, casi en un susurro, pero con firmeza, Yehuda.

—No te preocupes por él, Yelena, lo cuidaré durante mi estancia en Praga. Todavía me gustaría hacerle unas pruebas —decidió Sigmund, aunque Yelena no tenía ni idea de la sesión de hipnotismo.

Ramírez asistía a la conversación sin mucho que decir. Aquel al que llamaban el anticuario le daba grima y prefería que no los acompañase. Había algo en él que no le gustaba. Y el psicólogo, más joven, también tenía un aspecto y una manera de hablar inquietante. Con los dos locos, Ryman y Yelena, ya tenía bastante. En cuanto encontrase la ocasión, se escaparía.

Una hora después, Yelena, Tedi, Ryman y Ramírez montaban en el coche para poner rumbo al castillo de Houska, al norte de Praga, en plena provincia de Bohemia.

Mientras tanto, en Antigüedades Balaban, el anticuario y el psicólogo almorzaban. Sigmund se dio cuenta de que el anticuario no recordaba nada de la sesión de hipnosis que había tenido lugar en el hotel esa misma mañana. Hubiera preferido que Yelena estuviese presente en el momento en el que su padre admitía estar involucrado en los crímenes. Sigmund debía tener cuidado. Yehuda era un sujeto peligroso, aunque predecible para él.

—Yehuda, ¿es un disparo lo que llevas en tu pierna de madera? —inquirió el doctor.

—Esto... No lo sé, eso parece, ¿verdad? No recuerdo algunas cosas. Amigo, debes ayudarme, tengo miedo. Tengo miedo de mí mismo.

—El problema aquí, viejo colega, es que todavía no sé si tu problema es de doble personalidad, o si alguien te está manejando como un muñeco o... una tercera opción.

—¿Y cuál es esa tercera opción?

—Bueno, yo no soy muy partidario, pero podría ser que un espíritu maligno te estuviese poseyendo.

Yehuda abrió mucho los ojos y su cara se tornó más pálida si cabe. Derramó el vaso de agua que tenía en la mano. Le aterraba esa tercera posibilidad.

En ese momento, alguien llamó a la puerta. Yehuda abrió, eran dos oficiales de Policía.

—¿Señor Balaban? Es usted el propietario, ¿verdad?

—Sí, sí, soy yo.

—¿Se encuentra bien? Parece algo demacrado —interrogó, algo perspicaz, uno de los agentes.

—Sí, no se preocupe. Algo de gripe, supongo. ¿En qué los puedo ayudar?

—Buscamos a su ayudante. ¿Se encuentra con usted o ha estado por aquí últimamente?

—No, ninguna de las dos cosas. ¿Por qué, ese bribón se ha metido en otro lío de faldas?

—Es posible. ¿Sabe dónde se localiza en estos momentos?

—No, lo cierto es que hace días que no aparece por aquí. Seguramente, habrá ido a visitar a su hermana, en Dresde; está muy enferma. El hombre es un poco desastre, ya me entiende, y ha debido de marcharse allí sin avisarme. Si sé algo, no dudaré en avisarlos, no se preocupen.

Los policías miraban desde el quicio de la puerta, por encima del hombro del señor Balaban, tratando de descubrir a alguien dentro.

—¿Algo más en lo que pueda ayudarles?

—No. Está bien, señor. No deje de informarnos si tiene alguna noticia o si su ayudante se pone en contacto con usted.

—Por supuesto, no les quepa duda.

### ***Mientras tanto, en el castillo Houska***

—Señor Liebermann, ya llegó la mercancía. Hubo algún problema en la recepción, pero ya está todo dispuesto.

—Muy bien, Toubá. Jamás pensé que íbamos a estar tan cerca del día más importante de la historia en nuestras vidas y en la de este lugar. Está saliendo todo a pedir de boca, a la perfección.

—Sí, señor, pero no olvide que hemos perdido a los dos policías del cementerio. Aun con todo, hemos podido recuperar la mercancía gracias al policía superviviente del hospital.

—Sí, Toubá, la verdad es que habéis hecho todos un gran trabajo, y sabré recompensarte en su momento. Lo que me preocupa es que ya no sé si contaremos con el anticuario. Parece que está bajo una presión que quizá no logre soportar, por lo que me han informado. Eso puede dar al traste con nuestros planes. No obstante, lo mantendremos controlado. ¿Dónde está mi sobrino Gustav?

—Señor, él está organizando el recibimiento que merecen las nuevas visitas. Contamos con información de primera mano sobre que los policías, junto con el recipiente, se están acercando. Pero les tenemos alguna sorpresa preparada. No les va a ser fácil cruzar los bosques bohemios. Ya sabe usted que están llenos de criaturas indeseables. Por lo que respecta a su sobrino, está haciendo un gran trabajo. Parece que la organización va a tener un gran

futuro.

—Eso espero, porque quiero retomar las riendas de la posición que me pertenece, y esa no es otra que manejando los bajos fondos de Praga y con una futura expansión por todo el imperio Austro-Húngaro. La suerte, amigo mío, está echada. Pronto veremos los resultados. Espero que tengas todos los objetos bajo custodia.

—Sí, señor, no se preocupe; están todos a buen recaudo y vigilados.

—Eso espero, no quisiera encontrarme más inconvenientes. Lo de los policías del cementerio fue un fallo inesperado, pero necesitábamos su cabeza de todas formas, y nuestro hombre supo cumplir con su cometido. Lo que no esperaba era conseguir la cabeza de esa joven. Pero, en fin, ya sabes lo que dicen: cuanto más azúcar, más dulce. ¿Es cierto que apareció un jinete sin cabeza?

—Sí, eso dicen, aunque yo no lo vi. Pero así lo atestiguan. Esto es Praga, y aquí puede pasar cualquier cosa. Sabe mejor que yo que esas cosas ocurren.

—Tienes razón, mi joven amigo. Si no fuera así, no estaríamos planeando todo este acontecimiento. ¡Gustav! Acércate. Tengo planes para ti.

—Dígame, tío. Soy todo oídos —afirmó, resuelto, Gustav, que ya se había repuesto de su herida.

—Quiero que te ocupes de las chicas, ya sabes, de prepararlas, cuidar de ellas..., pero sin pasarte, que nos conocemos. Falta poco para esta noche especial y no quiero que falle nada.

—Pero, tío, estoy muy ocupado con el recibimiento de los nuevos invitados. Bueno, no se preocupe, de todas formas, en cuanto disponga todo para el encuentro con ellos, me ocuparé de las vírgenes. Aunque tengo que decirle que no están completas. Debemos conseguir una más para que el número sea el correcto. Sufrimos un contratiempo y una de ellas murió en la celda.

—Muy bien, pues no se hable más. Haz lo que tengas que hacer, confío

plenamente en ti, y en ti también, Toubá. No debemos retrasarnos más, la conjunción planetaria está cerca.

### *CAPÍTULO 8 Un camino abrupto*

Mientras tanto, en las afueras de Praga, un coche con cinco pasajeros a bordo se dirigía al castillo Houska. Lo que no podían imaginarse nuestros amigos es que estaban siendo monitoreados.

—Ay, pero, Ramírez, ¿quiere sacar su pie de encima del mío y sentarse como las personas? Ya estamos bastante apretados aquí dentro, y el viaje no es, precisamente, corto. Haga el favor de ser un caballero —pedía Yelena, con cara de pocos amigos, sentada en el centro del mullido sillón.

—¡AY, *muhe*, tan joven y tan *cascarrabia*! Ya lo quito, guapa, no se preocupe. Oiga, *señó* Tedi, ¿está seguro de que no nos siguen? Mire que ese Liebermann está atento a todo. Fijo que nos tiene *vigilaos*. Yo no quisiera que me vieran con *usted*, la verdad; me cortaría el cuello.

—No parece que nos sigan, y si lo hacen, son unos auténticos expertos, porque no hay ni rastro de ellos —argumentó Ryman, volteándose de cuando en cuando por el ventanuco del coche negro, tirado por dos lustrosos aunque ya viejos caballos.

—Sí, amigo Ramírez; tal como dice aquí el compañero policía, no parece que nos estén siguiendo. Puede usted estar tranquilo, su cuello no corre peligro... de momento —trataba de tranquilizarlo, vanamente, Tedi.

—Tedi, ¿qué sabes acerca del lugar a donde nos dirigimos? El castillo —quiso saber Yelena, achicando los ojos, con gesto suspicaz.

—Bueno, allá voy, así os entretendré, al menos, durante un tramo del trayecto. El castillo Houska es de estilo gótico y se ubica en Bohemia, conservándose en muy buen estado. Cuenta con una capilla gótica y una espectacular habitación verde con pinturas del mismo estilo. Fue construido

en el siglo XIII, quizá por orden de Otakar II de Bohemia, con el fin de que el Estado real trabajara desde ahí. Posteriormente, pasó a manos de la aristocracia, cambiando de dueño constantemente.

—¿Pero qué tiene de raro, *entonse*? —instó Ramírez.

—El castillo está construido en una zona en la que, según arqueólogos, no había fuentes de agua ni nada que proteger; no se localiza cerca de alguna frontera y no fue el castillo de un rey. Otros datos curiosos son que el sistema de defensa está dirigido hacia el interior; no había modo de llegar al primer piso, ya que no hay escaleras; muchas de las ventanas que se ven afuera no tienen ninguna habitación detrás. En la capilla, se pueden observar pinturas de demonios y dragones siendo combatidos. Y lo que más sostiene el misterio de este recinto es el pozo sin fondo sobre el que se construyó la capilla, el cual es la puerta del infierno, de donde salían monstruos alados y bestias mitad hombres, mitad animales.

Tras estas palabras del erudito ayudante del anticuario, Ramírez dio un respingo involuntario, santiguándose;

—¡Jesú, María y José! *Meno* mal que llevo aquí, en mi *pesho*, la Virgen de la Macarena, y ella sabrá *protegerno* —respondió el supersticioso gitano, besando incontables veces la medallita de oro que colgaba de su sucio cuello.

—Aún hay más: por el año 1836, el poeta Karel Hynek Mácha pasó una noche en el castillo, y después, escribió una carta a su amigo Edward Hindle, en la cual relataba las extrañas visiones que tuvo a través de sus sueños, donde descendía por el hoyo —continuaba Tedi con su exposición—. Además de todo lo anterior, en el castillo Houska, se reportan fenómenos paranormales. Algunos cuentan que han visto un caballero sin cabeza, una mujer con un vestido antiguo que se asoma por la ventana... Incluso, en el sótano se cree que hay restos de bestias que han emergido del hoyo. También,

se ha visto a un enorme perro negro con rasgos humanos.

En el interior del coche, se había hecho un silencio que solo unos minutos antes era impensable, por la distendida conversación que el grupo había mantenido.

—Pero... ¿tú no te creerás esas cosas, verdad? —interrumpió, con incredulidad, Yelena.

—Colega, tú has visto a un jinete sin cabeza con tus propios ojos, y yo estaba a tu lado. La cabeza de Sonja rodó de verdad, físicamente, por el suelo del cementerio judío —recordó a su compañera el rubio Ryman, poniendo una mano sobre la de Yelena. Esta la retiró instintivamente.

—Sí, tienes razón, pero ¿cómo es posible? ¿Qué era ese jinete? ¿Cómo apareció de la nada y en la nada se esfumó? Lo siento, pero las historias de fantasmas no van conmigo. Me preocupa más quién era el sujeto encapuchado que vi correr en las tinieblas y que parecía perseguir a la joven Sonja.

—¡Un... un... un... jinete sin *cabesa*! —tartamudeaba Ramírez.

Ryman y Yelena lo miraron, y asintieron sincrónicamente.

—Por lo que se descubrió de los cuerpos tanto de Sonja como del agente Milos, el corte procedía de distintos instrumentos. —Ryman miró a la investigadora con asombro—. Tranquilo, amigo, tengo contactos en la oficina, aunque no nos dejen entrar hasta que se resuelva el caso.

—Entonces, debemos pensar que el hombre encapuchado es el que cercenó el miembro del agente, ¿es eso? —inquirió Ryman.

—Así lo creo. Pero no demos por sentado que era un hombre. Podría ser una mujer fuerte.

—¿Tú crees? —se extrañó Tedi.

—Fue como aquí la *masisa* cuenta. Yo lo vi con estos ojitos que Dios me ha *dao* —confesó Ramírez, señalándose los dos globos oculares—. Ese fantasma sacó una guadaña, y con la *rapidé* del rayo, le *hiso* un *afeitao* de lo más *apuraao* al *polisía* calvo —contaba, gráficamente, pasándose la mano sobre el cuello a modo de cuchilla.

—Interesante —admitió Tedi, atusándose la barba—. Ese no parecía un fantasma; no obstante, se llevó la cabeza...

—Y, posiblemente, también la de la chica —dedujo Ryman. Todos asintieron al comentario, en silencio.

—¿Para qué querría dos cabezas?

—No lo sé, Yelena, pero esto ha llegado demasiado lejos, y creo que nosotros somos los que estamos más cerca de desentrañar este entuerto. Jamás debieron apartaros del caso, chicos —los animó Tedi.

—Gracias, Tedi. Haremos lo que esté en nuestra mano. Me da en la nariz que en aquel castillo apartado se cuece algo gordo —intuía Yelena, tocándose la punta nasal—. Pero, Tedi, sigue con lo del castillo. Todavía no habías terminado, y yo te interrumpí.

—Oh, no, no se preocupe, señor Tedi, por mí, ya he *tenío* bastante —añadió Ramírez, haciendo aspavientos y mostrando una mueca a modo de sonrisa.

—Está bien, con esto acabo. Durante el siglo XVII, en medio de la Guerra de los 30 Años, el castillo estaba vacío, por lo que fue ocupado por un líder sueco de una banda de ladrones, llamado Oronto, de quien también se decía que era un brujo negro y alquimista que practicaba experimentos desagradables allí. El peligro y los saqueos eran constantes en los pueblos



aledaños, hasta que dos cazadores, contratados por los habitantes de dichos pueblos, dispararon a Oronto en aquel extraño lugar, mientras estaba en su laboratorio, tratando de encontrar el elixir de la vida eterna. Bueno, ya está bien de historias de fantasmas. Creo que deberíamos pararnos a estirar las piernas un rato en aquel pequeño claro del bosque, en la linde de este camino. ¿Qué os parece? He traído algo de vino y queso.

Al gitano se le dibujó una sonrisa y frotaba las manos con fruición.

—Creo que ese gesto habla por todos, señor mío —dedujo Ryman. El cochero paró y todos bajaron a descansar y almorzar.

***Esa tarde, en la tienda del señor Balaban, se encontraban dialogando el doctor Freud y el propietario del negocio...***

—Sig, me preocupan los chicos. Van a llegar al anochecer al castillo. Corren serio peligro —admitió Yehuda.

—Tranquilo, saben lo que hacen y van armados. Aparte, ya escuchaste que la Policía acudiría al lugar, si ellos no dan señales —le recordó Freud—. Cálmate, hombre, te veo alterado. Son profesionales, aunque también entiendo que estés preocupado, al fin y al cabo, es tu hija. Dime una cosa, Yehuda: ¿no te acuerdas de nada sobre la sesión hipnótica en el hotel?

—No..., nada; para mí, es un pasaje en blanco. Me vas a tener que contar qué ocurrió. Aunque, si te soy sincero, me da miedo escucharlo. Siento que algo no está bien dentro de mí, y quisiera terminar con esto cuanto antes. Sigmund, apenas duermo por las noches y apenas como. ¿Qué es lo que ocurrió en la sesión?

—No sé por dónde empezar, Yehuda; tu caso me tiene desconcertado, lo

admito. He de confesar que no fue una sesión de hipnotismo común. Te relataré algo que no te conté antes.

—¿Qué quieres decir con que no fue común? ¿Acaso no llegué a aclarar nada mientras permanecía en ese estado?

—La verdad, me surgieron un mar de preguntas, más que de respuestas. Creo que estamos ante un caso insólito.

—Explícate, por favor.

—Lo cierto es que apuntas a un problema de personalidad múltiple o, más bien, doble personalidad. Lo que haces con una personalidad la otra no lo puede ver. Creo que es lo que te ocurre. La segunda posibilidad no la contemplo. Pero nunca se sabe. Solo te diría que, si hubiese asistido un cura a la sesión de hipnotismo ayer, no habría tenido dudas acerca de que estabas poseído por un demonio. —Yehuda se quedó con la cara desencajada. Algo en su interior había reaccionado a esas palabras, tenía auténtico pavor.

—No, no puede ser. Debe de ser personalidad múltiple o doble personalidad.

—No sé, chico, la voz que salía de tu garganta ponía los pelos de punta. No estoy muy convencido de que tú pudieras hacer eso. Es posible que hubieses desarrollado este problema a raíz del accidente que sufriste en la pierna, en el incendio del barco donde pereció tanta gente.

A lo largo de la conversación, Sigmund andaba curioseando entre los extraños artilugios de la trastienda, toqueteando aquí y allá, muy propio de su mente inquieta y curiosa.

—Yehuda, respecto a ese reloj del momento... —El anticuario levantó la barbilla, mirando con pena el artilugio—. No ayuda a tu estabilidad emocional, si te concedes esperanzas de volver a verla.

Yehuda asintió, bajando la cabeza y mirándose los zapatos...

—Entiendo. Amigo, sinceramente, te lo digo como doctor y, en parte, porque te aprecio también; debes olvidarla, ella ya se fue y tú tienes que rehacer tu vida. ¿Qué ganarías poniéndote en contacto con ella por un minuto a través de este artilugio?

—Sig, me quedaron muchas preguntas sin respuesta cuando ella se fue. Ni siquiera sé si está en un buen lugar, no sé si me entiendes. Hubo un tiempo en el que ni ella ni yo llevábamos una vida, digamos, honrada. Esa circunstancia me inquieta. Por eso, conservo el reloj del momento, por si encontrara la posibilidad de hablar con ella por última vez. Así, yo podría descansar en paz también.

—Sabes que su enfermedad era incurable. Tenía que irse. No puedes culparte por ello. Déjala ir.

—Estoy seguro de que tienes razón, pero mi alma necesita una respuesta, y no voy a parar hasta encontrarla. Es posible que en ese castillo al que se dirige mi hija esté la respuesta que tanto ansío.

—No sé qué pasa en esta maldita ciudad. Parece que estoy escuchando hablar al mismísimo Fausto, ya sabes, el de la leyenda, el que vendió su alma al diablo. Ten cuidado de en lo que te metes, algunas cosas no están hechas para que nosotros las controlemos. Incluso, podemos llegar a crear algo dentro de nuestra mente que nos controle a nosotros mismos. La mente humana es compleja y nos llevará tiempo descubrirla. Tanto como lo que nos llevará descubrir lo que hay más allá del sistema solar o lo que se encuentra en el más profundo de los océanos. Tu mente, hoy por hoy, es una sima insondable.

—Aprecio tu preocupación, joven amigo, y tus palabras. Pero debo poner fin

a mi otro yo, si es que ese es el problema.

—Ahora mismo, Yehuda, de lo único que tienes que preocuparte es de descansar. Así que, con tu permiso, voy a irme a mi hotel, y tú deberías dormir y relajarte. Te prometo que mañana trataremos de darle una solución a esto. El trastorno que sufres es agudo y me atrevería a decir que necesita de un tratamiento prolongado en una institución adecuada. Lo he estado hablando con tu amigo Tedi, que es el que mejor te conoce, y está de acuerdo conmigo.

—¿Cómo, que lo has hablado con Tedi?

—Sí, creo que él quiere tu bien y desea lo mejor para ti. Pero no hablemos de eso ahora, mañana lo trataremos con más detenimiento. Deberíamos esperar a la vuelta de tu hija.

—Está bien, si así lo crees como profesional, así lo haremos. Buenas noches y, una vez más, gracias por tu apoyo inestimable. Trataré de dormir un poco, cuando termine esta manzanilla.

El joven doctor hizo amago de marcharse, pero lo que ocurrió fue que esperó en la cafetería de enfrente, para vigilar los movimientos del señor Balaban. Sigmund era muy consciente de que la segunda personalidad supuesta de su inesperado paciente era peligrosa. Al mismo tiempo, se daba cuenta de que, dejando al abuelo solo, podría tener lugar la aparición de ese segundo Yehuda, que habría asesinado al policía Milos y quizás a la joven Oxana.

Después de un buen rato, y cuando el sueño estaba acechando al bueno del psicólogo, una figura encapuchada con un atuendo gris salía por el patio trasero de la tienda de antigüedades, con el cojear característico del señor Balaban.

Sigmund estaba boquiabierto y tomó la decisión de seguir de lejos al sujeto,

mitad fascinado, mitad aterrorizado. ¿Lo vería en acción por primera vez?

***Mientras tanto, en una linde del bosque de Bohemia, Ramírez daba buena cuenta del queso que había llevado Tedi en el coche...***

—Señor Tedi, ¡este queso *fransés* está de putísima madre! Uy, perdón, que *usté* es un caballero! —admitía, satisfecho, el gitano, retozando en una roca y frotándose la barriga.

—Tranquilo, Ramírez. Algunas señoritas no estarían de acuerdo con usted en cuanto a lo de que soy un caballero. Ja, ja, ja.

—Y algunas policías tampoco —aseguró Yelena con sarcasmo.

—Ja, ja y más ja; ¡me parto, jovencita! Tienes la misma gracia que tu padre Y si me apuras, que tu abuelo, que en paz descansa —se defendió Tedi.

—Tedi, ¿qué le ocurrió, realmente, a mi abuelo? Por lo que cuenta mi padre, parece que desapareció en extrañas circunstancias. Unos hechos que nunca fueron esclarecidos por los cuerpos de seguridad de aquella época en el barrio judío.

—Bueno, muchacha, es cierto que yo trabajaba con él, pero eso no implica que tenga todas las respuestas. Una noche, regresando, digamos, de una de mis fiestas a la tienda de antigüedades, que ya, por entonces, se llamaba Balaban, encontré toda la trastienda patas arriba. Se dedujo que unos asaltantes habían incurrido en un robo con violencia dentro del local, con tu abuelo trabajando en él.

—Pero he estado observando el expediente en nuestros archivos de la comisaría central, y parece ser que no hubo fuerza en la entrada. Así que deduzco que quien se llevó a mi abuelo lo conocía o ya estaba dentro cuando

él llegó por la mañana a la tienda. Hay muchas cosas que no encajan. Por lo que veo, esta ciudad está llena de secretos, así como sus habitantes —dijo Yelena, no sin intención, mirando a Tedi.

—Vaya, mocita, hay que tener cuidado contigo —añadió, con una sonrisa, Tedi—. Desde luego, la Policía de Praga tiene a una investigadora de primera, después de todo. Pero parecen demasiado ineptos como para apreciarlo, pues tú deberías seguir dentro de la investigación. ¿No opina lo mismo, señor Ryman?

—Por supuesto, señor Tedi, Yelena es una investigadora de primera y yo me siento muy honrado de trabajar a su lado. Por otra parte, no sé cómo vamos a salir de esta. Parece que ese castillo y los asuntos que encierra son algo serio —expuso el compañero de la investigadora Balabanova.

—Muchas gracias, pero no nos salgamos del tema —cortó, algo ruda, Yelena—. ¿Cuál es tu teoría, entonces, Tedi? Mi abuelo desapareció sin rastro, nunca más tuvimos noticias de él.

—Como te dije antes, el hecho de trabajar durante décadas al lado de tu abuelo no significa que pueda responderte a esa pregunta. Mi teoría, querida Yelena, y con esto no quiero ser duro en mi comentario, es que alguien entró en la tienda, se llevó algo valioso que yo desconocía, acabaron con tu abuelo y lo hicieron desaparecer. Si ese río Moldava hablase, nos evitaríamos muchos quebraderos de cabeza. No sé si me explico.

—Ejem, si me lo permiten los señores, yo creo que deberíamos subir de nuevo al coche y enfilear el camino de aquel *mardito* castillo para *terminá* con esto de una *ve*. *Ademá*, ya no queda queso —dijo el señor Ramírez, encogiéndose de hombros.

—Tienes razón, Ramírez. Subamos todos al coche. Está oscureciendo, y

aunque eso nos beneficia, no quisiera pasar la noche en este tenebroso bosque —propuso Ryman.

Todos los miembros de la extraña expedición subieron, como corderitos, al coche. El silencioso cochero puso a los cuatro corceles en camino a buena velocidad, por orden de Yelena, para no verse atrapados por la noche en pleno bosque.

La tarde caía sobre el manto verde del monte y el camino se hacía menos visible. La temperatura bajaba y la conversación de nuestros amigos se volvía menos locuaz. La vida nocturna del lugar comenzaba a pulular entre los árboles, a ratos, cruzándose en el camino del coche.

—Este bosque me da *mu* mala espina. ¿Por qué no damos media vuelta? A lo seguro. Estoy *cagao* con todos esos bichos chillando ahí fuera. *Ademá*, se me está helando *er culo* —razonó, a su manera, el gitanillo Ramírez.

—No creas que no me faltan ganas de echar media vuelta, Ramírez. Pero esto es algo muy serio y tenemos que apechugar. Además, ya falta poco. Lo que sí rogaría es que tuvieses los ojos bien abiertos, pues resulta muy posible que tengamos vigilancia a algunos kilómetros de distancia de la fortaleza —explicó Yelena.

Ryman no le quitaba ojo a Tedi. Lo observaba de modo suspicaz. No le habían convencido las contestaciones a las preguntas que su compañera le había formulado. Tedi se había dado cuenta de esta circunstancia, pero había decidido ignorarlo. También Ramírez, que no perdía ripio de nada de lo que sucedía allí, se había percatado.

En el mismo momento en el que el carro saltó por salvar una piedra en la rueda trasera, un desasosegante grito en la distancia enmudeció a todos los pasajeros. Se miraban unos a otros, sin atreverse a cuestionar si los demás

también habían escuchado ese lamento. Finalmente, Ramírez lo preguntó:

—¡Ay, Dios mío! ¿Pero es que nadie ha *escuchao* eso? Os dije que teníamos que irnos de este bosque. Está lleno de *espíritu, demonio*, y quién coño sabe qué otras cosas más *asechando* en la oscuridad —se lamentaba el gitano, besando su medallita de la Virgen una y otra vez.

—Ramírez tiene razón, yo también lo he escuchado —aseguraba Yelena—. Ese grito no parecía de un animal.

—Vamos, cariño, estás sugestionada. Estamos en mitad de un bosque, ¿qué esperas? A mí sí me ha parecido un animal —observó Tedi para tranquilizar al personal.

El cochero aceleró, ostensiblemente, el paso, forzando a los caballos con el látigo. Todos notaron el tirón y Ryman se asomó por la ventana para observar al cochero.

—Ey, ey. ¿Pero es que se ha vuelto loco?, ¿qué ocurre?

—Vuelva adentro, hijo, he visto algo, no estoy seguro. Creo que una manada de lobos nos acecha. —La cara de aquel hombre era de granito, no mostraba ninguna emoción, pero sus palabras pusieron en alerta a todo el grupo. Yelena y Ryman prepararon sus pistolas.

De pronto, un golpe seco sonó en la banqueta frontal. Se escucharon un forcejeo y un alarido que, desde luego, no pertenecía a un lobo. Había comenzado a llover, y en una oscuridad sin luna, aquello estaba en una negrura inconcebible. La tormenta ahogaba otros sonidos perturbadores, que ponían en juego los nervios de los pasajeros. Al principio, fueron tenues alaridos, que luego, con la cercanía de los perseguidores, se hacían más evidentes, para conmoción del grupo encabezado por Yelena.



Las ruedas del carruaje negro tipo Clarence crujían y patinaban entre las piedras y el barro del camino, y su sonido se confundía con el de los cascos de los caballos. El ulular del viento, mezclado con la lluvia, cada vez más castigadora, balanceaba a los viajeros. Esta vez, Tedi fue el que asomó su gran cabeza por la ventana, para observar qué ocurría en la parte delantera del transporte.

—Amigo, ¿qué ha ocurrido ahí? ¿Se encuentra usted bien? He oído antes que...

A Tedi no le dio tiempo a terminar la frase. Dos cuerpos indescriptibles, arqueados, repletos de fango, arremetieron contra el cochero, llevándose y desapareciendo, tragados por la oscuridad de la noche. El ayudante del anticuario no sabía si estaba soñando o era realidad lo que había visto. El hecho le provocó un nudo en la garganta y una parálisis total. Él pensaba que lo había contemplado todo en esta vida. Pero aquello distaba mucho de lo que apenas se podía haber llegado a imaginar.

Ramírez y Ryman tiraron de su orondo cuerpo hacia el interior del carruaje, cerrando la puerta y mirando temerosos a todas partes. Tedi estaba empapado y su blanquecino rostro no presagiaba nada bueno. Su gesto era más el de un muerto que el de un vivo.

—Jefe, ¿qué le pasa? Parece que haya visto un fantasma o, lo que es peor, un recaudador de impuestos —le espetó el gitano.

—Está bien, está bien. ¿Qué ha ocurrido ahí afuera? ¿Qué dice el cochero? —interrogó Ryman, ante la nula respuesta de Tedi. Yelena lo sacudió por los hombros y le soltó una bofetada.

—Calma, chica, ¿qué quieres, matarlo? Sécale la jeta primero, mujer, que va a coger un *resfriaio* —se escandalizó Ramírez.

—No, hombre. ¿Es que no lo ves? Solo quiero que reaccione.

—Chicos, lo que he visto ahí fuera...

—¿Qué? ¿Lo que ha visto ahí fuera, qué? Termine la frase, que nos tiene en un *sinviví* —se apresuró a decir Ramírez.

Tedi miró a los ojos al gitano, y lo agarró por los hombros.

—No son lobos, sino otra cosa. —Se hizo un silencio sepulcral y solo se escuchaba el repiqueteo de la lluvia sobre la capota del Clarence.

Ryman se había asomado por la otra ventana, y se dio cuenta de que iban sin rumbo.

—Voy a salir. No hay nadie manejando los caballos. Están desbocados.

—Ellos se lo han llevado, así, en un abrir y cerrar de ojos, en un segundo. —Chasqueó los dedos Tedi, con la mirada perdida.

No fue fácil, con esa lluvia y a esa velocidad, llegar hasta el banco de conducción. En el movimiento, su pistola cayó al barro, pero puesto que algo o alguien los perseguía, no podía correr el riesgo de parar; eso significaría la muerte. Simplemente, se quedó buscando con la mirada entre el barro y, al segundo siguiente, tomó las riendas para controlar la dirección. No era ningún experto con los caballos, pero, finalmente, consiguió dominarlos. Dentro del carruaje, había un silencio muy significativo; solo el clic de las pistolas se escuchaba, con el trasfondo omnipresente de la lluvia y los cascos de los caballos.

—¡*Puag*, qué asco! ¿Quién ha sido? ¿Pero es que no os dais cuenta de que vamos con más personas? —preguntó Ramírez, al notar un fuerte olor que le inundaba las fosas nasales. Se tapó como pudo.

—¿Pero estás tonto o qué? Aquí nadie se ha tirado un...

De repente, todos comprendieron la procedencia del mal olor. Unos cuerpos indefinidos, cubiertos en su totalidad de lodo, habían invadido el exterior, y la carcasa del carruaje se balanceaba. Trataban de penetrar. Ahora todos sabían de dónde provenían los alaridos. Eran seres con aspecto más o menos humano y con una dentadura afilada en su totalidad, de la manera más burda y grotesca. Sus muecas y sus gestos simiescos no albergaban ningún tipo de humanidad posible en su podrida alma; solo los movían el deseo de la sangre y un placer exacerbado al observar la cara de terror de sus futuras víctimas.

Uno de ellos rompió el cristal de la ventana y osó meter la cabeza como un rayo, con la boca abierta, en dirección a Tedi. Este, con unos reflejos impropios de su edad, introdujo su pistolón francés de siete cañones en la absurda jeta de su depredador y descerrajó los siete cañones. La cabeza del ser se pulverizó dentro del carruaje, esparciendo huesos, tendones y sesos entre sus ocupantes.

Ramírez fue el que más gritó, retirándose el resto de un ojo que, curiosamente, había ido a parar dentro de su boca. No había dejado de gritar durante todo el suceso. Otro de los atacantes penetró por la puerta izquierda, haciéndola trizas. Posteriormente, agarró la cabeza de Ramírez, dispuesto a morderle la cara. De momento, la criatura solo lamía la sangre al pasmado gitano. Este todavía tuvo tiempo, dentro de su estado de pánico, de sacar una navaja de considerables dimensiones e incrustarla en el estómago de su demoníaco adversario. El extraño visitante se quedó mirándolo a los ojos, sorprendido, y aún mostró la reacción de agarrarlo por el cuello y tratar de arrastrarlo fuera del carruaje.

Desde la posición del conductor, Ryman asió su látigo y lo lanzó contra la criatura que comenzaba a asomar su cuerpo fuera del vehículo. Lo tomó por

el cuello y lo expulsó. Ramírez y el improvisado cochero cruzaron una mirada de connivencia. Ni el propio policía concebía lo que acababa de hacer. Sus amigos respiraron aliviados. Ryman volvió a depositar toda su atención en el camino, la lluvia apenas le dejaba ver y las ramas de los árboles se tragaban el camino poco a poco.

Yelena, Tedi y Ramírez recuperaron la serenidad y se ocuparon de recargar sus armas, pues Yelena había vaciado su cargador, disparando a ciegas por el hueco de lo que antes era la puerta izquierda. El olor pútrido que despedían las criaturas había desaparecido, y eso era una buena señal. No por eso iban a bajar la guardia.

—Ahí viene de nuevo —dijo, con seguridad, Yelena, olisqueando, como un vulgar sabueso, el aire.

Pronto hicieron acto de aparición, por ambos flancos, cuatro sujetos delgados, fibrosos e, igualmente, con sus dientes aserrados y su mirada animalésca de depredador. No obstante, eran humanos y, lo más importante, vulnerables. Allí no había nada de paranormal.

Ramírez agarró a uno por el cuello. Yelena soltó una patada en la cara a lo que parecía una fémina delgada como una culebra. Lo que nuestros amigos no se esperaban era que, con sus largas uñas, tres criaturas más comenzasen a golpear el techo del vehículo, rasgando la dura tela, que, poco a poco, iba cediendo; asomaban un par de manos allí arriba. Un octavo sujeto trataba de aproximarse al policía que dirigía el carruaje, pero este lo mantenía a distancia con el látigo. No era fácil tratar de dirigir unos caballos que apenas veían tras la cortina de lluvia y resbalaban por el lodazal en el que se había convertido aquel estrecho camino, repleto de ramas por arriba y por abajo.

Dos de las criaturas sujetaban con fuerza a Tedi, una de cada brazo. La de la

derecha había conseguido morderle en el bíceps y se relamía los finos y morados labios. Yelena, con determinación, clavó la diminuta bayoneta de su pistola francesa en el corazón de un atacante varón. Este soltó un manotazo y el arma de la policía salió por los aires, perdiéndose en el suelo del caótico interior del carruaje.

—¡Dame tu sangre! ¡Es mía! ¡Tú vas a morir y no la necesitas! —consiguió balbucear una de las depredadoras femeninas.

El ataque paró, por un segundo, dentro del vehículo. Este hecho fue suficiente para que el gitano aprovecharse la circunstancia y, con el hombro, empujó al exterior a la que acababa de hablar. El transporte dio un bote, signo de que la mujer había sido atropellada. Por fortuna, una rama que asomaba en el camino fue a estamparse en la nuca de una de las criaturas del techo, lanzándola a tierra.

Tedi sacó fuerzas de flaqueza y, con un recurso muy propio de él, estampó su frente contra la nariz de aquel que le había mordido, dejando a este desconcertado, con lo que Ramírez repitió la operación anterior: empujó con el hombro al ensangrentado muchacho de dientes de sierra. El techo se abrió lo suficiente para que unos brazos anormalmente largos tomaran por la cintura a Yelena y la aplastaran contra el mismo. Trataban, inútilmente, de extraerla por el pequeño agujero.

Tedi tiraba de ella hacia abajo, pero la fuerza de las dos criaturas que se encontraban en el exterior era superior. Ramírez trataba de apañárselas con los otros dos sujetos dentro del carro. Uno de ellos lo agarró por los testículos. El gitano comenzó a sudar lo que no estaba escrito y a balbucear algo ininteligible. En ese instante, el que lo tenía cogido se distrajo por el destello dorado de la medallita que colgaba del cuello de Ramírez, momento que este aprovechó para hacerle la misma jugada. Atrapó, con ambas manos,

los testículos de la criatura, que estaba desnuda y comenzó a gritar. De hecho, ambos estaban chillando. Visto desde fuera, no se sabría quién era el que sentía mayor dolor. Lo que sí se deduciría de aquella grotesca escena era que ambos tenían miedo.

Ramírez, aprovechando un bache que casi destrozó la rueda trasera, empujó a la criatura fuera del vehículo. El bosque lo engulló.

Mientras tanto, en la parte delantera, donde se encontraba Ryman, una de las criaturas había conseguido llegar hasta el policía, y ambos forcejeaban de pie en la resbaladiza superficie del elegante carruaje. La criatura mordió la mano del joven, a lo que este, en un momento de máxima adrenalina, la levantó y la lanzó delante del carro, con la idea de que los caballos la pisotearan. Pero se quedó corto, y su contrincante fue a parar encima de una de las yeguas.

El extraño ser, pues difícilmente se lo podría denominar como persona, en un alarde de fuerza y reflejos, consiguió asirse al animal de la izquierda, incrustando sus uñas y sus dientes en el cuello. Ambos animales dieron un respingo, llegando a ponerse sobre dos patas. El carruaje dio un fuerte frenazo, y el atacante que estaba encima de la yegua salió disparado, cayendo por un precipicio que asomaba a la izquierda del camino.

La parte trasera del coche resbaló en el barro y quedó expuesta en el exterior de la pared rocosa por la que había caído el ser. Los dos sujetos en el techo que tenían tomada a Yelena igualmente salieron despedidos hacia el barranco, entre salvajes gritos, mientras la joven aterrizaba encima de Tedi.

Ramírez hizo el movimiento de salir por su propio pie, sin cerciorarse del precipicio bajo la puerta. Justo a tiempo, Ryman lanzó el látigo a su cintura. Quedó pendulando, como un mono de feria, entre el carruaje y el vacío.

La criatura que quedaba dentro del coche tuvo los reflejos de tomar a Yelena

y arrastrarla por la otra puerta hacia afuera, a la intemperie. Tedi no pudo reaccionar a tiempo, y lo único que logró hacer fue tomar por el cinturón a Ramírez e introducirlo de nuevo en el carruaje. Ramírez lo abrazó con efusividad y le plantó dos besos. Tedi se lo quitó de encima y salió por la puerta, trastabillando y tratando de cargar su arma al mismo tiempo, con el fin de salvar a su ahijada. Ramírez, con buenos reflejos, fue detrás de Tedi.

Por su parte, Ryman se ocupó de calmar a los animales y de colocar el carruaje a salvo. Una vez hecho esto, corrió detrás de los otros dos, bajo la intempestiva lluvia, que apenas dejaba vislumbrar diez metros por delante.

Todos pararon de sopetón al ver una figura con el pelo enmarañado, que se dirigía, andando tranquilamente, hacia ellos, con una roca puntiaguda y ensangrentada en la mano izquierda. Los chicos se quedaron boquiabiertos al ver que era Yelena, sana y salva, en parte, por descubrir que se había librado de su depredador y, en parte, embobados porque la ropa empapada dejaba adivinar las curvas de la mujer policía.

Tedi dio un sopapo en la cabeza a cada uno, para que despertasen de su sueño húmedo y fuesen a auxiliar a la chica. Entre Ryman y Ramírez, colocaron a Yelena en el interior del carruaje, mientras Tedi trataba de cubrir el agujero del techo.

—¿Qué era eso, Tedi? Porque mucha pinta de lobos no tenían —quiso saber Ramírez.

—No, señor mío. Eran personas como usted y yo que, por alguna extraña razón, estaban asilvestradas. Lo que no acabo de entender es por qué necesitaban nuestra sangre.

—¡A lo mejor eran vampiros! —se aventuró a decir Ryman.

—No, te aseguro que vampiros no eran. Pero ese impulso beligerante y

sanguinario debe de haber sido producido por algo o alguien que no quiere que nos acerquemos al castillo, ni nosotros ni nadie.

—Tienes razón, Tedi y, por eso mismo, deberíamos salir de aquí cuanto antes, pues creo que ya estamos bastante cerca. Yo estoy bien, no me pasa nada. Simplemente, tuve que reventarle la cabeza a ese energúmeno que me llevaba a rastras —aclaró Yelena, lanzando la piedra, que aún conservaba en su mano.

—Creí que te había perdido —admitió, de forma sorpresiva, el bueno de Ryman.

Todos se lo quedaron mirando, y este estampó un sonoro beso en la frente a su compañera.

—Ejem, esto... Ya está bien de *perdé* el tiempo. No quiero que esos tíos salidos de un manicomio me muerdan el culo, así que *vamo* a movernos —expuso Ramírez, golpeando el brazo herido de Tedi—. Tú y yo sí que *hacemo* un equipo de puta madre, ¿eh, abuelete?

—¡*Augh!*, ¿pero estás loco?, ¡me has hecho daño! Vamos, vamos, no hay tiempo que perder. Aquí corremos mucho peligro.

Dicho y hecho, todos los componentes del grupo se pusieron en marcha, tomando Ryman las riendas, una vez vendado el brazo de Tedi. El coche desapareció por el camino, engullido por el bosque.



## CAPÍTULO 9 *El castillo de Houska*

El doctor Freud decidió seguir al encapuchado señor Balaban, en cuanto este salió de la tienda. Mucho se temía que el anciano había adoptado la personalidad del recolector, como se había hecho llamar en la sesión de hipnosis el alter ego del anticuario. Consciente el neurólogo del peligro que corría si lo descubría el encapuchado, decidió otorgarle cierta distancia; no obstante, mantenía dentro de su bastón un afilado florete, muy práctico en caso de verse en peligro.

Las calles de la ciudad ya comenzaban a estar desiertas a esas horas de la noche y al doctor no se le hacía fácil pasar inadvertido. Unos minutos más tarde, observó que la figura de manto gris se detenía cerca de un restaurante eslovaco, que estaba a punto de echar el cierre. El pequeño local se encontraba a media luz, y solo dos trabajadores seguían recogiendo las mesas y fregando el suelo. Una vez terminada esa tarea, ambos salieron para pasar el cerrojo a las puertas de madera oscura y húmeda.

—Karla, ¿estás segura de que no quieres que te acompañe? —espetó el muchacho a la camarera, que enfilaba ya hacia su casa.

—Esto, no, gracias, Bohdan. Estaré bien. No estoy muy lejos de mi casa, como bien sabes.

—Muy bien, entonces, hasta mañana —se despidió el chico, con mirada de cordero degollado.

A Sigmund le daba la impresión de que el joven mostraba cierto interés por la muchacha. Pero no acertaba a vislumbrar qué hacía Yehuda allí, al acecho. De pronto, el anticuario inició un movimiento felino y delicado en dirección a la chica, en cuanto el enamorado Bohdan desapareció, al bordear la esquina.

La personalidad que dominaba al encapuchado perseguía a una presa. Sigmund decidió seguirlo prudentemente. Parecía que la chica no se daba cuenta, el anciano le estaba dando alcance, sin esta percibirlo. Yehuda hizo un giro de cabeza repentino y Sigmund no tuvo más remedio que lanzarse violentamente al suelo. Este rezaba para no ser descubierto, pues no alcanzaba a percibir si su amigo se acercaba o iniciaba el movimiento y perseguía a la muchacha de nuevo. Tras unos largos segundos, tomó valor y levantó la testa. Había perdido de vista a la chica y al perseguidor. Se encontraban inmersos en los jardines Vrtba.

Sigmund, con rapidez, se alzó y comenzó una carrera desesperada, tratando de intuir qué dirección habría tomado la tal Karla. Allí, en el pequeño estanque del centro del laberíntico jardín, se percibían dos masas oscuras forcejeando. De pronto, lo vio, tras enfocar la vista y lograr una mejor posición. El anciano, sorprendiéndola desde atrás, había extraído un pañuelo empapado y lo había sujetado contra la boca y nariz de la joven que, finalmente, dejó de patear. Allí no había ni un alma.

Tras tomar un poco de aire, Yehuda levantó, sin esfuerzo, el grácil cuerpo de la víctima adormecida, y se internó más en aquellos jardines. Sigmund estaba impresionado, un hombre con una sola pierna, de alrededor de setenta años y con esa agilidad. Todavía no lo había visto en acción, y estaba más que sorprendido. El buen doctor no podía hacer otra cosa que tratar de seguir al encapuchado, pero le costaba un gran esfuerzo por el endiablado ritmo de su amigo, el cual iba a la carrera. Finalmente, lo perdió de vista.

Sigmund jadeaba y sudaba. Se detuvo y colocó sus palmas sobre las rodillas, por falta de resuello. No pudo evitar maravillarse de la proeza del viejo Yehuda, para sus adentros, que acababa de presenciar.

Mientras tanto, el improvisado equipo de rescate, dirigido por Yelena, se apostaba en las inmediaciones del castillo. Habían dejado oculto el coche con los caballos entre la espesura del bosque. Rezaban para que los animales no fuesen atacados, pero necesitaban todos los efectivos posibles para introducirse en la fortaleza. Nadie sabía a ciencia cierta qué es lo que se iban a encontrar allí dentro, en ese tétrico lugar en medio de la nada y en mitad de la noche más oscura. La lluvia había concedido una tregua, apenas caía una ligera llovizna.

—Muy bien, muchachos —rompió el silencio Tedi, haciéndose con la atención del grupo, que miraba, embobado, la portentosa construcción—. Si no me equivoco, estamos frente a la salida de servicio. Por esa diminuta portezuela, deberían salir los empleados dedicados a deshacerse de los despojos del día.

—Oye, Tedi, ¿y crees que todavía trabajará esa antigua novia tuya ahí dentro? *Podríamo* tratar de *ponerno* en contacto con ella. ¿Qué te *parese*? —sugirió Ramírez.

—¡*Ey*, eso suena genial! ¿En qué trabajaba ella? —quiso saber Yelena.

—Precisamente, se dedicaba a salir con un ayudante por esa portezuela. ¿Por qué te crees que estamos aquí? Si no me equivoco, faltan unos minutos para que salgan. Aquí mismo es donde la esperaba yo, cuando todavía no tenía esta maldita barriga.

—Uff, ¡eso debe de haber pasado *hase* mucho tiempo! —se atrevió a insinuar Ryman, inocentemente. Mientras, miraba fascinado la perfecta esfera que dibujaba el estómago de Tedi.

—Muy gracioso. ¡Tienes suerte de que no conserve fuerza para saltarte los dientes! —se hizo el ofendido Tedi, apuntando con el dedo al ayudante de

Yelena.

—Bueno, bueno. Dejaos de bravuconadas ahora. Tedi, ponte más cerca de la puerta. Acerquemos el carromato y finge que has tenido un accidente y necesitas atención. Luego, regresas y nos abres la puerta —planeó, en un instante, la única fémina del grupo.

—Vaya, eso no está mal. De hecho, es tan genial que parece idea mía —aseguró, socarrón, el ayudante del anticuario.

—Sí, y tú, Ramírez, lo acompañarás. Sería muy raro si vieran que viniste solo. A nosotros dos, como policías que somos, puede que nos tengan catalogados; además, nuestro aspecto los hará desconfiar —dedujo la investigadora.

—Tú y yo juntos otra vez, gordinflón. Ya te dije que *hacíamo* una buena *pareha* —comentó, en tono efusivo, el gitano, golpeando de nuevo en la herida al bueno de Tedi y mostrando su dorada sonrisa. El más grande se quejó como no estaba escrito. En su mirada irascible, se percibía rabia hacia el pequeño Ramírez, que hizo a este retroceder dos pasos, asustado.

—Bueno, vosotros dos, ya está bien. Acercaos a la puerta y tocad —ordenó la policía Yelena—. El compañero y yo nos ocultaremos debajo del coche.

Tanto Ramírez como Tedi obedecieron, con cierta inseguridad. Justo en el momento en el que el grandullón levantó el puño para golpear la madera, la puerta cedió, con tan mala fortuna que los nudillos de Tedi fueron a estamparse en la frente de un señor bastante alto, que los miraba con cara de pocos amigos. Ramírez y Tedi intercambiaron una mirada de circunstancias y, luego, observaron a aquel que les había abierto la puerta, mostrando ambos una sonrisa más falsa que Judas. El señor en cuestión se cercioró del coche en el lateral de la fachada, que presentaba un aspecto cochambroso.

—Pero... ¿quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? No pueden estar aquí — balbuceaba, inquieto, el sirviente del castillo.

—Ve... ve... verá usted. Hemos tenido un accidente viniendo para acá. Como ve, hay un caballo herido, y esa rueda izquierda trasera está algo descompuesta... —comenzó a explayarse Tedi, bastante acostumbrado a inventar historias y excusas, aunque no conseguía borrar la cara de desconfianza del hombre que bloqueaba la entrada.

—Déjame a mí, figura —irrumpió en la conversación Ramírez, haciendo callar al titubeante Tedi—. Mire *usté*. *Nosotros llevamos* un cargamento importante. Ya sabe, unas *yerbesitas* y algunas cosas más. Yo creo que estaban esperándolo un tiempo. Pero nos atacaron unos lobos en el bosque y eso nos retrasó.

—¿Unos lobos, dice usted? ¿Está seguro de que eran lobos? —dijo, extrañado, el señor.

—Disculpe nuestra mala educación —intervino Tedi—. Soy Hansel, y este es Gretel, y traemos el cargamento desde el muelle del Moldava. —Ramírez lo miró desde su baja estatura, con ganas de darle un puntapié—. Y, además, creo que llevamos un par de botellas de buen vino de la región de Renania. Es un poco peleón, pero seguro que podrá compartir con nosotros un par de copas. El viaje ha sido muy largo. ¿Qué le parece? Mientras atienden a nuestros animales en las caballerizas, nosotros nos sacamos las ropas para partir.

El tipo de la puerta titubeó por unos instantes, pero, al fin, cedió y se hizo a un lado para dejarlos entrar a una dependencia pobremente alumbrada, pero caliente. En un santiamén, Ramírez había ido a por las dos botellas de vino de las que hablaba su compañero, pues él ya les había echado el ojo antes.

—Está bien. Pasen, pasen, no se queden ahí bajo la lluvia, no se vayan a enfermar y tengan luego que pasar aquí toda la noche —balbuceó el señor, haciendo aspavientos con los brazos y ordenando a otros dos trabajadores que se encargasen del coche de caballos—. Mi nombre es Cyril. Vengan por aquí, acomódense.

El sirviente sacó tres vasos de un vetusto mueble de madera, los limpió con un trapo y los puso sobre la mesa, una vez sus ayudantes salieron a atender a los animales. Ramírez colocó las botellas de tinto y descorchó una, vertiéndola en los tres vasos a partes iguales. Cyril les ofreció unos trapos para que se secasen.

Cuando ya estaban casi terminando la segunda botella, Cyril trastabilló con una silla y aprovechó Ramírez para estamparle las dos botellas en la cabeza. De una manera incomprensible, el alto sirviente se incorporó como si nada y se echó a reír con una risa contagiosa que hizo que los otros dos lo acompañasen. De repente, Cyril lanzó un puñetazo al estómago de Tedi, que se dobló sobre sí mismo. Ramírez, con los ojos como platos, se sorprendió del movimiento de aquel hombre, pero con unos buenos reflejos, le dio un puntapié en sus partes, que lo dejó doblado en el suelo, boqueando como un pez. Rápidamente, se pusieron los dos intrusos manos a la obra y amordazaron y ataron al pobre Cyril, metiéndolo en un armario.

En ese momento, irrumpió en la estancia una señora más que oronda, de pelo rubio, recogido en un moño, con unas ojeras de tres días y con cara de pocos amigos.

Al mismo tiempo, en las cocheras, Ryman y Yelena se las habían apañado para ocultarse en el techo del coche. Los policías aguardaron a que los

caballos fuesen atendidos, pues uno de ellos estaba herido. Una vez desaparecieron los trabajadores de las caballerizas, se dispusieron a bajar.

—Deberíamos salir al encuentro de nuestros compañeros. No sabemos si están en peligro —propuso Ryman.

—Sí, tienes razón. Vamos a ver de qué manera accedemos ahí. Entremos por ese pasillo —dijo Yelena, señalando a un rincón oscuro, donde había aperos de labranza acumulados—. ¿Pero qué haces? ¿Por qué llevas ese látigo del cochero?

—No dispongo de arma, y esto no se me da mal. Lo conservaré. —A estas palabras de Ryman, Yelena se encogió de hombros, dando el caso por cerrado.

Se adentraron por un estrecho pasillo, oscuro e interminable. De pronto, escucharon unos pasos que llegaban del extremo hacia donde se dirigían. Por un momento, pensaron que quizá fuesen sus amigos, pero... ¿y si no? Ambos se miraron a la cara, sorprendidos, y aunque en esa oscuridad no se percibían los gestos, se adivinaban el uno al otro. Los labios de los dos se encontraban a menos de un centímetro, y así quedaron durante dos largos segundos, sintiendo el mutuo y tibio aliento. Ryman comenzó a notar un leve cosquilleo que le subía por la pantorrilla, y acercaba sus labios, poco a poco, a los de su superior. Yelena percibió, tenuemente, ese pequeño movimiento, y antes de que culminara el beso, soltó un puntapié en la espinilla de su compañero.

—*Augh*, ¿pero qué haces, majara? —dijo Ryman, saltando a la pata coja y estrellando su cabeza contra la pared.

—¡Uy, lo siento, lo siento!

Yelena lo agarró de la mano y los dos salieron corriendo en dirección contraria a los pasos que se acercaban. Ya se escuchaban voces humanas,

gritando algunas órdenes; parecía que los habían descubierto. Volvían hacia las cocheras.

Al salir, allí se colocó cada uno a un lado de la estrecha puerta. Ryman dispuso un rastrillo horizontalmente a una altura baja, y los dos policías lo sujetaron por cada extremo. Cuando los perseguidores salieron, trastabillaron todos, cayendo. Era un pequeño grupo de tres personas con pistolas. Por suerte, los chicos reaccionaron rápido y los golpearon con los aperos de labranza, hasta que los desarmaron. Yelena los apuntaba con su pequeña pistola. No movieron ni un músculo, hasta que Ryman terminó de atarlos y amordazarlos.

—Rápido, *compa*. Tenemos que salir de aquí. Esas chicas pueden estar en peligro. Hay que dar con ellas, seguramente, las tengan encerradas en alguna estancia inferior —sopesó Yelena, acalorada por el trajín de atar a los esbirros.

—Sí, tienes razón, hay que salir pitando de aquí. Volvamos por donde han venido ellos. Quizás estuviesen custodiando a las chicas —le tomó la palabra Ryman, recogiendo el látigo del suelo.

Los dos comenzaron una carrera hacia un destino incierto por ese oscuro y húmedo pasillo, que iba inclinándose hacia abajo. Yelena seguía esperanzada de encontrar a Oxana, su obsesión. Por otra parte, estaba preocupada y no se podía quitar del pensamiento a su padre, que tenía, claramente, algún tipo de problema. El hecho de dejarlo con el neurólogo la tranquilizaba, hasta cierto punto. Las palabras que había intercambiado con Tedi en el mercado de Kampa aquel domingo se le habían grabado a fuego en el cerebro. Quizás y solo quizás el viejo anticuario necesitase ayuda profesional.



## ***Mientras tanto, en la estancia contigua a la cocina***

—¿Tedi? Tedi, ¡pero qué demonios...!

—¡Katka! —le devolvió el saludo, efusivamente, el abuelo, mientras se acercaba con los brazos abiertos a la señora.

Ramírez no cabía en sí de asombro y los miraba alternativamente, con la boca abierta. No podía creer que tuviera tanta suerte. En ese instante, la tal señora Katka propinó un soberano guantazo en la mejilla a Tedi. Este no se lo esperaba, y se quedó mirándola, tan sorprendido como Ramírez.

—En todos estos años, he aprendido a odiarte. Dame eso —dijo la ofendida señora, tomando lo que quedaba de vino y bebiéndolo directamente de la botella—. ¡Puag! ¡Qué asco! —Escupió en el suelo—. No me digas que todavía rellenas el gaznate con este asqueroso brebaje alemán. De Renania, si no recuerdo mal.

—¿Pero qué dices? Hace mucho tiempo ya de todo eso. No entiendo que me guardes rencor, ¡éramos unos críos!

—Bueno, déjate de excusas, porque te mereces más golpes. Me vas a explicar ahora mismo qué demonios estáis haciendo aquí tú y el pequeñín. ¿Dónde está Cyril?

—*Hemo* traído la *mercansía*, bonita —le quiso explicar el gitano.

En ese instante, el cuerpo del compañero de Katka comenzó por sí solo e inconsciente a inclinarse, abriendo la puerta del armario, hasta que su cabeza golpeó el suelo, y allí se quedó. La señora observaba sorprendida, y fue a auxiliar al pobre Cyril.

—¡Vosotros dos estáis locos y me las vais a pagar! ¿Pero cómo le haces esto a mi marido?

—¡Tu marido! —dijeron los dos extraños visitantes al unísono.

—¿Qué pasa, tan increíble te parece? ¿Creías que te iba a estar esperando siempre? Pedazo de sinvergüenza.

—Tranquila, Katka. No ha sido un golpe fuerte, solo una caricia. Lo suficiente para dejarlo fuera de combate por un momento. Cálmate.

Katka salió corriendo por donde había venido, hacia la cocina, con ánimo de avisar a los guardianes que se encargaban de custodiar la fortaleza. Ramírez y Tedi se miraron con terror y fueron los dos disparados tras ella, después de llegar a la misma conclusión. Aquella loca a la carrera los iba a delatar.

Una vez en la cocina, la señora empezó a lanzarles utensilios y, ciertamente, los mantuvo al margen durante un buen rato. Cuando se acercaron los intrusos, el pobre Ramírez recibió un buen sartenazo en la cabeza, que lo tuvo dando vueltas por un momento. Tedi saltó sobre la mujer, agarrándola por los hombros y sacudiéndola con cara de energúmeno.

—¿Pero quieres calmarte?, ¡no vamos a hacerte nada! ¿Es que no estás al tanto de lo que pasa aquí, o estás con ellos?

—¿De qué hablas? Aquí no hay nada anómalo. El jefe Ivan es un poco rarito, y su sobrino, no digamos, pero pagan regularmente y nos tratan bien.

—¿Su sobrino, *dise*? ¿Pero es que está aquí el joven Gustav? —preguntó Ramírez.

—Sí, claro, llegó hace unos días, y yo le tuve que hacer una cura en la oreja. Es decir, donde antes había una oreja. Aunque hoy no se encuentra aquí, ha debido de ir a la ciudad a por algo.

—Sí, sin duda, es él. Yo lo conozco, Katka. Es un bicho de cuidado —informó Tedi, señalando con el dedo ante el gesto sudoroso de la mujer.

—No te voy a negar que parece rarito, pero es buen chico. ¿Me vais a decir de una vez para qué puñetas habéis venido? —dijo ella en tono amenazador, con una maza de amasar harina golpeándose en la palma de la mano rítmicamente. Ramírez se escondió detrás de su grueso amigo, temiendo una arrancada de mal genio por parte de ella.

—Entérate bien, cabezota: nosotros somos los buenos. Venimos a rescatar a las chicas y a pararle los pies a ese monstruo. Ahora, dime tú: ¿dónde están las jóvenes? —instigó Tedi a la señora.

—Yo no sé nada de unas chicas. Aquí, las únicas chicas que hay son las del servicio, y están todas muy ocupadas, trabajando en el buen hacer dentro de estos muros, de los cuales yo soy la gobernanta. Y ahora, creo que deberíais marcharos. Tengo que atender a mi marido, ¡lo hemos dejado inconsciente ahí detrás!

—No te preocupes por él, solo está durmiendo; no le di tan fuerte como para preocuparse —trató de calmarla Tedi.

—*Vamo* a poner patas arriba todo el *jodío* castillo y no *pararemo* hasta encontrarlas y darle una patada en el culo al tal Ivan Liebermann y al tontito de su sobrino —aclaró Ramírez.

—¿Insinuáis que hay, entre estos muros, unas muchachas a las que han raptado con algún fin tenebroso que yo misma desconozco? Me parece difícil. ¿Pero sabes una cosa? —dijo Katka, apuntando con la maza, alternativamente, a uno y a otro—. Os voy a acompañar por el resto del castillo, siendo vuestro cicerone particular. De esta manera, me aseguraré de que nadie resulta herido, y vosotros os largaréis por donde habéis venido, en cuanto reviséis la fortaleza. ¿Tenemos un trato? —propuso la oronda gobernanta, escupiéndose en la palma derecha y ofreciéndola a Tedi.

—Trato hecho —dijo, cerrando el trato, el ayudante del anticuario, haciendo el mismo gesto asqueroso.

—*Puag*, ¡pero qué *guarro soi* los payos!

—Seguidme, pipiolos —decidió la señora, moviendo la mano—. Y calladitos, no quiero oír ni una mosca, ¿estamos?

—¿Por qué me mira a mí? Sí, *estamo* —dijo el gitano.

Se introdujeron por unos escalones, que descendían al nivel inferior del castillo. Tedi había indicado a su antigua novia que quería ir por ese camino. De repente, sintieron un fuerte golpe, procedente de un pasillo de la derecha. Se alarmaron todos.

—Yelena, Ryman, ¡qué alegría veros aquí! —dijo, con sinceridad, Tedi—. ¡Pues ya estamos todos!

Ramírez, con el susto, se había abrazado a la señora y tenía su cara incrustada en los pechos de esta. Ella se lo quitó rápidamente de encima, como quien espanta una mosca del hombro.

—Tranquila, zagala, no te hagas *ilusione*, que no eres mi tipo. ¡No me gustan tan esmirriadas!

El resto se lo quedó mirando, sorprendido, al ver el porte de la mujer y descubrir que aquello era poca carne para el chiquitín gitano.

—Ramírez, te tenía por un auténtico depredador. ¿No será que es demasiada mujer para ti? —lo provocó, con sorna, Yelena—. Disculpe, señora, mi nombre es Yelena y este es mi ayudante Ryman. Un placer. ¿Y usted es?

—Pero bueno, esto es el colmo. ¿Y quiénes son ustedes y qué hacen aquí? ¿Acompañan a este par de mequetrefes en su loca aventura? Porque déjenme

decirles que pueden acabar todos muy mal. Mi señor no tiene un buen día.

—Ellos están con nosotros, Katka. Y ahora, si no te importa, seguimos con el tour por el castillo. Vamos, por ahí abajo, por donde íbamos —impelió Tedi, liderando el descenso por aquellos escalones húmedos y traicioneros.

Después de descender las interminables escaleras y girar unas cuantas veces por el laberíntico lugar, llegaron a un sótano vacío con un irrespirable ambiente enmohecido. Tedi señaló en silencio hacia una verja oxidada, que parecía clausurada por muchos años. Sin decir nada, la mujer lo observó y se encaminó a abrirla, pues ella llevaba todas las llaves de la fortaleza. Detrás de aquel acceso, se vislumbraba una tenue luz amarillenta y un susurrante murmullo, que apenas se adivinaba. Katka miraba con recelo a sus acompañantes. Ella descorrió el hierro y penetraron uno por uno en fila, pues el pasaje era muy estrecho.

Ramírez dio un codazo en las costillas a Tedi, señalándole con la mirada el bamboleo de caderas de la gobernanta, que iba en cabeza. El gitano sonreía como un niño a la entrada de una pastelería. Tedi miraba al cielo, negando lentamente y pensando: «¿Pero por qué a mí?». El ayudante de la policía llevaba a esta de la mano, en una muestra de sobreprotección masculina.

—¿Qué, te crees que me llevas al colegio, o qué pasa contigo? —dijo, jactanciosa, Yelena a su predecesor.

—¿Qué? ¡UY, perdona! No, no me había dado cuenta. Supongo que lo hice instintivamente. Yo, yo...

—Cálmate, tigre. —Yelena no podía aguantar la risa, mientras se soltaba.

Katka chistó a la chica, consiguiendo que bajase el volumen de su voz, señalando al frente. Todos frenaron en seco y se agacharon. Ante ellos, tenían una imagen que jamás olvidarían.

## CAPÍTULO 10 *La puerta del infierno*

Yehuda saltaba con el peso de la chica al hombro, como si tuviera dos piernas de carne y hueso o, mejor dicho, como si fuera un animal salvaje de cuatro patas. El doctor estaba anonadado con el espectáculo que presenciaba. Él tenía harta experiencia con distintos tipos de droga, pero la cocaína no era capaz de lograr que un hombre con una pierna de madera y con un peso de cincuenta kilos al hombro tuviese esas facultades. Al menos, ninguna droga que él conociese.

En ese momento, se acordó de su cajita mágica y sacó el polvo blanco, esnifándolo con ansia y girando la cabeza a un lado y a otro, comprobando que nadie lo veía. Sigmund atribuyó estas magníficas facultades de su amigo Yehuda a alguna alteración fisiológica del suministro de adrenalina en la musculatura del anciano. Aunque, en su fuero interno, conocía cómo se había activado aquel alter ego del anticuario.

El doctor se sintió más despierto y activo. La noche era de una oscuridad sobrenatural, algo inexplicable abrazaba a la bella Praga con un manto invisible de una inquietante ensoñación. Yehuda se volteaba de vez en cuando, intuyendo la presencia de su amigo, como un cervatillo intuye el acecho del lobo. El encapuchado cruzó la plaza de Carlos de norte a sur, sin preocuparse demasiado por ser observado. Estaba inmerso mental y físicamente en su cometido de llevar a la víctima al lugar que le correspondía.

A Sigmund, joven y en buena forma, le costaba seguir las evoluciones de su supuesto amigo. Finalmente, Yehuda, o lo que quedase de él en ese ser, se

detuvo en la zona sur de la plaza, frente a la calle Melantrich. Allí solo se encontraba una casa destartalada, que parecía haber sufrido un incendio hacía muchísimos años. Tanto sus muros como su techo estaban ennegrecidos por las antiguas llamas.

En ese instante, el anticuario sacó una daga dorada y, con maestría, sesgó la muñeca de la chica, alzándola como quien hace una ofrenda a un dios antiguo. Entonces, una suerte de luz fantasmagórica de tonos verdes y azules formó un torbellino antinatural sobre un agujero practicado en el tejado del edificio hacía muchos años.

El neurólogo estaba fascinado, debido a su afición a los temas esotéricos, pero aquello sobrepasaba en mucho cualquier experiencia que Sigmund hubiera tenido anteriormente en sus sesiones de hipnosis o de espiritismo. Estaba presenciando a un hombre normal y corriente con la voluntad alterada a conciencia y dirigida.

La pierna de madera de Yehuda temblaba ostensiblemente, y este descendió a la chica, pero sin soltarla. Le vendó la muñeca y siguió su camino con ella al hombro hacia otro lugar. Sigmund sabía por qué había hecho eso, pero había producido un efecto en aquella destartalada y tétrica casa: una ofrenda litúrgica al mito de Fausto en la antigua casa del propio Fausto, muchos años ya desaparecido, para conectar con el otro lado.

Por un instante, dudó de si entrar en el edificio o seguir al anticuario. Optó por la segunda opción; no podía dejarlo solo, era peligroso y tal vez acabase con la vida de aquella joven y aquello no podía suceder...no en ese momento.

En su alocada carrera, el anticuario había llegado en tiempo récord a la iglesia de San Nicolás, en la zona de Mala Strana. Un lugar lleno de misterios y antiguas leyendas, que comenzaba a recordar Freud por las historias que le

contaba su madre. «Así que aquí es», se dijo para sí.

### ***Mientras tanto, en el castillo de Houska***

—¿Qué demonios...? —apenas acertó a soltar Katka.

—¿Me vas a decir que no sabías nada de esto? —interrogó Yelena.

—Claro que no lo sabía, ¿no ve la cara de pasmada que pone? —le sugirió el observador Ramírez.

—Son las criaturas del bosque que nos atacaron. ¿Qué están haciendo en fila? ¿A qué esperan? —dijo, sorprendido, Ryman.

—Eso parece. Están manchados de sangre y barro. Parecen unos auténticos salvajes —añadió Tedi.

—Te juro que no lo sabía, es la primera vez que lo veo —indicó, defendiéndose, Katka—. *Chssshh*, silencio, ¡nos van a oír, majaderos!

—Vale, tía, vale, ¡pero no *hase farta* insultar! —protestó el gitano.

—Son los pacientes afectados por *pica* —instruyó al grupo una voz emergida del fondo del pequeño pasadizo oscuro.

Todos voltearon sus cabezas, pero no se veía a nadie, apenas una mano con una pistola asomaba de la negrura.

—¿Quién habla? Muéstrate, si eres hombre —provocó Yelena.

—Cálmate, mujer, háblale con más respeto, ¿no ve que nos está encañonando? —sugirió, tembloroso, Ramírez, ocultándose, una vez más, detrás del cuerpo de Tedi.

—Gracias, señor Ramírez. Me presentaré, me llamo Toubá. Vengan hacia



aquí y no molesten a los enfermos de *pica* —agradeció el desconocido, saliendo a la lúgubre luz poco a poco, ofreciendo a la vista un tamaño descomunal, para ser un humano.

Los intrusos estaban sorprendidos de semejante persona. Les daba escalofríos. La mirada de Touba los paralizaba, tal como hace el depredador con la presa en el mundo natural.

—¿Qué es eso de *pica*? —preguntó, sagazmente, Ryman—. Si nos vas a matar, al menos quisiera saber qué hacen esos sujetos aquí.

—Ja, ja, ja..., está bien, le concederé ese último deseo. Estas personas están afectadas de tuberculosis y, en su delirio, piensan que necesitan beber sangre..., sí, en ocasiones, humana, para fortalecer su ya maltrecho cuerpo; de ahí, esas caras salvajes con sangre reseca alrededor de sus bocas o, mejor dicho, fauces debería llamar. Han acabado por vivir en el bosque y adaptarse a una vida silvestre.

—Oiga, pero lo que no entiendo es su carácter agresivo y la necesidad de aserrarse los dientes de esa manera. ¡Parecen demonios de la noche! ¡Casi acaban con nuestras vidas! Hay algo que se cuece aquí dentro que no nos están contando. —Yelena señalaba, acusadoramente, con el dedo.

—Es la planta, la hierba que traen de vez en cuando *dede* el muelle veintiuno del Moldava. Les dan de tomar la sangre, pero la hierba está disuelta en los cazos, para así *tenerlo* controlados, protegiendo desde afuera el castillo —dedujo Ramírez desde detrás de Tedi, que asistía, impasible, a la discusión.

—Muy agudo, pero no demuestra mucho mérito, teniendo en cuenta que usted trabajaba para nosotros. Lástima que escogió el bando perdedor. Y tú también, querida Katka. Después de servir tantos años en este lugar, que es tu hogar... —dijo, negando lentamente con la cabeza, el esbirro de Liebermann.

—Ya me quería ir, de todas formas. Este sitio me da escalofríos últimamente, intuía que había algo tenebroso que el señor Liebermann ocultaba.

—No creo que tu marido opine igual. Y ahora, por favor, no me hagan perder más mi tiempo. Está todo preparado, acompáñenme.

En ese instante, Ryman sacudió, con su látigo, la muñeca de Touba. Este dio un respingo y soltó el arma.

—¡Vamos, rápido! ¡Por aquí! —gritó Yelena.

—¡Estás loca! ¿Por en medio de *todo eso enfermo de pica*? —se asustó Ramírez, gesticulando mucho con los brazos. Yelena lo agarró de la mano y todos la siguieron.

A Tedi, con su lentitud, no le dio tiempo. Touba ya lo tenía agarrado por el cuello, como si fuera una cría de gatito. El ayudante del anticuario dibujó una señal, para que los muchachos siguieran su escapatoria, y así lo hicieron, sacando fuerzas de valor. Cruzaron lo que parecía un gran calabozo común, casi en penumbra.

La pareja de hombres armados que suministraban la sangre en mugrosos cuencos a los *pica* tardó en reaccionar. Dispararon por encima de las cabezas de los visitantes, derramando parte de la sangre que se encontraba en los recipientes, colocados en una mesa, convirtiendo la lúgubre estancia en un festival de sangre.

—¡Seguidlos!, ¿estáis sordos? ¡A por ellos, o no hay más zumito! —ordenó uno de ellos.

Los casi desnudos enfermos lo dudaron por un segundo, pero salieron a la carrera tras los muchachos.

A la señora Katka le costaba seguir el ritmo de los policías y el gitano. Le

faltaba resuello y había perdido las zapatillas por la carrera. Los chicos ascendían por unas escaleras que señalaba la señora gobernanta. Yelena disparaba de vez en cuando hacia atrás, sin mucho tino, pues estaba todo bastante oscuro; tenía que conservar la munición, ya no le quedaba mucha. Debían tratar de escapar de otra manera. A Ramírez le temblaban las piernas sobremanera.

—¡No soy un hombre de *asión*, no soy un hombre de *asión*! ¡Ay, Dios mío, Virgen de la Macarena, protégame! —sollozaba el gitano.

—Querrás decir: ¡protégenos! —le recriminó Ryman.

—Sí, bueno, eso, ¡pero corre, que me estás frenando, y estos fieras me van a morder el culo! Y *pa` colmo*, voy el *último* en este *mardito* pasillo! ¡Corre, diablos, corre!

Uno de los perseguidores llegó a asir el tobillo del gitano, pero no pudo tumbarlo, pues este se movía como un arenque fuera del agua, de puro pavor que sentía, y logró liberarse, adelantando a empujones a sus compañeros y poniéndose el primero en la carrera por la supervivencia.

La señora no podía más y se quedaba rezagada. Ryman y Yelena trataban de levantarla y seguir corriendo. A Ramírez ya lo habían perdido de vista. En un momento dado, y exhausta de la persecución, la señora Katka se giró, golpeando con la maza de amasar, que aún asía, al primer atacante, que se lanzó con la boca abierta hacia ella. Yelena y Ryman la observaban a cámara lenta desde el suelo. Algunos dientes salieron despedidos de la boca del *pica*.

Pronto, llegaron un segundo y un tercero. Uno le mordió en el tobillo y el otro recibió un poderoso mandoble en la rodilla, que lo hizo caer, lanzando alaridos. Yelena tuvo oportunidad de lanzar dos disparos certeros al que roía el pie a la señora, aunque pronto cayó esta al suelo, y seis de las mortíferas

criaturas se le echaron encima.

Ryman comprendió que ya nada podían hacer en aquel lugar, y se llevó por la fuerza a Yelena, que pateaba y gritaba al ser transportada contra su voluntad; quería ayudar a Katka, en una acción suicida.

—Tenemos que salir de aquí. Son superiores en número y no podemos hacer nada por ella. Corre, sigamos a Ramírez —trataba de convencer Ryman a su compañera. Ella lloraba, enrabiada, apuntando al agujero negro que dejaba tras de sí, mientras que el muchacho la cargaba sobre su hombro.

En su alocada carrera, tropezaron con la espalda de Ramírez, que se encontraba paralizado al final del pasadizo.

—¡Eh, cuidado, cuidado! ¡No sigái! —les gritó el gitano, tratando de pararlos con las manos. Su eco resonó como si estuvieran en el interior de una catedral.

Los dos agentes miraron, con ojos desorbitados, cómo la pistola de Yelena se precipitaba al vacío, por una pared vertical, hacia un pozo sin fondo de unos veinte metros de diámetro. Se hallaban en el espacio central de la fortaleza.

El gitano les señaló hacia el otro lado del agujero, colocándose un dedo en los labios para que guardaran silencio. Todos quedaron estupefactos. El otro lado del pozo oscuro se encontraba iluminado por numerosas antorchas plateadas, que circundaban dicha abertura y terminaban en una especie de altar dorado, con motivos de la Grecia Clásica en finos bajorrelieves. Se adivinaban numerosas figuras en un trajín incesante de aquí para allá.

—Pero ¿quiéne son esos? ¡Jesú, pareciera como si estuvieran preparando una boda! ¿Qué lío se llevan entre manos? —se sorprendió el gitano, sin perder comba de los movimientos al otro lado.

—Sin duda, algo están organizando —aseveró Ryman, oculto con sus compañeros, sin perder de vista el fondo del pasadizo por el que habían llegado a aquel lugar.

Parecía que los *pica* se habían entretenido con la pobre señora Katka. Un gesto sombrío cruzó el semblante del policía por un segundo.

Un murmullo rítmico, con una inquietante musicalidad, comenzó a percibirse a través del eco de aquel agujero, en el centro del castillo de Houska. En el púlpito dorado, se hallaba una figura humana, ataviada con una túnica brillante escarlata, cuyo material era difícil de describir; parecía como si estuviese vestido con agua refulgente. La sensación resultaba extraña a la vista. Una máscara de oro cubría el rostro del que parecía ser el maestro de ceremonias. Flanqueándolo, otras dos figuras con túnicas negras, igualmente brillantes y extrañas, auxiliaban a la persona vestida de escarlata; ambos, también enmascarados con una fina pieza plateada de artesanal diseño veneciano. Las máscaras despedían un brillo irreal.

En aquel tenebroso altar, una de las figuras de negro colocaba ciertos artilugios en línea, frente al maestro de ceremonias. Una informe retahíla de ancestrales plegarias emergieron desde detrás del altar... Más allá, en casi total oscuridad, un grupo de medio vivos *pica* cantaba a través de sus gargantas desgarradoras. Vomitaban infernales sonidos guturales, que asomaban sin pudor, bordeando sus demacrados y sanguinolentos labios de carne desconchada.

Un ambiente sofocante se apoderaba, a través de cada poro, de los asistentes, incluido el grupo de Yelena. Ella pensaba en su padre, en la señora Katka y en Tedi. Si su preocupación no era poca, en esos momentos se incrementó, pues era muy consciente de que, a través de unos calderos de latón enormes, un hedor mareante se elevaba en inmensas columnas de humo; nublaba los

sentidos de todos y cada uno de los supuestos rescatadores.

—Ryman, Ryman, ¿dónde están las chicas, dónde? —preguntó Yelena, asiendo de la manga a su compañero, visiblemente alterada.

—No lo sé, Yelena. Tal vez las traigan más tarde, esto parece algún tipo de ritual extraño. —Negaba con la cabeza Ryman, mientras se secaba el sudor de la frente—. Está empezando a hacer un calor insoportable aquí dentro.

—Movámonos de aquí, *mushashos*, me estoy mareando con el humillo. Apuesto a que han metido alguna hierba en esos calderos enormes y nos están jodiendo. *Tratemo de llegá* hasta ellos, ¿no?

—Sí, aquí el gitanito tiene razón, Yelena. Deberíamos llegar hasta el lugar y tratar de frenar esto. Me temo lo peor.

Los tres, liderados por Yelena, comenzaron a bordear el atrapante agujero por la minúscula cornisa, que los obligaba a pegarse a la pared de piedra y aguantar la respiración, debido a la tensión del momento. El sudor les recorría todo el cuerpo, y esto hacía más difícil que sus dedos ejercieran su función prensil con efectividad.

—¡Mirad, ahí! —advirtió Ryman.

Un grupo de osados *pica*, espoleados por Touba, se había decidido a seguir los pasos de nuestros amigos, y con cierta habilidad, les estaban dando alcance por los apenas dieciocho centímetros de repisa por la que andaban, bordeando la muerte. El maestro de ceremonias no permanecía ignorante de las evoluciones del grupo de Yelena por el precipicio, pero debía seguir la liturgia y dejar que Touba hiciese su trabajo.

Yelena resbaló y quedó en una posición mortal, sujetándose apenas con los dedos al diminuto borde. Ryman acertó a sujetarla. Ambos respiraban

nerviosamente. Todos y cada uno de sus músculos temblaban; los de la joven, en cambio, estaban en tensión. Ramírez, por su parte, hizo lo posible por acercarse y echar una mano a sus compañeros. De este modo y poco a poco, lograron alzar a Yelena, hasta dejarla apoyada en el muro de piedra. Este inconveniente había logrado que los *pica* se apresurasen, y en esos momentos, los tuviesen encima.

Sus caras ensangrentadas hicieron estremecer a Yelena. Pronto, Ramírez advirtió a sus nuevos amigos de que, por el otro lado, se acercaba un segundo grupo de *pica*, con lo que no tenían escapatoria; a menos que se lanzaran al vacío, iban a ser alcanzados.

En el preciso instante en el que ambas líneas de *pica* se les echaba encima, irracional y peligrosamente, Ryman tomó por la cintura a Yelena. Ramírez, leyendo en la mirada del policía lo que tenía pensado hacer, le sonrió como un macaco y trepó hasta colocarse en la musculosa espalda de este. Ryman desenfundó el látigo y lo lanzó hacia un enorme travesaño, enroscándose este como una pitón a un árbol. El ayudante de Yelena se balanceó, apoyando una de sus botas en la espalda de un *pica*, que ya había ocupado sus posiciones, y se lanzaron los tres al vacío, rezando para alcanzar el otro extremo y chillando salvajemente como energúmenos.

—Ahora! —gritó el policía.

Todos saltaron en sincronía hacia el otro borde. En pleno vuelo, los tres dudaban de poder alcanzarlo, por lo que seguían gritando como descosidos.

La ceremonia oficiada por el sumo sacerdote escarlata paró, ante la irrupción inesperada de los intrusos. Estos fueron a estrellarse contra el dorado altar, y de ahí, al suelo. Quedaron sin respiración y a duras penas trataron de levantarse para ponerse en guardia, pues sabían que estaban en terreno

enemigo. El sacerdote y sus custodios de negro mostraron, ante las narices de Ryman y Yelena, las dagas doradas. Los chicos dieron un respingo, hasta quedar al borde del precipicio.

—¡Buen salto, impresionante! —los aduló el monje principal a través de su máscara—. Lástima que, de esta manera, nos lo hayan puesto más fácil.

Desde un rincón del lugar donde se encontraban, un clic bastante sospechoso les hizo voltear la cabeza. Era el gigantón Touba, que los amenazaba, apuntándolos con dos Colt 45 y mostrando todos sus dientes como un tiburón al acecho.

—¿Y ustedes son los rescatadores? ¿A quién vienen a rescatar? Ja, ja, ja... —se burló Touba.

—¡Dinos dónde están las chicas, sabandija! —se atrevió a amenazar Yelena, con lágrimas en los ojos por la impotencia de verse allí de rodillas, con un arma apuntando hacia ella.

—Dígame, querida: ¿acaso ve usted por aquí a alguna joven?, ¿de qué demonios está hablando? —El monje rojo se apartó la máscara dorada despacio, descubriendo su cara, parcialmente desfigurada.

—¡Usted, Liebermann! Lo sabía, sabía que estaba vivo y que se encontraba detrás de la desaparición de las chicas.

—Muchacha, creo que lees demasiada literatura fantástica. Su asesino y, sobre todo, sus víctimas no están aquí. Y de todas formas, lo que está usted haciendo es del todo punto ilegal, puesto que la apartaron del caso a usted y a su lindo muñeco que, acompañados del monito de feria, van a morir sin remedio. —Ivan hizo un ademán con la cabeza, mirando a Touba, y este se apresuró a tomar uno por uno a sus prisioneros y maniatarlos a unos postes, bien cerca del precipicio.



Yelena osó escupir en el rostro del gigante, el cual no tuvo escrúpulos en soltarle un puñetazo al estómago, que la dejó sin aire. Ryman se revolvió en las cuerdas, pero no pudo moverse.

Ivan colocó todos los objetos sobre el altar minuciosamente y, con un cuidado parecido al de una matrona con un bebé, el reloj con el ojo de Oxana, la caja de música del violinista Paganini, el cáliz con la lengua del padre Jan, la caja Dybuk y, finalmente, la cabeza del agente Milos. Los tres sacerdotes levantaron las manos, pronunciando unos cánticos indescifrables. Los *pica* hacían los infernales coros con su garganta maltrecha. Los contemplaban miraban, boquiabiertos, el dantesco espectáculo. Yelena no veía a Oxana por ningún sitio. Su corazón le decía que estaba involucrada en todo aquello. Ella miraba a Ryman, y ambos negaban con la cabeza.

Del fondo del pozo infernal, comenzaron a escucharse unos alaridos procedentes de otra dimensión, de otro mundo, no de humanos, pero tampoco de animales. Ramírez temblaba como un flan y se volteaba todo lo que podía para observar la insondable sima. De aquella boca de lobo, subieron un vapor multicolor y unas luces fantasmales, formando unas caras quién sabe si de espíritus o demonios, que volaban de un lado a otro de la estancia, pero sin salir del perímetro del pozo. A Ramírez le parecían almas en pena, y así se lo hizo saber a Yelena. La chica estaba al borde del colapso, en una ensoñación de pesadilla, propia de su admirado Dante en la *Divina comedia*.

—¿Qué significa esto, señor Liebermann? ¿Qué pretende con esta ceremonia satánica? —le increpó Yelena, cargada de rabia.

—Está claro que no sabes por dónde van las cosas, y ahora no me interrumpas, o le cortaré las piernas a tu amigo.

Yelena reconoció todos los artilugios al instante, pertenecían a la trastienda

de la tienda de antigüedades.

De pronto, todos se pusieron a funcionar al mismo tiempo. Era una auténtica locura: la caja de música, el reloj y hasta la cabeza cortada se puso a cantar. Toubá se quedó con la boca abierta y depuso las armas por un segundo. Estaba alucinado, y los tres monjes, extasiados, como si asistieran a una aparición mariana. En ese instante, se escucharon unos sonidos nuevos emergiendo del agujero. Parecían los cascos de un caballo y, efectivamente, así era. El jinete sin cabeza, a lomos de su enorme animal, subía en vertical por la pared, quebrantando toda ley física; en una suerte de ascensión antinatural, un violinista tocaba un violín con una piel podrida, que se desmenuzaba por momentos como un pastel milhojas, dejando traslucir sus huesos. Un antiguo monje con la boca ensangrentada y la cabeza parcialmente desfigurada también se encontraba frente al altar, con un rosario entre las manos. Por último, un anciano, el relojero, con unas herramientas en las manos y aspecto fantasmagórico, también observaba la escena al lado del violinista. Liebermann reía a carcajadas, como un demente.

—Señor, nos falta el recipiente. ¿Qué pasa con el más importante? —hizo saber uno de los monjes negros al monje rojo Ivan.

—Tranquilo, dale tiempo, tiene que aparecer. Lo hemos hecho todo bien, y es el momento. Falta que, en el otro lado, estén cumpliendo como deben.

—¿Otro *lao*?, ¿hay otro lugar? —inquirió, sorprendido, Ramírez, que pidió la información al vuelo.

—¡Aquí me tiene!

Todos voltearon la mirada, sorprendidos. Los que asistían a tan deleznable espectáculo no podían creer lo que acababan de oír.

—¿Tú? —preguntaron, retóricamente, todos al unísono, al ver que aquellas

palabras salían de la boca de Tedi, que aparecía en escena por sorpresa. Una masa informe de color verde se introducía como un gusano humeante por su gaznate, recorriendo el camino desde la caja Dybuk, que permanecía abierta.

—Sí, yo soy. Soy vuestro Fausto. El que vendió su alma al diablo Mefistófeles a cambio de conocimiento. Llevo siglos esperando este momento. Siglos aguardando en mi vetusta casa de Melantrich, de donde fui sustraído por este demonio a través del agujero del techo que, a día de hoy, todavía permanece abierto, para que me contase todo lo que yo quería saber... Y sí, también conozco la ubicación de la dichosa llave. En el siglo XVI, yo era un doctor brillante, ávido de conocimiento, pues ya sabía todo lo que se podía saber de la historia en aquel momento por el común de los mortales, no había maestros para mí. Aquello se convirtió en una obsesión que anulaba mi juicio. Sí, Yelena. Recuerda que nadie conoce mi edad y que yo ya trabajaba en la tienda de Antigüedades Balaban con tu abuelo. Yo ya era anciano entonces, y ellos están dispuestos a liberar mi alma a cambio de doce vírgenes, doce chicas que están a punto de sucumbir por mi alma. Mefistófeles ha aceptado el trato. Yo, a cambio, tengo que entregar mi conocimiento a quien ha hecho posible esa transmutación: el señor Liebermann. Lo siento mucho, niña, pero no soy lo que tú crees. Estás ante Fausto.

Yelena lloraba desconsoladamente, pues había querido con toda su alma a aquel anciano. Pronto, fue atando cabos y comprendió que el espíritu maligno de la caja Dybbuk poseía a Tedi desde hacía más de doscientos años y que lo utilizaba desde entonces para sus fines.

—Bien, Ivan, ¿cuál es tu pregunta?, ¿qué quieres saber? —interrogó el espíritu a través de Tedi.

—Quiero saber dónde está el tesoro de la iglesia de San Nicolás —respondió

Ivan, el monje rojo—. Con todos vosotros aquí, puedo acceder a un poder inconmensurable. Tú, Fausto, me darás a conocer el paradero del tesoro de la iglesia; san Juan Nepomuceno me otorgará el poder sobre los feligreses de la iglesia; el jinete sin cabeza, un ejército de caballería salido del mismísimo infierno para dominar el actual imperio austro-húngaro. El músico me otorgará el poder de fascinación ante las masas; la cabeza del policía, el poder sobre las fuerzas del orden.

—¿Y el relojero del reloj de la plaza? —quiso saber Ryman.

—Ja, ja, ja, eso es lo más especial, mi querido agente de pacotilla. Será capaz de trasladarme en el tiempo a donde quiera que yo mueva las agujas de la esfera y los números del año.

—Eso es una barbaridad, ¡jamás funcionará! —dijo, sobreexcitada, Yelena.

—¿Qué es eso del tesoro? —preguntó Ryman.

—Parece ser que, escondida en el cuadro de la Muerte de San Francisco Javier, en la iglesia de San *Nicolá* del barrio de Mala Strana, se encuentra la llave a un gran tesoro oculto en la ciudad —informó Ramírez—. Una tontuna de leyenda más de Praga entre los *siento* que hay...

Al poco, todos quedaban sorprendidos, debido a la perorata que estaba soltando un supuesto analfabeto estibador del muelle.

—¡Qué pasa! ¿Tan raro es que yo sepa esas cosas? Estuve buscando esa maldita llave durante un tiempo, y no hubo manera. Eso es un canelo, señor Liebermann.

—Le agradezco su interés en que no pierda mi tiempo. Pero yo tengo recursos y casi el mundo en mis manos, con estos infernales personajes a su espalda, señor Ramírez. Pero, si me disculpa, no podemos demorar más la

ceremonia y entretener a estos señores —dijo Liebermann, señalando a los fantasmas—. No deberíamos hacerles perder el tiempo, y a mí, tampoco. Así que, Touba, cuando quieras.

El grandullón se acercó, enarbolando los dos Colt hacia el curioso trío. Ivan y sus dos monjes negros siguieron con la ceremonia.

—Un momento —detuvo Yelena a un sorprendido Touba—. Usted, Liebermann, dijo que «si hacen lo correcto en el otro lugar». ¿A qué lugar se refiere, quiénes? Si voy a morir, dígame, al menos, a qué se refería con eso —solicitó Yelena, no sin falta de coraje.

—Concedido, pero solo porque eras la hija de Yehuda y, además, bien guapa.

—¿Ha dicho era? ¿Por qué ha *disho* era? ¿Se está refiriendo a *nosotro* en pasado? ¿Por qué? —soltó, fuera de sí, Ramírez, entre sollozos.

—¿Cómo conoce usted a mi padre?

—Él trabajaba para mí hace muchos años, cuando se incendió aquel buque en pleno muelle y yo morí, ja, ja, ja... Fue casi un truco de magia. Todavía me emociono cuando pienso en lo ingenioso que fui. Tu padre no corrió tanta suerte. Aquella caldera estalló, y el abuelo Yehuda saltó por los aires, perdiendo una pierna. Salió del río de puro milagro. Por suerte, ahora no me será necesario esconderme durante años, y saldré de esta pocilga.

—No me lo puedo creer. Mi padre es un hombre recto, y siempre lo ha sido.

—Cariño, los hombres son todos rectos..., hasta que hay algo que les interesa de verdad. Él no quería perder su pordiosera tienda de antigüedades, y tuvo que aceptar mi oferta; por suerte, ha sabido hacer un magnífico trabajo con sus obras. ¡Aquí las tienes! —presentó, orgulloso, Ivan, señalando los artilugios sobre el altar como si fueran su creación.

Ramírez no quitaba ojo a los espíritus que flotaban sobre el gran pozo o puerta del infierno, como era conocido por las leyendas checas.

—Hay otro lugar —comenzó a explicar Liebermann.

—¡No, señor, no se lo diga! —sugirió Touba.

—Tranquilo, estos son carne de cañón. —A Ramírez, esa descripción le hizo tambalearse en el palo al que estaba atado, descoyuntándolo ligeramente de su base. El gitano se dio cuenta de esta circunstancia—. Yelena, la iglesia de San Lorenzo. ¿Eso te dice algo, querida?

La chica titubeaba, confusa.

—Demasiado joven para saber esa vieja historia —intervino Tedi/Fausto, el cual había adoptado una imagen siniestra, tras unos ojos inyectados en sangre, cada vez más refulgentes—. Esa iglesia era Petrin antiguamente.

—¡Allí se sacrificaban vírgenes en honor de dioses paganos en la antigüedad! —descubrió Ryman, con la mirada desbocada—. ¿No lo entiendes? ¡Es donde está Oxana, junto con otras once chicas! —El policía forcejeaba, pero los nudos estaban hechos por Touba, que había sido marinero por muchos años.

—Ja, ja, ja, vaya, además de guaperas, eres culto y conoces la historia de tu ciudad. Este chico me gusta. Has elegido bien, Yelena. Lástima que me seáis más útiles muertos que vivos. Cuanto más sacrificios humanos, mejor, digo yo —se jactó Liebermann, el monje rojo.

—Ivan —dijo, solícito, la gutural voz de Fausto, a través de Tedi—. Aún no han sacrificado carne virgen. Mi boca está sellada, no te puedo decir en qué parte del cuadro de san Juan está la llave, hasta que no se finalice el holocausto con las doce jóvenes. ¡Una fuerza desconocida me lo impide!

Yelena, al escuchar las palabras de Ryman, trató de zafarse, pero le era imposible; se temía lo peor. Los espíritus invocados se acercaban más y más al altar.

—Tenemos que salir de aquí. ¡Ramírez, Ryman, pensad en algo!

Touba se acercó a Yelena y le apuntó a la cabeza, tirando del percutor. Un buen grupo de *pica* rodeaban la vetusta estancia.

De repente, salido de la nada, un mazo de amasar harina cruzó, volando en círculos, desde detrás del altar, como si fuera el martillo de Thor, hasta impactar en la nuca del asesino gigante. Este se quedó mirando perplejo a la que iba a ser su primera víctima esa noche, y cayó hacia delante sin sentido, apoyando, semierecto, su cabezota y, posteriormente, todo su cuerpo sobre el mástil al que estaba atada Yelena. El palo se balanceó un poco hacia el precipicio. La joven estaba aprisionada, con el enorme pecho del esbirro, y apenas podía moverse. Todos se giraron en la dirección de la que había salido volando la maza, y lo que vieron fue el puño de Katka estamparse en la mandíbula de un monje negro.

Liebermann se lanzó en picado hacia una de las pistolas de Touba, que había quedado tirada en el suelo; los *pica* aún no habían reaccionado...

Apuntó a Ryman con el arma y cerca estuvo de disparar, a no ser por la habilidad de Ramírez. Este descoyuntó el mástil al que estaba atado desde el suelo, pues estaba débil por la acción anterior. El gitano enarboló con fuerza el palo desde su espalda y, con las manos aún atadas a él, lo balanceó, golpeando el costado de Liebermann. El checo soltó el arma, cayendo de bruces cerca del precipicio. Los espíritus parecían impacientarse por que no terminara la ceremonia. Pronto, el pequeño gitano pasó las cuerdas por el lado más corto del mástil y se soltó. Fue corriendo a auxiliar a Ryman, sin

quitar ojo de los invitados que flotaban sobre el agujero.

—¿Estáis bien, chicos? —quiso saber Katka.

La saludaron con la mano y con una sonrisa. Ryman se dirigió a liberar a su compañera, pero Tedi, tomando una de las dagas, dio un empujón al policía y agarró por el cuello a Yelena. En ese mismo instante, Toubá despertaba de su estado de inconsciencia.

La gobernanta de la fortaleza se estaba peleando a puño limpio con los dos monjes negros. El gigantón dio orden a los *pica* para que se abalanzaran sobre los chicos, pero alguien empezó a disparar desde el otro lado del agujero, al grito de: «Alto, Policía, suelte el arma!».

—Tedi, sabemos que está relacionado con la desaparición de las prostitutas. Suelte el arma y tumbese en el suelo —ordenó un sargento de Policía, desde el otro lado del pozo.

Algunos *pica* se abalanzaban sobre el agujero, tratando de saltar hacia la Policía, que abría fuego indiscriminadamente. Una bala perdida fue a parar en la señora Katka, derribándola detrás del altar dorado. Toubá se abalanzó sobre Ryman y ambos salieron rodando muy cerca del precipicio, con medio cuerpo asomando hacia la puerta del infierno. Toubá estaba sobre el policía, agarrándole la mandíbula y echándole la cabeza hacia atrás. Ryman se resistía. El destacamento de Policía había decidido bordear el pozo para llegar al lugar donde estaban los chicos, pero algunos caían precipicio abajo por un mal pie apoyado y, otras veces, por el ataque de los *pica* a cuerpo abierto.

Ramírez, entre la vorágine, optó por tomar la caja de música, que sonaba en esos instantes. La cabeza cortada de Milos, que estaba al lado de la caja, sorprendentemente, decidió morder una muñeca al hombrecillo. Este puso el grito en el cielo y huyó despavorido, con la caja bajo el brazo y la cabeza del



fallecido policía del cementerio colgando de su mano, de la que comenzaba a brotar sangre. En toda aquella locura, el gitano zarandeo su muñeca, saliendo la cabeza del calvo agente despedida y golpeando la frente de Tedi. Este, más por la sorpresa que por el impacto, soltó a Yelena, retrocediendo un paso. Esta, instintivamente, se volteó y tomó la muñeca del orondo ayudante del anticuario, retorciéndosela y recuperando la daga, que fue a clavarse en el pecho de él. La expresión de Fausto/Tedi era todo un poema.

Yelena cayó al suelo, y se apartó de él. El cuerpo del agredido seguía en pie, y de la herida emergía una sustancia sanguinolenta oscura. Entonces, este, señalando a los fantasmas, les ordenó que atacasen a los muchachos. El músico maldito ya estaba siguiendo a Ramírez, pues este portaba su caja de música y corría como una centella por toda la estancia, gritando como un loco. En el último instante, y cuando parecía que el violinista maldito lo iba a atrapar, Ramírez decidió introducir la caja de música bajo las ropas de Touba, que se encontraba encima de Ryman. El músico fantasma dejó de seguirlo y agarró por las axilas al gigantón, izándolo en el aire y llevándose al fondo del pozo, entre los gritos impotentes del asesino, que visitaría el infierno antes de tiempo.

Ryman no salía de su asombro. Se levantó y corrió hacia Yelena. Ramírez fue disparado hacia Katka.

—¿Está *usté* bien, dónde le han disparado? —quiso saber el gitano.

—¡Aquí, en la nalguita! —dijo ella, señalándose el trasero.

—Ya le vale, nalguita, *dise*... —susurró Ramírez.

—¡Le he oído! ¡Presione la herida, para que no me desangre! ¡Ay, ay, ay, mi madre!

Ramírez, con ojos aviesos, hizo lo que le ordenó la señora, encantado de la

vida.

—¿Por qué, Tedi? ¿Es que no me reconoces ya? Soy tu ahijada —le increpó la investigadora, desde el suelo, con voz quebrada.

—Tengo otras cosas de las que ocuparme. Debo liberarme y es necesario que esas vírgenes sean sacrificadas. He pasado muchos años siendo Fausto dentro de Tedi, es el momento de que me libere.

—No puedes tomar la vida de unas inocentes para salvarte tú. O lo que es peor, sus almas.

Después de esto, Tedi recibió dos disparos en el costado por parte de los policías que llegaban para apresarlo.

El jinete sin cabeza se lanzó al ataque contra Ryman y Yelena. En el último momento, lo esquivaron. El pequeño Ramírez había tomado, junto con la ayuda de Katka, todos los artilugios del altar y los lanzó hacia el cadáver andante de Tedi. Este, instintivamente, los agarró como pudo, para que no se precipitaran al vacío. Los espíritus surgidos del infierno cambiaron de dirección y se dirigieron hacia Tedi, por un acto reflejo sobrenatural que los impelía a tomar los artilugios. Como Ramírez planeaba, estos arrollaron al ayudante de anticuario, cayendo todos por la boca negra del infierno.

En ese momento, Liebermann se abalanzó sobre Yelena. Hubo una sucesión de puños y patadas. Ambos quedaron al borde del pozo. Ryman tomó por los hombros al jefe de la trama y lo lanzó lejos de Yelena, golpeándolo contra el altar. Los *pica*, que, en un principio, tenían pensado abalanzarse sobre Ryman y Yelena, optaron por cambiar de dirección y amontonarse como abejas en un panal sobre el cuerpo de Liebermann.

Los borbotones de sangre resultaron innumerables. El que, en otro tiempo, fue el delincuente más peligroso de Praga dejó de gritar. Después de un rato,

cuando la Policía disparó a los *pica*, terminando con todos ellos, lo único que quedaba del señor Ivan Lieberman era un amasijo de huesos esparcidos siniestramente entre la rasgada túnica escarlata.

—Agente Balabanova —conminó el sargento de Policía—, me temo que los voy a arrestar también a usted y a su ayudante. A este señor pequeñito de aquí me lo voy a llevar en el vehículo.

—¿Ha dicho vehículo, han traído el camión? —preguntó Ryman con alegría. Nadie entendía que se pusiera tan contento por ser arrestado por sus propios compañeros de trabajo.

—Escúcheme, sargento, esto no ha terminado. Hay un grupo de vírgenes que van a sacrificar en Praga y tenemos que detenerlo —informó Yelena al sargento, entendiendo al vuelo la idea de Ryman.

—Está bien, díganme dónde es y nosotros nos ocuparemos de eso.

—Eso no va a pasar, solo nosotros lo sabemos y solo nosotros vamos a pararlo. Necesitaré a todo mi equipo. Ocúpense de atender a la señora Katka. Que vengan algunos de sus hombres con nosotros y salgamos lo más rápidamente posible. Tal vez todavía estemos a tiempo.

## ***CAPÍTULO 11 La iglesia***

### ***Una hora antes de que Yelena saliese del castillo de Houska...***

El frío, en la noche cerrada de Praga, dominaba las inmediaciones de la iglesia de San Nicolás y se atería a los dos cuerpos que aguardaban en el exterior, Yehuda, y más atrás, oculto, Sigmund. La iluminación en el perímetro de la iglesia por unos farolillos amarillentos, que luchaban por dejarse ver entre la niebla, otorgaba un aspecto fantasmagórico a la estampa.

Una humareda blanca más que sospechosa salía expulsada por una chimenea del edificio.

El encapuchado miró hacia el ala este, en dirección a lo que parecía la entrada trasera del templo otrora llamado Petrin. Sigmund observó cómo su amigo penetraba en el edificio, pero él optó por otro acceso.

El espectáculo dentro de la iglesia era algo pocas veces visto, al menos, desde hacía más de doscientos años. En el fondo de la basílica, se encontraba una figura metálica en forma de búho gigante. Esta escultura de color cobrizo tenía una abertura en la panza bastante considerable. A ambos lados de la cabeza, emergían dos columnas hacia lo alto, en una humareda, retorciéndose, hasta el techado de la construcción. El ambiente y el calor allí dentro eran sofocantes.

Frente al búho, vio a un monje ataviado con una túnica roja, chorreando sudor. Este alzaba las manos, recitando una retahíla incomprensible en lengua sumeria, hacia la extraña deidad. El supuesto maestro de ceremonia giró su torso, al presentir en la estancia al encapuchado de pata de madera.

—Hola, veo que llegas con el pedido bajo el brazo. Obviamente, las prostitutas no servían para este cometido. Ahí las tienes, haz con ellas lo que quieras. Son un problema, las está buscando toda la ciudad, Policía y clientes, ¡imagínate!

—Aquí la tiene, maestro. Huelo su virginidad; con esta no va a haber problemas, y se cumple el número doce.

—Muy bien, mi súbdito favorito. Pero debe ir al altar por su propio pie; déjala recostada en ese rincón y acércale esto a la nariz. La despertará, pero ella pensará que está en un sueño, estas hierbas hacen milagros —indicó el misterioso monje a Yehuda.

Colocadas en línea de a dos, se encontraban las once restantes vírgenes, con cara de idas y mirada vacía, dispuestas a ser sacrificadas en el interior flamígero de Moloch, el dios al que se invocaba en aquel lugar. Este tenía un acuerdo con el propio Mefistófeles, diablo con el que había pactado, hacía dos siglos, el propio Fausto. Aunque mucha gente no creía en estos seres, eran muy reales y realizaban transacciones, tratos y contratos de todo tipo entre ellos. Apostaban, muchas veces, almas de inocentes personas entre sus juegos y sus incomprensibles conversaciones. A ellos no les importaba si era un niño, una virgen o un anciano; cada alma tenía su valor y eran las monedas con las que ellos comerciaban.

—Creo que vamos un poco retrasados, deben de estar esperando nuestro movimiento en el castillo de Houska —dijo Sigmund, a la vez que entraba por una puerta lateral. Las damiselas ni siquiera se inmutaron.

—¡Señor Freud, cuánto tiempo! Póngase su túnica y acompañeme en el ritual. Las chicas difícilmente se lanzarán al fuego por su propio pie. Ya sabe, necesitan un empujoncito. Estas vírgenes son un poco tímidas.

El neurólogo obedeció al maestro de ceremonias y se puso una túnica negra. Sigmund ordenó a Yehuda que agarrara a la última chica, que él mismo había traído, y que la colocase en la fila. El anticuario se situó detrás de la primera chica. Después de muchos minutos de plegarias por parte del monje rojo y de su compañero Freud, este último ordenó al encapuchado anticuario que empujase a la primera virgen al interior del dios Moloch. Con un mecanismo que conectaba a un pedal que dominaba el monje rojo, la compuerta de la figura cobriza se abrió, dejando salir unas fuertes llamaradas, que lamían los pies de las primeras vírgenes en la fila. Ellas estaban drogadas con las hierbas que Ivan Lieberman hacía traer desde el muelle de carga del Moldava. Era el mismo producto que distribuía, mezclado con sangre, en el castillo de Houska

a los tuberculosos afectados por el efecto *pica*.

Yehuda lanzó sin miramientos a la primera chica. No se escucharon gritos, pero el aroma a carne quemada comenzaba a provocar náuseas a los inesperados invitados, que observaban el tremendo espectáculo escondidos en un rincón oscuro de la iglesia.

—¡Papá, no! —gritó Yelena. A esas alturas, ya se había dado cuenta de que el encapuchado era su padre, y sollozaba. Su condición, en parte, provocada, de doble personalidad resultaba imprevisible y peligrosa.

El monje rojo y el negro se fijaron al mismo tiempo, observando al pequeño grupo oculto en la oscuridad. Un destacamento de Policía los había acompañado en el camión hasta ese templo, y aguardaban la señal de la investigadora para abrir fuego, si fuese necesario. No obstante, el monje rojo había percibido este movimiento de las fuerzas de seguridad.

—¡Alto, quédense quietos ahí donde están! Aunque no los veo, sé que se ocultan en la oscuridad. Suelten las armas, o empujaré al fuego a todas las chicas de una vez.

—Señor Freud, no lo puedo creer, ¿es usted?, ¿forma parte de esta locura? —dijo, sorprendido, Ryman. Pues el monje negro, Sigmund, no se había colocado la capucha.

—Así es, señor Ryman, y si no le importa, no interrumpa la ceremonia, es importante. Más vale que satisfagamos a este dios, o la ciudad entera lo puede lamentar.

—¡Está *usté* loco! Qué curioso, un hombre que trata la locura como un *profesioná* —añadió Ramírez.

—No se deje engañar. No estoy loco, sino bien lúcido; la mayoría de la gente

ignora lo que aquí se está llevando a cabo, pero tiene un significado muy profundo. Yo pertenezco a una hermandad, los Hijos del Pacto. Es por todos sabida mi pasión por el ocultismo y por los objetos de poder. Esto último, señorita Yelena, es lo que me une a su padre, aquí presente, aparte de Tedi, poseído por el espíritu de la caja Dybukk, que no es otro que el mismo Fausto. Aguarda a que todo el proceso de intercambio de almas se lleve a cabo para otorgarnos todo el conocimiento que adquirió tras el pacto con Mefistófeles. Su padre, señorita, es un maravilloso creador de artilugios con poder. Y ello, en parte, es lo que nos ha llevado a estar aquí hoy. Nuestras ansias de conocimiento como sociedad no tienen límites, pero se ven obstaculizadas a menudo por el freno de la moralidad —añadió, vehementemente, Sigmund, después de esnifar con su dedo meñique un montoncito de polvo blanco. Este último pareció devolverle las fuerzas. El anticuario se quitó la capucha y miró a Freud—. ¡Adelante con la siguiente! —le gritó el neurólogo.

Yelena salió corriendo de su escondrijo y agarró, con una rapidez felina, a su padre, apartándolo del altar. Ryman hizo lo propio, pero en dirección al monje rojo. Unos cuantos *pica* que estaban ocultos en la oscuridad salieron al encuentro de Ryman. Para entonces, Ramírez acompañó al policía en su alocada carrera hacia el maestro de ceremonias. El monje rojo se sacó la capucha y dejó ver su rostro, al que le faltaba una oreja.

—¡TÚ! —gritaron, al unísono, Yelena y Ryman, mientras lanzaban sus puños a diestro y siniestro contra las mandíbulas sanguinolentas de los *pica*, los cuales estaban alterados por la droga.

—Ja, ja, ja. Sí, yo. Gustav Liebermann. He conseguido ser el ejecutor de la parte más importante de esta ceremonia, que cambiará el mundo, y convertir a mi tío y a mí en los hombres más poderosos de Europa, sino del mundo.

—Me temo que eso ya no va a ser posible, criatura —le informaba de la situación Ramírez—. Tu tío se ha ido al otro barrio, *caput, finito...* No sé si me explico.

Gustav, con unos ojos desorbitados, asentía lentamente. Mientras, una sonrisa lobuna se dibujaba en su sudorosa cara.

—¡Eso me convierte en el heredero de todo lo que está por venir! —decía, mirando al cielo y levantando los brazos—. ¡Yehuda, acaba con ellos!

—Gustav, él solo me va a obedecer a mí —le recordó Sigmund, secándose el sudor de la frente con la manga—. Es mío, deberías saberlo ya. ¿O es que no entiendes lo que es un gólem? Qué vas a saber, ni eres judío ni checo.

Yelena, que trataba de agarrar a su padre, infructuosamente, le apartó el pelo de la frente. Allí se podía leer la palabra *EMET*, «verdad». La cara de la investigadora era como encontrarse ante el horror en persona. Trató de localizar en sus ojos al hombre que le contaba leyendas y cuentos judíos, sentándola en sus rodillas en aquella trastienda..., pero no estaba en aquel demacrado gesto. De hecho, la mente del viejo Yehuda había viajado a años luz de allí. Sigmund la miraba, condescendiente.

—Niña, tu padre ya no está ahí. Ese gólem me pertenece. Apártate de él.

Yehuda Balaban alejó a su hija de un empujón.

Mientras tanto, Ramírez y Ryman peleaban cuerpo a cuerpo contra los *pica*; ya se habían llevado más de un arañazo. Tenían las de perder, estaban en inferioridad numérica. El sargento de Policía ordenó abrir fuego contra estos seres.

Sigmund mandó a Yehuda lanzar a Yelena a las tripas ardientes e insaciables de Moloch. Entonces, Ryman trató de llegar hasta el neurólogo, para detener



esa orden. Ambos rodaron por el suelo. Sigmund desenvainó el sable que ocultaba en el bastón, tapado por la túnica, y ensartó un estoque en el hombro de Ryman. Este, tambaleante, consiguió, no obstante, golpear el rostro del doctor, lo que le hizo trastabillar y desaparecer a los pies del dios pagano. Se escuchó cómo su cuerpo golpeaba contra el vientre de metal del devorador de vírgenes..., mas no gritar, quizá por el efecto de la cocaína.

El policía y compañero de Yelena oscilaba en su paso, preocupantemente, a ojos de Ramírez. El florete de Sigmund debería llevar algún tipo de veneno en su punta. Sudaba a chorros, y quedó de rodillas ante la figura del gran búho.

Gustav logró asir por los pies al pequeño gitano y asomarlo a las entrañas de fuego. Ramírez pataleaba.

—¡Yo no soy virgen, yo no soy virgen, majadero!

Gustav reía, al verse el único superviviente que ostentaría el poder del nuevo imperio. Debía finalizar el holocausto cuanto antes.

En ese momento, la virgen que se encontraba en primera línea, encapuchada, que ya había visto cómo su compañera era pasto de las llamas, tomó fuertemente por los hombros a Gustav y lo puso frente a Moloch. El joven alemán, en un acto reflejo y, en parte, asustado, quitó la capucha a su captora, soltando a Ramírez. Este salió escabulléndose hasta Ryman, que se mantenía ido. El gesto de Gustav, Yehuda y Yelena era de auténtica estupefacción, al descubrir la cara de la misteriosa virgen encapuchada.

—Yo te quería, Gustav, te quería con locura... Mira lo que me hicisteis. —La chica le señalaba la oquedad fantasmal en la que debería estar su ojo izquierdo. Apenas se le entendía al hablar, pues le faltaban la mayoría de los dientes.

—¡Oxana! —gritó Yelena, que se asomaba al fuego, debido a la fuerza ejercida por su captor, su padre.

—Gracias por todo, Yelena. Sé que intentaste encontrarme, pero yo no quería ser encontrada. Mi vida terminó cuando tu padre casi me mata, dejándome desvalida de por vida. —Oxana se tambaleaba, debido a la droga suministrada a todas y cada una de las chicas.

Yelena lloraba y negaba con la cabeza.

—Oxana, yo...

—No digas nada, mi amor. —La chica tuerta dio un beso en los labios, más allá de toda ternura, al joven Gustav, y lo empujó con una fuerza salvaje al interior de Moloch.

Los gritos ensordecedores del muchacho provocaron que ella se tapara los oídos y cerrase los ojos.

—No, papá, no... —musitaba Yelena, tratando de borrar la E de la frente de su padre con la manga, para poder recuperarlo, como en la leyenda del gólem. Cuando ya lo había conseguido, la cara del anciano se iluminó, al tener frente a él a su querida hija.

Oxana, en ese instante, empujó a Yelena, apartándola varios metros y asiendo por el cuello al anticuario. Lo estaba estrangulando. Un policía logró disparar a la chica en un hombro, pero ella no cesó en su empeño de asfixiar al que le había deformado la cara, desfigurado la vida y el alma. Oxana, al ver que el anciano luchaba por su vida y no podría llevar a fin su venganza, optó por abrazarlo y lanzarse con él a la compuerta infernal, el estómago pagano del dios búho. Yehuda lanzó una última mirada sonriente a su hija. En ella, decía muchas cosas..., lo decía todo. Yelena gritó, rasgando la noche sofocante del templo y de la niebla exterior en Praga.

### ***Un mes más tarde...***

Ryman se encontraba con Yelena, tomando el sol apaciblemente, meditabundos, en el parque de Kampa, frente al río. Después de mucho insistir, Ryman había conseguido sacarla de su apartamento para tomar el fresco y levantarle algo el ánimo.

—Yelena, sé que es muy reciente, pero debes reanudar tu trabajo y tus actividades cotidianas lo antes posible, te hará bien. Este estado en el que...

—Lo sé, mi amigo. Lo sé. Y te agradezco el que estés tan pendiente de mí.

Ambos se miraron durante un inacabable minuto, sin decir nada, adivinándose el pensamiento, reconociéndose y descubriendo un nuevo Ryman y una nueva Yelena en los ojos del otro. Los dos rieron.

—¡Vaya, por fin consigo arrancarte una sonrisa! —resopló Ryman. Yelena todavía rio un poco más.

Ramírez se acercaba por la ribera del Moldava. Los saludó y se sentó con ellos, engullendo unos *dumplings* típicos del lugar. Les ofreció, pero ambos rechazaron con educación.

—Oye, Ryman, ¿y tú cómo *demonio* te llama de nombre de pila?, ¿o *eg* que tu madre te llama siempre por el apellido? —quiso saber Ramírez.

—Karel. Llamadme Karel —dijo Ryman, sonriendo a Yelena seductoramente.

—Oye, Karel, ¿qué pasó con las chicas, ya sabes, las *vírgene*? —preguntó Ramírez, sin mucho tacto y obviando la presencia de Yelena.

—Eran las chicas que estaban desaparecidas; por suerte, las prostitutas

también se salvaron, aunque una tenía las manos amputadas —dijo, sombríamente, Ryman—. A los *pica* que sobrevivieron, los pusieron en tratamiento en un centro especializado en tuberculosos, a las afueras de Praga.

Yelena se levantó, para lanzar unas piedras planas sobre el agua del río, haciéndolas planear, como los niños.

—Oye, Karel, *ecucha* —susurró el gitano al policía—. Hallaron cuatro cuerpos calcinados en la panza del pájaro aquel de metal.

—¿Moloch, el dios pagano de la iglesia?

—Sí.

—¿Y qué tiene eso de especial?

—Oxana, Yehuda, Gustav, Sigmund y la primera virgen.

—¡Eso son cinco!

—Exacto. *Lo cuerpo* son de dos hombres y dos *mujere*. Uno de los hombres se salvó. —Karel se quedó pálido.

—¿Y quién sería? ¿Yehuda, Gustav o Sigmund?

—No lo sé, pero creo que *e* mejor que ella no sepa nada de *eto*, por el momento. *Parese* que tus compañeros ya se han puesto manos a la obra.

—Puede que tengas razón.

—Eh, mirad, ¡cinco rebotes en el agua y con una sola piedra! —dijo ella.

—Sí, *wow*, sorprendente, guapita —le aplaudía, socarronamente, Ramírez.

—Oye, Yelena, ¿qué piensas hacer con..., ya sabes..., la tienda? —quiso saber Karel Ryman.

—Me la voy a quedar, y la voy a abrir dentro de un tiempo. —Ryman y Ramírez se mostraron estupefactos.

—¿Eso es en serio? —preguntó el gitano.

—Sí, y necesitaré un ayudante. ¿Qué me dices, Ramírez? La paga inicial no es muy alta, pero siempre será mejor que trabajar en el muelle. Además, ya tengo a la dependienta que va a atender en el mostrador.

—¡Dependiente! —se sorprendieron los chicos al mismo tiempo.

—Sí, la señora Katka se ha recuperado ya de las heridas, y como se quedó sin trabajo, pues, lógicamente, he querido contratarla. Me salvó la vida. Ahora, dejadme decir que su marido no quiere verte ni en pintura, Ramírez.

—*Etá* bien, creo que podré *viví* con eso —dijo, dicharachero, el gitano—. Tengo..., esto, cosas que *hacé*, así que os dejo solos. Portaos bien.

Ramírez se fue alejando, hasta que, a unos metros, se encontró con una oronda señora, que estaba de espaldas y cojeaba un poco. Ryman y Yelena se quedaron mirando, después de ver aquel encuentro. Sospechaban que ya habían contemplado aquella figura en el castillo Houska. Ramírez dio una palmada en la nalga a la mujer y guiñó un ojo a los chicos.

Desde una cafetería cercana, un señor ataviado con un gran abrigo negro y un bombín observaba a la pareja de policías, mientras, disimuladamente, se introducía por la nariz un montoncito de polvo blanco.

Unos meses después, la ciudad sufriría la inundación más monstruosa de su historia. Nadie quiso acordarse de que el dios Moloch no fue satisfecho aquella demencial noche en la iglesia.

fin

Pronto sabrás cómo se las apañan nuestros amigos en la tienda Balaban, a cargo de la hija de Yehuda. Tenemos una nueva anticuaria judía en el barrio.

**Agradecimientos:** a ti, lector, por emplear tu valioso tiempo en esta obra. Espero que la hayas disfrutado y que no sea la última locura de Óscar Rodrigo que vives. Te agradecería, si tienes un ratito, que escribieses una reseña en la plataforma donde adquiriste el libro; esto ayuda a que otros

lectores se interesen por mis obras y, a su vez, me anime a seguir escribiendo. Mil gracias, nos leemos. “Yo escribo, tú lees, todos disfrutamos”.

Para ponerse en contacto con el autor: [shaitansecret@gmail.com](mailto:shaitansecret@gmail.com)

A continuación te obsequio con los dos primeros capítulos de “La caza del ángel caído”. Espero que disfrutes de esta trepidante y cruda aventura.

## INTRODUCCIÓN

Este libro es la historia de uno de los personajes que pertenece a *El secreto del shaitan*, correspondiente a la colección de *DjinnWorld*. Aunque es una historia paralela y que se puede leer y entender de forma independiente, ambos libros están interconectados. Todos y cada uno de los lugares que aparecen en este volumen son reales. Las costumbres y seres mitológicos expuestos son fruto de un pormenorizado estudio de la región y rica cultura de Alaska. Los hechos plasmados en *La caza del ángel caído* acontecen veintiún meses antes de lo sucedido en *El secreto del shaitan*. Podréis conocer mejor todo lo relacionado con la mitología árabe, yemení y andalusí relacionada con estos seres ancestrales que son los *djinn*, a la misma vez que disfrutaréis de las aventuras y aprenderéis sobre los mitos y leyendas

indígenas de Alaska. El 90% de la población de Yemen tiene a los *djinn*, o genios, por algo real, y no por mitos antiguos. Yo mismo, por mis experiencias, comienzo a valorar esta posibilidad. Sin más preámbulos, y con todo el cariño, os presento a Dana. ¿Te atreves a pedirle un deseo?

سقط، أنجل

CAPÍTULO 1. *Contacto un ángel ha caído*

**11:00 P.M; En algún lugar de Alaska occidental**

Un temblor... La señora Daniela sintió un temblor en la cabaña en la que hacía años no vivía, en la zona cercana a Portage, una localidad próxima a la más turística Anchorage. «¿Un terremoto, aquí?», pensó ella.

Nada más lejos de la realidad. La señora Daniela era oriunda de Alaska y, aunque se consideraba muy independiente, la muerte de su esposo, que sustentaba a la familia, resultó un duro golpe. Ella se quedó ciega desde un accidente automovilístico que sufrió siendo todavía una bella jovencita. Su nieta Dana había sacado sus rasgos nórdicos y

la melena rubia de pelo lacio y sedoso..., o al menos eso decían.

Daniela se mantenía a duras penas con la pensión que su marido le había dejado, pero sola, en aquel paraje inhóspito, sin vida, sin alma, y lo más importante, sin risas; «el sonido más maravilloso que Dios había creado», según palabras de la propia Daniela. Para una persona sin visión, quitarle las



risas, incluso la suya propia, era algo cruel y aquel hecho había conseguido derrumbar su fe hasta límites insospechados.

El poco contacto que tenía con la sociedad sucedía los domingos en la iglesia, quitando la visita siempre inesperada del señor Nulato, un orondo nativo de Alaska, de la etnia koyukon, que se acercaba de vez en cuando para llevarle algunos enseres a Daniela, quedarse a tomar café con ella y comprobar que todo iba bien. Él había sido amigo de su fallecido esposo y, al no tener familia, Nulato se sentía, de alguna manera, responsable. Daniela, que ya tenía 86 años, se volvió a dormir.

Mientras tanto, en las inmediaciones del glaciar de Portage, coordenadas [60°45'11"N 148°47'08"W](#), algo encendía el cielo en plena noche. Un par de alces se quedaron perplejos ante tanto estruendo y luz. La bola de fuego irrumpió en la lengua de hielo, con el poder que solo la naturaleza es capaz de demostrar.

La roca, caída desde no se sabe dónde, se quebró en dos, sacando a la luz el tesoro que llevaba en su interior desde hacía 2 689 años. *ELLA* puso un pie fuera de la roca ardiente, sobre la blanca superficie..., un pie azul pálido. Poco a poco, fue emergiendo del meteorito estrellado, como una mariposa de su crisálida, el cuerpo de una hermosa chica de 21 años, aproximadamente, sin protección alguna para aquel frío tan intenso. Primero, se tropezó y cayó de bruces sobre la resbaladiza superficie. Veintisiete siglos en posición fetal, viajando por el interespacio entre *shells\**, es algo que te deja las articulaciones bastante rígidas, aunque tu naturaleza sea superior a la de los humanos y más parecida a la de un semidiós. Tarikuna emergió de una pila inmunda de excrementos, sangre y algunas sustancias más que no hallaríamos en la nuestra. Eso mismo la había ayudado a mantenerse con vida, a través de su cordón umbilical, totalmente biológico, conectado a la roca. Los dos pequeños cuernecitos morados que tenía en lo alto de la frente le dolían..., le

dolían mucho. Era por la diferencia enorme de temperatura entre su lugar de origen y la composición química de aquella atmósfera beligerante y con exceso de oxígeno. La cornamenta, para una *mazikeem*\* de su clase, sirve para detectar el calor de alimento cercano, agua en las proximidades, mantener la temperatura del cuerpo y localizar a otro de su clase en la zona.

Tarikuna puso atención a sus cuernos. Trató de concentrarse, pero desnuda en mitad de Alaska y habiendo viajado encogida millones de millas dentro de una roca, no era misión fácil. Estaba temblando. Al momento, llegó un primer impulso. Se deslizó como pudo por el glaciar, siguiendo la pulsación de sus cuernos. Finalmente, salió de la capa de hielo ancestral y comenzó a caminar por la roca negra de aspecto lunar de aquella cadena montañosa.

En dos horas, en plena noche, llegó a lo que parecía su objetivo. No vio nada... No lo vio llegar... El oso pardo se le abalanzó por la espalda.

Tarikuna apenas se estaba acostumbrando a respirar en aquel pequeño valle gélido y no pudo reaccionar con la rapidez con la que generalmente se caracterizaban las *djinn*\* de su clase. El oso le lanzó un zarpazo que le rasgó el tórax y el pecho izquierdo, dejándoselo colgando como una bolsa sanguinolenta. La chica cayó boca arriba, con el oso sobre ella. Ambos se deslizaban hacia abajo por la lengua de hielo del glaciar. La joven se raspaba la espalda profundamente, bajando más y más, como si fuera un trineo. El oso lanzaba un mordisco detrás de otro, sin conseguir su objetivo; ella lo mantenía a raya. La bestia logró alcanzarle un hombro y, al segundo mordisco, la chica trabó su propio brazo en las fauces portentosas del depredador. Tras una sacudida de cuello, el plantígrado le quebró cúbito y radio, dejando el brazo derecho de la *djinn* partido en dos, casi a la altura del codo. Ella no se quejó, pero por primera vez en su vida, tuvo miedo.

Tarikuna sacó fuerzas de flaqueza de no se sabe dónde y golpeó la mandíbula del animal con la mano abierta, sacándoselo de encima. Hizo algo que un

humano jamás haría, y menos con semejantes heridas: pasar al ataque, en lugar de salir corriendo y salvar su vida. Se enfrentó al animal. El oso apenas se estaba incorporando, cuando le cayó encima la muchacha, asiéndolo por detrás con su brazo bueno por el cuello y cerrándole la garganta con una fuerza desmesurada. El olor de aquel ser salvaje, desconocido para ella, era muy fuerte, peor que el de un perro mojado por la lluvia. La joven aguantó una arcada. Rodaron los dos por el hielo una vez más, hasta que el bicho dejó de moverse poco a poco. Se vislumbraba una fuerte tormenta aproximándose por la cara este de la lengua de hielo, pero ella aguardó paciente unos largos segundos, soportando el gran dolor del pecho descolgado y el brazo partido. Al poco, liberó la presión en el enorme cuello del animal.

Se tumbó un rato, mirando la luna llena y boqueando. Era un mundo inhóspito y peligroso para una *mazikeem*, si no se andaba con cuidado. Debía encontrar agua, comida y un refugio donde poder sanar sus heridas. Pero no tenía tiempo para eso, la tormenta de nieve era inminente, y ella lo sabía. Comenzaron a caer los primeros copos, con una ventisca cada segundo más virulenta. Una vez más exprimiendo sus fuerzas al límite, la azulada *djinn* se quedó mirando la uña de su dedo índice y observó cómo esta crecía hasta los once centímetros. La usó a modo de daga para rasgar al animal de abajo arriba. El olor que salió de aquella masa marrón de pelos y sangre era todavía peor. Ella se tapó la nariz y boca, y siguió cortando. Cuando la abertura fue suficiente, se introdujo dentro del animal por completo, descoyuntando las costillas semicerradas de la bestia.

En su interior permaneció toda la noche, alimentándose salvajemente de vísceras, bebiendo una sangre impura para ella y aprovechando cada caloría del animal. Poco antes de cerrar la piel sobre su cara, ahora más roja que azul pálido, observó cómo dos pequeños oseznos se quejaban en la distancia, buscando a su madre.

En plena madrugada, la muchacha abrió penosamente el congelado vientre de la osa, cubierta de una gruesa capa de nieve. La tormenta había pasado. Se levantó con fuerza, aunque sus heridas estaban aún a medio cerrar, algo sumamente imposible para un humano. Se giró hacia el cadáver y se agachó sobre él. Empezó a desollarlo, hasta que obtuvo un retazo de piel suficiente para cubrirse.

Se puso en pie y caminó siguiendo el impulso latente de sus pequeños cuernos morados, que le indicaban que saliese de la lengua de hielo y se introdujese en el tupido bosque. Al poco tiempo, se cercioró de que los dos oseznos de la difunta osa la seguían ladera abajo, a una distancia prudencial. Tarikuna, con la piel de la bestia sobre sus espaldas y el olor nauseabundo que esta desprendía, debió de parecer a los cachorros su madre.

La muchacha no era consciente de que estaba siendo observada desde unos binoculares, a una buena distancia, por un cazador y su hijo, de la etnia inuit, que habían salido a proveerse de alimento. El padre apartó los prismáticos de la cara lentamente y pronunció unas palabras tan temibles como ancestrales: «¡Amarok!». Su hijo, de 16 años, lo miró con ojos desorbitados. Ambos se replegaron lentamente hacia atrás y se metieron en la camioneta Toyota Hilux verde, saliendo de allí con el motor al ralentí para tratar de no hacer mucho ruido.

Un par de horas más tarde, la muchacha llegó al linde exterior del bosque y en una llanura atisbó una pequeña cabaña de piedra gris, muy humilde, de cuya chimenea salía humo.

Daniela estaba en un duermevela incómodo, cuando escuchó que alguien o algo movía la puerta de madera ostensiblemente, tratando de entrar. Al principio, pensó que sería una ráfaga de viento, pero cuando despertó por completo, percibió que era un forcejeo en toda regla. Fue entonces cuando pensó que podría ser un oso pardo, o aún peor, el temible oso negro.

Daniela empuñó con decisión el viejo rifle Winchester 95 de su difunto esposo, y se sentó en la mecedora, frente a la puerta, esperando, como un antiguo Viet Kong aguardaba que el soldado americano desembarcase y pusiera un pie en la jungla. Charlie le había enseñado a dispararla rápido y con seguridad, aunque no tuviera dónde apuntar. Eso, para una señora invidente, ya otorgaba bastante seguridad a la hora de quedarse sola en medio del monte.

Su sexto sentido le decía que algo no iba bien... Hacía tiempo que no presentía el peligro tan a flor de piel. Cuando la puerta se abrió con fuerza, el olor de oso adulto, concretamente, de osa recién parida, no le dejó lugar a dudas. La experimentada abuela descerrajó dos tiros como una centella al centro de la entrada, tal como Charlie le enseñó. Cualquiera diría que era James Stewart, en uno de sus westerns, el que disparaba con tanto aplomo. El cuerpo que se presentó ante ella dio dos pasos con los dos tiros en el estómago y cayó pesadamente a los pies de la mecedora. Daniela sintió la sangre salpicándole las medias.

Aquello era grande, muy grande y pesado, pero no era una osa...

### ***Unas horas más tarde, en la casa del sheriff de Anchorage***

—¡Gina, venga, sal del baño, tienes que cepillarte más rápido, cariño! — azuzaba el sheriff Frank Martin a su hija pequeña.

El agente Frank era oriundo de Miami y se había establecido en el turístico pueblo de Alaska, Anchorage, a raíz de una vacante que dejó el anterior sheriff, la cual, por suerte, él había obtenido hacía ya siete años. Había conseguido huir de la ruidosa y tropical ciudad de Florida y de su pegajosa y sempiterna humedad. Al principio, su sonriente esposa le retiró la palabra durante semanas, cuando Frank le comunicó sus intenciones, hasta que, al

final, entró en razón y toda la familia se mudó al norte; aún no había nacido la pizpireta Gina.

Frank era padre de familia de tres criaturas: Steve, el mayor, de 15 años; Dan, el mediano, de 11; y Gina, con 5. Su esposa Susan era la típica mujer sureña y hogareña de Alabama. Le encantaba agradar a los demás con su cocina. El sheriff contaba ya, a sus 49 años, con unas entradas incipientes en su cabeza; la pequeña Gina se empeñaba en decir que eran pistas de aterrizaje para los pajaritos.

Como buen entendido en cerveza, se le había empezado a formar hacía ya algún tiempo la mal llamada «curva de la felicidad», entre su pecho y su cintura...; ya le había tenido que hacer otro agujero al cinturón. Era alto, y la primera impresión cuando alguien se cruzaba con él podría ser que parecía un buen hombre, pero que no se enteraba de nada..., sobre todo cuando descubrían que había dejado el paraíso tropical, con el que tantos sueñan, por aquel frío y oscuro lugar del mundo. Esa impresión era bastante opuesta a su verdadero instinto de sabueso resabiado. Su manera bamboleante de andar, con la mirada perdida, podría hacer pensar que cargaba sobre sus hombros con todo el peso del mundo.

—Stevie, siéntate de una vez, vamos. Esa videoconsola no puede estar en marcha a estas horas, y lo sabes —amenazó con el dedo la rubia Susan, tratando de mantener a su familia alrededor de la mesa sin alboroto y sin tecnología de por medio.

—Dan, deja el teléfono ya —le pidió su padre.

—¿Papá, hoy vas a llegar a tiempo para ver el partido de los Heat? —quiso saber Steve.

—Voy a tratar, hijo. Parece que va a ser un buen partido. Lo pasaremos bien, si no se me complica el trabajo. Traeré pizza hawaiana —planeó en un segundo Frank, pero sin demasiada convicción.

—¡Papi, papi! Sally está en la puerta esperándote —informó la pequeña.

—Y ¿qué se hace en estos casos, cariño?

—¡Ay, sí! —dijo Gina, golpeándose la frente con la palma de la mano y dejando paso libre a la compañera del sheriff.

—¡Gracias, ricura! ¡Oye, colega, estás más alta! ¿Estás tomando leche de jirafa en el desayuno? —observó Sally, haciéndole cosquillas a Gina y dándole un beso—. Buenos días a todos; hola, Susan.

—Nooo... ¿Cómo va a ser eso? Esto... ¿Dónde la venden? —quiso saber Gina.

—Hola, Sally —saludó formalmente Susan—. ¿Quieres un café?

—No, gracias; me temo que vengo a raptar a tu chico. Ha surgido algo —informó veladamente Sally. A Susan no le gustó para nada la primera frase. La compañera de Frank era joven y atractiva, toda una tentación para un hombre maduro con una vida y una rutina hecha.

—¿De qué se trata? Déjalo, en el coche me lo cuentas. Oh, mi viejo Cherokee no arranca esta mañana, no ha querido madrugar. Gracias por venir a recogerme. —Frank guiñó un ojo a su compañera.

—No te preocupes, me avisó Teik. He traído el coche patrulla. Pero es un coche del siglo XXI, a lo mejor no te gusta —ironizó Sally, guiñando un ojo a Steve, que sonrió.

—Papá, ¿cuándo vas a cambiar ese viejo trasto? BMW ha sacado un SUV que te quedaría muy bien —trató de convencer Steve a su padre, teniendo en cuenta que no le quedaba mucho para aprender a conducir.

—Sí, hijo, pero ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—No lo vas a creer, pero no necesito un BMW de 60.000 pavos —dijo Frank golpeando cariñosamente en el hombro a Steve.

—Solo cuesta 520, Franklin.

—¿52 y tres ceros? Oh, ¿sabes qué?, así sí, cuando salga del trabajo, me lo compro; ahora no llevo suelto. ¡Ay, diablos, se me cayó el café en la corbata!

—comentó Frank mientras salía por la puerta, dándole un beso en la mejilla a Susan y a los niños, que estaban en la mesa aún.

—¿Queréis llevaros un pedazo de mi tarta? Esta es nueva, improvisada —se apresuró Susan antes de que se fueran. Sally miraba con cara de terror.

—Esto... Es que tengo que conducir y, además, eso es muy grande. Bueno, está bien, está bien. Nos vemos a la tarde, te quiero.

Frank subió al volante, tal y como dijo a su esposa, y resopló, bajando la mirada. Sally lo observaba de reojo.

—¿A que aún no se lo has dicho, Frank?

—¿Estás loca? Vamos, a la comisaría directos.

—Creo que ella sospecha algo. Se lo tienes que decir algún día.

—Pero ¿qué dices, Sally? ¿Por qué iba a sospechar?

—Me mira con desconfianza, se huele algo. Te lo dice mi instinto femenino, no el de poli de pueblo. Es mejor que se entere por ti que no por terceros. ¿Te imaginas? Es una crueldad que se lo ocultes por más tiempo. ¡Podría afectar seriamente a tus propios hijos!

—Vaaaale, está bien, Sally. Dejémoslo ahí, guapa. Se lo diré. ¡Sus tartas son malas, pero no un arma de destrucción masiva! ¿Qué era eso tan importante que ha pasado y que has venido a contarme?

—Gracias, Frank, esas tartas son insufribles. Hemos perdido una avioneta Cessna 310. Ayer tarde, se salió del radar y no tenemos ni pajolera idea de dónde habrá ido a parar.

—Hay que organizar un equipo de búsqueda en helicóptero, ya sabes el procedimiento.

En pocos minutos, llegaron a la comisaría. El ayudante Teikweidi era un hombre de la etnia indígena tlingit, totalmente integrado en la sociedad de



Anchorage, y muy útil cuando se trataba de usar sus conocimientos sobre la zona como rastreador, o contactar con determinados grupos o poblados aislados del mundo moderno. Él era más bien bajito, de tez morena y redondeada, tan típica de sus ancestros, y sencillo en sus formas y en el vestir. Tenía un sentido del humor un tanto peculiar y no se le conocía pareja alguna. Su única compañía últimamente era un cachorro de perro pastor, de color negro, llamado Hin... El cachorro apareció en el porche de su casa, salido de la nada, una madrugada de lluvia de estrellas fugaces.

—¡Kunaa! Buenos días, bombón —saludó el sheriff Martin a su subalterno con la misma broma que no se cansaba de hacer cada mañana desde hacía cinco años.

Teikweidi apenas lo miró y se levantó para buscar algo en el fichero. Aquella oficina aún no había llegado al siglo XXI..., quizá ni siquiera al XX.

—¡Kunaa!, tome, sheriff Martin —murmuró Teik a su superior, acercándole el informe en papel sobre la desaparición del aeroplano bimotor.

—¿Quién iba en el pequeño avión, Teik? —preguntó el sheriff—. Y ¿por qué iba en ese maldito e inestable aparato, en lugar de un boing, como viaja hoy en día todo el mundo?

—Mi nombre es Teikweidi, ya sabe, Oso Pardo —le corrigió por enésima vez el chico. Frank hacía rabiar al pequeño tlingit por deporte.

—¿Quiénes venían en ese aparato y por qué? —ignoró, también por enésima vez, Frank a su ayudante.

—Frank, la avioneta venía desde Seattle, y recogió a sus pasajeros en Nueva York —comentó la ayudante más sexy del pacífico.

—¿Por qué en una Cessna bimotor de hélice? —insistió Jack.

—Ella conoce al piloto, que vive en Seattle, posiblemente, su pareja, que la podía transportar hasta aquí para visitar a su abuelita —comentó Sally, haciendo una suposición rápida.

—¡Joder, como Caperucita! —soltó de improviso Frank.

—No frivolicen con esto, señor Martin —increpó Teikweidi.

—¿Quién es su abuela, chaval? —preguntó Frank al joven de 28 años.

Teikweidi y Sally Parsons se miraron durante un largo segundo y volvieron sus ojos al jefe.

—¡Qué!, coño, cuánto misterio, veis demasiado *Sin rastro*. Lo sabíais, ¿verdad? —Los apuntó con el dedo el bueno de Frank.

—La nieta de Daniela. Una joven rubia de 21 años, llamada Dana Johnson, que trabaja de modelo en la rutilante Nueva York, como te he contado antes

—dijo Sally—. Mira, aquí tienes una foto de una de sus últimas sesiones para una marca de trajes de baño.

—¡Jesús, María y José! —balbuceó el sheriff.

—Sí, lo sé... Está muy buena.

—¿Cómo dices, Sally? —se sorprendió Teikweidi.

—Esto... Nada, nada. ¡Que tiene una buena figura, caray! Cualquiera con dos ojos lo puede ver.

—Incluso con uno, Sally —babeaba Martin, que rememoraba sus días de juventud en la discoteca.

—Intuimos que se estrelló en algún punto del Chugach State Park. Más que nada, por la trayectoria que debería haber seguido un vuelo que llega desde el sur y lo tupido que es el bosque de esa área —informó Teikweidi. Jack estaba mirando el centro de la mesa con la vista perdida.

—A esa mujer, Daniela, le va a dar un ataque. Perder a su marido, y ahora esto. Tenemos que encontrarlos como sea. ¡Inicia la búsqueda en helicóptero, Sally! Llama a Reth. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Sí, Sally. Tenemos que ponernos con esto antes de que pasen los días y aparezcan de nuevo los chinches.

—¿Los chinches? —quiso saber Frank.

—Sí, Frank. Así llama Teik a los federales —corroboró Sally.

—Oh, el FBI, obvio —aseguró Frank—. ¿Qué sabemos de los otros pasajeros?

—Todavía nada, jefe. Apenas estamos montando las piezas del puzle. Parece ser que son una pareja de Seattle de unos 30 años. Pero aún estamos recopilando datos, como le digo —admitió Teikweidi.

—Hay otro asunto más, Frank. Parece ser que anoche cayó un meteorito de unas buenas dimensiones en los alrededores de la granja Pritchard. Ya sabes, cerca de Portage, Prince William Sound, en el glaciar.

—¡Otra vez!

—Sí, pero no ha habido daños personales ni materiales. Como ya te he dicho, cayó, al parecer, en el glaciar. Según los datos proporcionados desde el aeropuerto Valdez —informó Sally a su superior.

—Parece que, finalmente, sí que tendremos chinchas. Cada vez que cae uno de esos bólidos, pierden el culo por venir e investigar. No sé qué les ven a esas piedras —rezongó el subalterno, mientras se encogía de hombros.

—Está bien, Teik. Nos centraremos en la avioneta. Lo otro puede esperar.

En ese momento, sonó el teléfono de la oficina.

—Jefatura de Policía de Anchorage, al habla el ayudante del sheriff, Teikweidi. ¿En qué puedo ayudarle? Sí, ahora mismo se lo paso, señora Martin. Es para usted, sheriff.

—Sí, dime, Susan, ¿está todo bien? No, es un día complicado, no me esperes despierta. Sí, lo recordaré. Sí, sí, muy buena la tarta, ella se la ha comido toda. Dile a Steve que no podré ver el partido con él y que lo lamento. Yo también te quiero.

## CAPÍTULO 2.

### *Daniela y la djinn*

La dueña de la desvencijada cabaña estaba alterada. El corazón le iba a mil por hora y sudaba y temblaba a partes iguales. Daniela acercó el cañón del rifle a la cabeza de la chica y la sacudió. Nada, no se movía, parecía muerta. Allí estaba el cuerpo, a sus pies. Un largo minuto después, tras superar el estupor inicial y controlar sus latidos lo mejor que pudo, la señora se arrodilló trabajosamente al lado del cuerpo al que había disparado a quemarropa un instante antes.

Su perro husky, Martillo, que se había pasado inquieto toda la noche y parte del día anterior, comenzó a olisquear a la extraña visita.

—¿Qué te pasa, chico? Cálmate, me estás poniendo más nerviosa de lo que ya estoy.

Daniela acercó con suma cautela su oído a la espalda del cuerpo inerte, sin soltar el arma.

Aquello no latía. Tanteó hasta encontrar la fina muñeca para tomarle el pulso y tampoco hubo respuesta. Parecía una chica, por la suavidad de su piel y la delicadeza de sus manos, anormalmente largas, con unas uñas que parecían casi garras. No era una persona normal, pensó en un primer análisis la anciana. Daniela no quiso perder más tiempo. Acababa de matar a una persona, posiblemente perdida en el bosque durante una larga estancia, y lo último que quería era que descubrieran su cadáver allí, en su propio comedor. No tardarían en visitarla para hacerle unas preguntas, si es que le estaban siguiendo la pista a aquella muchacha.

Con el aplomo que la caracterizaba, agarró por las axilas el cuerpo y lo giró para arrastrarlo hacia la puerta trasera de la cocina. Momentos después,

trabajosamente lo logró sacar al patio trasero. Martillo la había ayudado, mordiendo a Tarakuna por el hombro y tirando de ella, con el subsiguiente desgarro en la azulada piel de la chica. Daniela, respirando como un venado perseguido por sabuesos, puso sus manos sobre las rodillas para tomar algo de aire y proseguir. Lo siguiente que hizo fue medir a palmos la altura del cadáver. Aquello era en verdad inusitado: más de dos metros.

La señora no quiso en ese momento, ni en ningún otro, tocar el rostro de la víctima. En parte, porque temía encontrarse con algo que su raciocinio no pudiera admitir y, en parte, por no tener que recordar el rostro de la chica muerta por sus propias manos. Alguna ventaja tenía el estar ciega.

Empezaba a amanecer. Una vez encontrado el lugar para excavar, tomó la pala que usaba para arreglar el jardín trasero y comenzó el trabajo. Martillo echó una mano a su manera. Daniela era una mujer fuerte, siempre lo había sido. Algo muy típico en el entorno salvaje donde vivía era encontrarse con mujeres de su estilo, que enfrentaban la vida o la muerte con una templanza que rayaba la indiferencia.

Mientras cavaba, se le escapó una flatulencia por el esfuerzo. Martillo se la quedó mirando como indignado y resoplando.

—Vamos, Marti —como ella lo solía llamar—, no seas tan tiquismiquis, que eres un perro de trineo, joder, no un chihuahua de Sunset Boulevard.

Daniela dio las últimas paladas, hasta que consiguió algo medianamente grande para alojar semejante cuerpo. Se le saltaban las lágrimas, no sabía muy bien si por tener que enterrar a aquella joven y extraña mujer asesinada, o por estar destrozando sus geranios para hacerla desaparecer.

Después de un titánico esfuerzo, pareció que el trabajo estaba acabado. Daniela sintió la necesidad de ducharse y así purificar su cuerpo y, de paso, también su alma. Nunca se había sentido tan sucia. El baño tuvo un efecto balsámico en su maltratado cuerpo, pero insuficiente para su conciencia. Se

preparó una de sus sopas de bruja, como las llamaba su amigo Nulato, echando mano de unas raíces de *negaasget*, *marallat* y alguna cosita más que ella misma preparaba. Se quedó un buen rato ensimismada, mirando hacia los geranios desde la ventana.

Era un poco surrealista la escena para el misterioso observador que, desde el linde del bosque, veía a una ciega oteando el jardín trasero desde su ventana. Había comenzado a lloviznar, eran las cinco de la mañana.

Daniela estaba rendida y, aunque destrozada por excavar durante algo más de tres horas, le costó conciliar el sueño. Se encontraba en un duermevela, cuando escuchó dos fuertes pasos en la cocina. Martillo salió en aquella dirección, como una centella. Al llegar a la cocina, como intuía Daniela, dejaron de oírse sus ladridos y un fuerte olor a tierra mojada y geranios inundó la casa...

*Unas horas después, en el pueblo de Whittier*

—Habla —ordenó sin rodeos el alcalde-jefe del pueblo a Ungak.

El bueno de Ungak era el más joven de una tribu inuit muy poco común, de la que solo quedaban en el mundo 198 integrantes, además de él mismo, en aquel edificio-pueblo de Whittier. El chico era diminuto por sus problemas de distrofia muscular; su cabello, anormalmente pelirrojo y largo; y su mirada, vivaracha, inquieta y huidiza. Siempre parecía temeroso, como un perro al que los demás apalean a diario.

—Señor Aaju, ella está en la casa de Daniela Sallinger. Ya sabe, la bruja.

—¿La viste con tus propios ojos? ¿Tienes indicios?

—Sí, es la casa de esa vieja indeseable.

—¡Te pregunto que si has visto a la otra, merluzo!

—Esto, sí, sí. Bueno..., más o menos, de refilón.

—¿Qué cojones significa de refilón? La has visto, ¿sí o no?

—He visto cómo la enterraba en un agujero y se iba a dormir.

—¿Cómo? ¿La vieja Daniela la ha matado? Eso es imposible —se añadió a la conversación Pipaluk, el más viejo del consejo de los inuit que conformaban aquella población aislada.

—Ungak..., vamos a ver, hijo —empezó con un tono suavemente inquietante Aajou. Se acercó y lo agarró de manera cariñosa por la nuca.

—Sí, dígame, señor alcalde.

—Si no estás seguro de lo que viste y una *mazikeem* está presuntamente muerta y enterrada, ¿qué crees que deberías haber hecho antes de venir aquí con una información que no nos dice nada?

—No... no sé, señor...

—¡ESE es el problema! —exclamó fuerte Aaju, mientras agarraba con fuerza, ahora sí, al joven Ungak por el pescuezo y lo lanzaba contra un aparador lleno de figuritas de porcelana. Con tan mala fortuna que este se estampó de narices, abriéndose una brecha en el tabique nasal—. Vuelve allí inmediatamente y desentiérrala. Si aún está allí, ¡¡tráela!! Timmia te llevará en el Jeep Wrangler.

—Aaju, nuestra comunidad ya no tiene el todoterreno. Recuerda que para sufragar la instalación de la nueva caldera, tuvimos que vendérselo a ese tipo enorme de ojos verdes y con olor a Jack Daniel's.

—Oh, sí, sí. Ya me acuerdo. Bueno, no importa. Timmia te llevará en la camioneta de Mike. Andando, no tenemos tiempo. La lámpara cayó anoche y no tardarán en aparecer por aquí los del NEO.

### ***En la cabaña de Daniela;***

La anciana se levantó todo lo rápido que pudo, y se plantó en la cocina. La lluvia, fuera, ya era torrencial. La supuesta muerta tenía al animal agarrado por el cuello. Daniela no sabía dónde se encontraba, pero intuía que bastante

alto, debido a la espectacular altura de la muchacha. No aguantó el amasijo de sensaciones y cayó, temblando como una hoja, al suelo.

—¿Quién eres tú? ¿Qué quieres de mí? —preguntó la señora Sallinger, sin obtener respuesta.

La *mazikeem* dejó al perro en el suelo, el cual corrió para situarse tras su ama, y acercó su azulada cara a la de Daniela, a menos de un centímetro. Comprobó que no la veía.

Daniela no era capaz de hilar un solo pensamiento, solo que la iban a despellejar viva en su propia cocina. Haciendo acopio de valor, puso las temblorosas manos en la cara de Tarikuna, para «verla».

Era una cara estilizada, con pómulos grandes y redondos, estilo tomkin. La piel era tersa y aterciopelada, aunque con múltiples rasguños.

—Vaya, eres guapa, podrías ser modelo, como mi nieta. ¡Pero tienes una tremenda cabeza!

Daniela siguió con su exploración, fascinada. El sinfín de pensamientos horribles que taladraban su cerebro como una ametralladora era insufrible, y la sensación de angustia crecía exponencialmente. El alma de aquella chica estaba a muchas millas de su verdadero hogar. Tan lejos que casi se podría decir que era de otro tiempo. La anciana estaba haciendo uso de sus cualidades chamánicas de ver a la persona más allá de su faz. La mandíbula era fina, pero potente, como la de una de esas mujeres que se dedican a la lucha libre y se suben al ring a destrozarse la cara. La nariz era larga y recta, tan típica en la genética europea. Tarikuna se dejaba hacer, por su carácter curioso. Se mantenía alerta, para ver qué sucedía con aquella insignificante humana. Al llegar las manos a la frente, Daniela se detuvo en sus dos pequeñas protuberancias. Se quedó un buen rato allí, con la boca abierta. Tuvo miedo y las apartó impulsivamente, como si se hubiera quemado. Sus ojos iban y venían, recorriendo el rostro infértilmente. Ansiaba ver más que



nunca.

Tarikuna la miraba y una fugaz sonrisa afloró en sus carnosos labios... Dejó que la anciana deslizase sus dedos dentro de la boca, estaba excitada por la sorpresa que se le avecinaba a la buena mujer. Cuando esta llegó al interior, se encontró con unos colmillos anormalmente largos y cortantes, arriba y abajo. La saliva tibia de la *mazikeem* le envolvía los dedos. Una vez, la anciana disfrutó de la oportunidad de tocar a un lobo, y no tenía esos sables tan mortales. La pobre Daniela estaba sollozando, fascinada al mismo tiempo, nunca se había sentido así... Volvió a miccionar entre sus rodillas. Se arrastraba hacia atrás, resbalando entre sus orines, mientras la *djinn* la miraba curiosa, como quien descubre una flor desconocida en mitad del campo. Daniela se agarraba el pecho y negaba descontrolada. El brazo izquierdo se le encogió, le dolía mucho. Sabía lo que eso significaba.

—Ushaka\*, Ushaka, no me lleves todavía, demonio Ushaka. Déjame ver a mi nieta por última vez. —Daniela estaba totalmente ida, y al borde de un infarto de miocardio. En su mundo de creencias inuit. pensaba que el demonio del bosque, Ushaka, al que vio una vez siendo niña, había venido para llevársela.

—Tranquila, ser despreciable. ¿Qué deseas? —habló por primera vez Tarikuna.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Te pregunté que qué deseas, despreciable humana —la voz de la *djinn* era muy profunda, para nada femenina, ni siquiera parecía humana.

—¿Qué?

—Repíteme de nuevo qué, y te arranco la lengua con mis dientes. Por última vez, ¿qué deseas? ¿Qué cosa te gustaría más que nada en este mundo? —En su naturaleza *djinn*, se disparaba esa premisa casi automáticamente al contactar con un humano que huele a desesperación. Ni siquiera una *djinn* de raza *mazikeem*\* sabía por qué.

Daniela tragó saliva y, con mucho esfuerzo por el inminente infarto, logró decir:

—Quiero poder tocar la cara de mi nieta Dana una vez más.

Después de eso, cerró los párpados y dejó de respirar. Tarikuna la observaba, maravillada por la emoción que presentaban esos seres inferiores llamados humanos. No acababa de entenderlo, pero le fascinaba.

Ella misma estaba muy debilitada, con una cantidad incontable de heridas. Le puso la mano en la garganta a Daniela y cerró los ojos rojos, aunque un poco apagados, debido a su falta de energía. Se concentró e introdujo su dedo índice en su propio ombligo, perforándolo. Lo extrajo lentamente, poniéndolo en la frente perlada de sudor frío de la anciana. Daniela empezó a convulsionar cada vez más fuerte, hasta que se estabilizó.

—Respira. Tenemos un pacto. Respira.

—Gracias —musitó Daniela, y se abrazó a aquella extraña joven moribunda.

Tarikuna, en ese instante, cayó fulminada al suelo. Su pulso era débil, como atestiguó la humana.

Daniela la arrastró, corriendo un gran riesgo, si se tiene en cuenta que había sufrido un infarto cinco minutos antes. El siempre dispuesto Martillo ayudó a su ama de nuevo a llevar a la visitante, pero esta vez, viva. Logró finalmente llegar a su cama y subirla al desvencijado colchón. Se fue todo lo rápido que pudo a la cocina y comenzó a preparar unas cataplasmas masticadas por ella misma con hierbas milenrama, o *yarrow* (como las llamaban en Alaska), para tapar las incontables heridas de aquel maravilloso ser. Pasó el día entero cuidando y alimentándola, hasta que, poco a poco, su inesperada paciente fue recuperando la conciencia.

—¡Vaya, bonita, estás hecha un desastre! —acertó a decir Daniela, comprobando las heridas graves que sufría. Por suerte, los dos disparos descargados en el estómago de la *djinn* solo la habían herido ligeramente, por

inexplicable que resultase para la inuit en ese momento—. Cualquier otro ya hubiese muerto en tu lugar. Parece que fuiste atacada por un oso también, a juzgar por las heridas. No es la primera vez que veo ese tipo de desgarros. Lo que me sorprende es que llevases la piel de la bestia recién arrancada, puesta sobre tu espalda, cuando llegaste aquí —comentaba la anciana, mientras Tarikuna solo musitaba. Estaba débil—. No puedo pasar por alto que eres *especial*. No entiendo de dónde has salido, ni a qué has venido. Me salvaste la vida y estoy en deuda contigo, seas un demonio, o lo que seas. No te puedo dejar morir. Tenemos un pacto, como tú dijiste. ¡Caray, chica, no sueltas prenda, eh! Menuda pareja hacemos; yo, que soy ciega, y tú, mudita. Creo que no vamos a discutir mucho mientras estés aquí.

—Gracias —acertó apenas a balbucear la *mazikeem*.

Daniela le preparó un majestuoso *akutaq*, un plato típico del lugar, elaborado a base de bayas y carne sazonada con azúcar, costillas en salsa de tomate, frijoles y ensalada, bien contundente.

La *djinn* lo devoró todo sin muchos modales. La abuela estaba petrificada. Era, claramente, un depredador, a juzgar por la agresiva manera de alimentarse, que Daniela atinaba a escuchar, perpleja. La mujer no abrió la boca y, después de un rato, fue consciente de que estaba reteniendo la respiración.

—Más —ordenó, más que pidió, la depredadora.

—Cariño, tienes que aprender modales. Así no se piden las cosas. Toma, anda, usa estos cubiertos, yo te enseño, si quieres —comentó la anciana con toda la dulzura que fue capaz de reunir.

Daniela se sorprendió muchísimo por la rapidez de aprendizaje de la chica. De los tres jugosos platos de *akutaq*, en el último no se escuchaba ni una mosca. La *djinn* terminó de almorzar y retiró el plato lanzando un soberano eructo.

—¡No, no, no, por Dios bendito! Eso hazlo hacia adentro, o en el baño. No frente a los comensales. —Tarikuna, momentos después, lo hizo así, como buena alumna.

—¿Por qué tienes fotos, si no puedes ver? —preguntó curiosa la inesperada invitada, ya más recuperada de sus heridas.

—¿De cuál de todas hablas, cariño?

—La chica rubia.

—¡Oh, ella! Es mi nieta Dana. Su avión debe de haber aterrizado hace ya unas horas. Qué extraño, debería estar aquí ya, y ni siquiera me ha llamado. Viene con su novio de Seattle, ¿sabes? Aunque ella es de Nueva York.

Tarikuna tomó la foto y la observó en detalle. Aquella joven de la foto era guapísima. Tenía algo salvaje en su semblante que atraía...

—Me gusta —acertó a decir la visitante.

Daniela, en su ignorancia, desconocía que el alimento que había proporcionado a la *mazikeem* no era suficiente para este ser. Dana sentía un hambre distinta. Su nitidez visual comenzaba a difuminarse un poco. Obviamente, necesitaba absorber la energía vital, o *prana*, de un humano, y pronto. Podría desvanecerse para siempre, si seguía en esa *shell*, sin tomar una víctima.

Por un instante, la chica sopesó tomarlo de su cuidadora, pero había emergido dentro de ella una extraña emoción que le era desconocida hasta entonces, y que le impedía apenas imaginar aprovecharse de la energía de la anciana. Obligatoriamente, tendría que salir de caza, pero se encontraba sin apenas fuerzas. Tarikuna se puso en pie para dejar la foto en la repisa de nuevo, y al girar, rozó la pierna de Daniela con la quinta extremidad de su cuerpo, su cola, de manera accidental.

La abuela se quedó inmóvil. Sin atreverse a girar la cabeza. Temblando. Tarikuna se puso muy cerca, a su espalda. Daniela sentía su tibio aliento en la

nuca. Los vellos del cogote se le erizaron. Cerró mucho los ojos, esperando no se sabe muy bien qué. La chica, con su enorme envergadura, la agarró por los hombros y le susurró al oído:

—No temas. No te voy a hacer daño. Tengo que salir, lo necesito. Pero a la noche volveré. —Daniela, con los ojos cerrados, asintió vehementemente y volvió a respirar con tranquilidad.

En ese momento, alguien tocó a la puerta. Ya era pasado el mediodía. La dueña de la casa se asomó por la ventana, agudizando el oído, y saludó a la nueva visita. Martillo refunfuñó un poco y esperó en la cocina con Tarikuna, que abrió mucho los ojos. Se quedó paralizada, pero su mente iba a cien por hora, buscando una solución para esconderse.

Desde el otro lado de la ventana, saludaron el sheriff Martin y Sally.

—Sheriff, Sally —dijo la anciana con un leve asentimiento de cabeza—. Pasen, por favor, siéntense.

—Gracias, Daniela —contestó cortés Frank.

La decoración de la casa dejó boquiabierto a Sally, que jamás se las había visto con una auténtica chamana, tal y como valoraban los lugareños de Anchorage a la anciana Daniela Sallinger. La estructura interior de la cabaña era más bien típica del lugar: fabricada con robustos troncos. El olor a incienso presidía la estancia, mezclado con algo que la ayudante del sheriff no supo identificar. De las paredes, colgaban diferentes atrapasueños, tan típicos de los indios aborígenes de todo el país. El mobiliario era igualmente rústico, a juego con toda la edificación, aunque algo lúgubre, para el gusto de la agente. Una piel de oso pardo extendida en el suelo, con su cabeza y todo, llamaba la atención.

—¿Les apetece una taza de café? ¿Qué les trae por aquí?

—No, gracias. Estamos bien, señora Sallinger —rechazó educadamente Sally—. Esto... Frank, te espero en el coche. Este sitio me da escalofríos —

reconoció la policía, susurrándole esto último al oído—. Discúlpeme, señora Sallinger, esperaré en el coche, estoy algo indispuesta.

Daniela asintió una vez más con la cabeza, muy consciente de lo que a Sally le pasaba. Algunas personas se sentían amenazadas por algún extraño motivo cuando entraban en su hogar. Quizás, sugestionados por estar en la casa de una bruja, como algunos la llamaban.

—Daniela, iré al grano. La avioneta en la que viajaba tu nieta ha desaparecido, no sabemos dónde está —informó de sopetón y con poco tacto el agente de la autoridad.

La anciana no dijo nada. Se quedó allí con cara de póker y una misteriosa sonrisa. De vez en cuando, giraba la cabeza hacia la cocina, donde se encontraba la *djinn*.

—¿Qué está intentando decirme, sheriff? —preguntó la señora, sin dejar esa extraña mueca, en la que se había desdibujado una sonrisa. Una lágrima solitaria brotó de su ojo izquierdo.

—Estamos buscando el aparato por el parque que se encuentra al sur. En algún punto del trayecto, el avión desapareció de los radares. Hemos desplegado un equipo de búsqueda, con helicóptero incluido. Ya me han comunicado que miembros del FBI van a venir a echar una mano.

—¿El FBI? No entiendo. ¿Hay algo más, aparte de la desaparición de mi nieta?

—No lo sabemos. Ya conoce lo celosos que son estos señores con la información que manejan. Nos tienen un poco en la inopia.

Daniela se agarró el pecho.

—¿Te encuentras bien? Cálmate, daremos con ellos.

—Tengo un mal palpito, Frank.

Todos en la pequeña ciudad de Anchorage sabían que los malos palpitos de la anciana rara vez fallaban. Frank no creía en nada de eso, pero un cierto

desasosiego le recorrió el cuerpo.

—No se preocupe, nunca hemos desplegado un equipo tan grande de búsqueda. Seguramente, el piloto haya aterrizado en algún valle, o en alguna explanada, y pronto daremos con ellos —trató de razonar Frank, aunque sin mucha convicción. Mentir no era su fuerte. Por lo visto, hacía honor a su nombre al ser casi siempre franco.

Se escuchó un ruido en la cocina y Frank giró la cabeza en aquella dirección. Sally, desde el exterior de la casa, que había salido del auto, también ladeó su mirada hacia la ventana que daba a la cocina. Daniela se volteó de manera instintiva hacia la puerta por la que había salido el sonido, con una mueca de horror pintada en su cara. Se volvió de nuevo hacia el sheriff y este, que la observaba con cierta curiosidad, no pudo por menos que sorprenderse del gesto de la anciana. Claramente, ocultaba algo.

—¿Tienes invitados? —inquirió Frank, sacando su Smith and Wesson 500.

Se levantó y se dirigió a la cocina. Le hizo una seña a Sally que, en el exterior, se acercaba a la ventana, empuñando también su arma. Daniela hizo el amago de levantarse, pero el sheriff la detuvo con un ademán.

—Es mi perro —dijo la anciana. Aun así, Frank quiso asegurarse de ello. El ruido, para un oído entrenado de policía, parecía de un animal o una persona más grande que el tamaño del husky.

El agente abrió la puerta con decisión, mientras apuntaba al mismo tiempo con su arma. Efectivamente, allí se encontraba Martillo, el husky de la dueña de la casa. Sally no disponía de la imagen completa de la cocina, debido a su deficiente ángulo de visión desde el exterior.

Daniela se había acercado sigilosamente a la puerta y, en ese momento, se encontraba a la espalda del agente. Pronto descubrieron, para sorpresa de todos, un gato negro con la punta de la cola de color blanco. Daniela no estaba menos sorprendida que Frank al escuchar un maullido. Aun así, se

apresuró a dar una explicación.

—Es mi nuevo inquilino. Lo encontré arañando la puerta trasera de la cocina, buscando comida. Ha debido de perderse.

—Está bien, Daniela, creo que ya le hemos robado bastante tiempo. ¡Jesús, nunca había visto un gato de ojos rojos! ¡Qué grima!

—¿Ojos rojos? —se sorprendió la señora, atando algunos cabos—. Está bien. Han sido muy amables, por favor, si saben algo de mi nieta...

—Sí, por supuesto, señora Sallinger. La tendremos puntualmente informada —añadió Sally desde el quicio de la puerta, mientras agarraba la manga de su compañero con urgencia, para que saliera de allí.

Los agentes se marcharon. Pero Frank estaba con la mosca detrás de la oreja.

—Sally, ¿no notaste eso?

—¿El qué, Frank? Yo apenas vi nada desde la ventana.

—Sí, claro. La señora Sallinger estaba realmente inquieta. ¿Recuerdas al señor Carrington, cuando ocultaba al majadero de su hijo?

—Oh, sí. Aquel deficiente mental había reventado todos los buzones con un bate de béisbol la noche anterior por toda Tudor Road, en pleno centro de la ciudad.

—¿Recuerdas la mirada de venado a punto de ser cazado que tenía el borracho de Carrington? Justo cuando observaste hacia el sótano.

—Sí, sí. El tipo estaba diciendo a gritos dónde se ocultaba el chico.

—A eso me refiero. Daniela Sallinger estaba ocultando a alguien en la cocina, y no era un jodido gato negro de bruja.

—Eso no tiene sentido, jefe. No veo a una señora invidente ocultando a un fugitivo al estilo de la peli de Harrison Ford —comentó la joven ayudante con sorna.

—Quién sabe. Estamos en Alaska, todo puede suceder —sentenció Frank meditabundo.